MARIA

HISTORIA DE UNA MARTIR

—POR—

FELIPE DE JESUS

GUATEMALA.

TIP. "MUSICAL.—Avenida de Candelaria Núm. 40.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

A la clase obrera,

A las virtuosas hijas del trabajo, que luchan abnegadas contra las injusticias del destino y sufren con heroica resignacion las humillaciones a que estan sujetas por su modo de ser.

El Autor.

Manuel Cabral

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE PREVIENE LA LEY

I

ANTECEDENTES.—PRESENTACIÓN DE PERSONAJES.

¡QUE bonita era! Bastaba verla una vez para quedar fuertemente impresionado y no olvidarla jamás. Todos los que la conocían la querían, porque era verdaderamente digna de cariño, tanto por sus perfecciones físicas, que eran admirables, como por sus cualidades morales que hacían de ella una de las muchachas más encantadoras de su tiempo.

Alta, delgada y esbelta, vestía ordinariamente enaguas de percal ó de indiana, siendo sus colores predilectos el azul celeste y el rosa: una faja de seda de vivos matices aprisionaba su fina cintura; y una camisa de cambray, de una blancura irreprochable, dejaba descubierta su preciosa garganta, así como una parte de su abultado seno y unos brazos deliciosos, que eran el encanto de sus admiradores.

Su educación fué esmerada, porque no siempre perteneció á la clase de las *mengalas*, como la presentamos. Por el contrario, su familia, bastante acomodada en otro tiempo, había figurado entre las principales de Quezaltenango, ciudad en que vió la luz allá por el año de 1847, cuando la metrópoli altense estaba aun muy lejos de llegar al grado de cultura y de adelanto en que se encuentra hoy.

María Agueda de la Concepción era la delicia de sus padres: hija única, porque sus dos hermanas mayores habían muerto antes de llegar á la pubertad, fué criada con toda la estimación y todo el mimo que son capaces de emplear dos padres amantes, idólatras de su hija, en quien desde sus más tiernos años comenzaron á descubrir los tesoros de virtud y de gracia con que la enriqueció la naturaleza. Sus primeros conocimientos los adquirió al lado de su bendita madre, la bondadosa doña Micaela, mujer por todos conceptos respetable y digna de la veneración de que la rodeaban cuantas personas cultivaban con ella relaciones por cualquier motivo.

Religiosa sin ser fanática, doña Micaela educó á María en el temor de Dios, enseñándola cuanto una persona de su sexo puede saber en materia de religión. En esta importantísima labor fué eficazmente ayudada por la

simpática *niña Tona*, antigua *hija de casa* y á la sazón su mejor amiga y su más íntima confidente. Cuando doña Micaela, que llevaba sobre sí todo el peso de la casa, porque don Pedro, su marido, no servía para nada; cuando aquella santa mujer, por atender á las mil necesidades diarias que la rodeaban no podía ocuparse de la tierna María, la tomaba á su cargo la niña Tona, quien con toda la delicadeza de que sólo es capaz la mujer, secundaba á la bondadosa madre de una manera admirable, de suerte que entre las dos formaron el corazón de la niña, sembrando en él la semilla del bien y preparándolo para resistir, como resistió más tarde, sin sucumbir, las impetuosas acometidas de la borrascosa vida que la esperaba.

Hemos dicho que don Pedro no servía para nada, y hemos dicho mal; servía para causar la desgracia de aquellos seres tan dignos de ser felices. Hombre bueno en el fondo, de corazón sencillo, de trato afable, había tenido la desgracia de juntarse con malos amigos en su juventud y adquirió de ellos el vicio de la embriaguez. ¡Maldito vicio, que ha hecho tantas víctimas en la sociedad y que será, hasta la consumación de los siglos el azote más terrible y el veneno más corrosivo de la especie humana! Añádase á esto que don

Pedro no conoció á sus padres: huérfano á los cinco años de edad, fué recogido y protegido por una excelente señora, rica, soltera y sin parientes, que lo adoraba y lo colmó de todo género de contemplaciones: nunca consintió en que trabajara, lo hizo verdaderamente su ídolo, le daba gusto en cuanto pedía, dándole en consecuencia la educación más detestable. Apenas si aprendió á leer, escribir y mal contar: un poco de geografía, cuatro ó cinco palabras de francés y nada más. Eso sí, sabía muy bien montar á caballo, jugaba perfectamente al billar, tiraba al blanco con pistola—entonces no se conocía el revólver—con admirable puntería y era un excelente jugador de esgrima. Como nunca le faltaba en el bolsillo por lo menos una onza de oro, gracias á las complacientes debilidades de doña Manuela—así se llamaba su madre adoptiva,—estaba siempre rodeado de amigos, quienes lo esplotaban de diversos modos, dejándole en cambio de las monedas que le escamoteaban, una buena dósis de alcohol en la cabeza, y lo que es peor, el germen del funesto vicio que más tarde fué causa de sus desgracias y de las desgracias de su familia.

Muerta doña Manuela, cuando Pedro tenía 18 años, se encontró dueño de una regular fortuna, de la que muy pronto habría dado bue-

na cuenta, si no hubiera tenido la dicha de encontrar en su camino á la virtuosa Micaela, con quien se unió en matrimonio. Esta bellísima señora, de la que por desgracia quedan hoy muy pocas imitadoras, tomó la dirección de la casa y con su asiduo trabajo y su no común inteligencia, logró, si no aumentar su riqueza, porque los derroches de su marido eran inagotables, por lo menos conservarla en términos que le permitían vivir con holgura y dar á su idolatrada María una excelente educación.

Cuando Pedro estaba en su entero juicio, era un bondadoso padre, un marido modelo y un cumplido caballero: su corazón, ya lo hemos dicho, era bueno: descendía de una honrada familia y llevaba en sí el germen de la honradez; pero desgraciadamente sus amigos no lo dejaban solo mucho tiempo, y eran muy contados los días que dedicaba á su hogar. Cuando se embriagaba era un tigre: celoso en demasía maltrataba á la mártir que no tenía más delito que quererlo con delirio, maltrataba también á la niña que desde la más tierna edad comenzó á saborear las amarguras de la vida, y después de las escenas más tempestuosas, se iba con sus camaradas á pasar las noches en los garitos, dejando á sus víctimas sumidas en la mayor desolación.

Petrona había tenido que retirarse de la casa, tanto por no sufrir las brutalidades de Pedro como por librar á la pobre Micaela de uno de sus mayores tormentos. Como nada faltaba á àquel para ser como vulgarmente se dice, una *blanca paloma*, tenía también sus ribetes de Tenorio, y perseguía con tenacidad á Petrona, exigiendo de ella que le correspondiese: ésta que era honrada á carta cabal, se resistía con heroicidad; pero doña Micaela se había apercibido de todo, y aunque nada decía, porque conociendo las virtudes de Petrona, estaba segura de ella, sufría sin embargo horriblemente. Petrona quiso poner un término definitivo á aquel estado de cosas, insostenible para todos, y se retiró de la casa donde se había creado, dejando en ella pedazos de su corazón y un vacío inmenso al rededor de aquellos dos ángeles que no tenían ya la amable compañera que había compartido su infortunio y mezclado con las de ellas sus amargas lágrimas.

Había en la casa una antigua criada llamada Casimira, encargada de todos los oficios domésticos: en aquellos benditos tiempos, en que no se conocían los refinamientos del lujo, bastaba una criada para el servicio de una familia modesta, de suerte que Casimira era en casa de doña Micaela, cocinera, fregatriz

y *de adentro*, y aun le sobraba tiempo, después de llenar todas sus obligaciones, para lavar y remendar los trapitos de su pequeña hija, Josefina, que había nacido en la casa ocho meses antes que María, y de quien fué madrina doña Micaela.

Casimira había dado un tropezón en su vida, el único, es verdad, pero que fué bastante para dejarle perpetuos recuerdos con el nacimiento de Josefina. Era perseguida por un oficial de caballería, don Faustino Velarde; y, mujer al fin, sencilla como hija del pueblo, un domingo por la tarde, paseando por el cerro de la Pedrera acompañada de su amante, que le hizo todos los ofrecimientos que se saben hacer en esos casos, perdió el juicio, tropezó y cayó. Regresó por la noche avergonzada, se arrodilló ante doña Micaela á quien consideraba como una madre y, bañada en lágrimas, le hizo una completa confesión de su falta. Doña Micaela que, no nos cansaremos de decir que era una santa, enjugó sus lágrimas, la consoló en lo que era posible y le ofreció que sería para el fruto de sus entrañas una segunda madre. Nueve meses más tarde vino al mundo Josefina y doña Micaela cumplió su promesa.

María y Josefina crecieron, pues, juntas: si hubieran vestido el mismo traje, se habría

dicho que eran hermanas; pero Casimira jamás consintió que su hija vistiera como las señoritas, á pesar del empeño de doña Micaela.

—No, señora, decía; Dios se lo pague á Ud., pero no quiero que mi hija tenga *túnico* ni se ponga zapatos. Descalza y de *naguas* soy yo, y descalza y de *naguas* tiene que ser ella, porque yo no puedo dejarle ninguna herencia para que sostenga esos lujos. Cuando sea grande y se ponga á servir y lo gane, ella hará lo que le convenga: yo soy pobre y no puedo con mi trabajo hacer más de lo que hago.

Hubo, pues, que ceder; pero aquella renuencia, muy puesta en razón, de Casimira, debía costar muy cara á María. Josefina no podía comprender, en la inocencia de sus pocos años, que aquella niña con quien jugaba á diario y á quien trataba de tú, tuvise zapatos, y ella estuviera descalza; no hallaba la explicación de que María, ocho meses más pequeña que ella—y este era un argumento capital,—vistiera de túnico, y ella, Josefina, con sus enaguas de indiana y su camisita de batista, llevara su pecho descubierto y sus bracitos al aire. ¡Esto era insoportable, esto no se podía tolerar! ¿No eran hermanas? ¿no jugaban todos los días, haciendo muchas veces, las más, Josefina de señora y María de

criada, en sus inocentes recreaciones? ¿No iban juntas á misa, juntas á rezar el rosario, juntas á dar su lección, muchas veces en la misma cartilla? ¿No les daba doña Micaela su *cuartillo* á cada una todos los domingos y no mezclaban las frutas que compraban y se las repartían por igual? Pues si doña Micaela las confundía en el mismo cariño, ¿por qué aquella injusta diferencia? Era preciso que terminara de una vez: ó que le diesen á ella túnico y zapatos, ó que María se descalzara y se vistiese de mengala.

Una noche, cuando después de rezar el rosario se había retirado la señora á recogerse con su pequeña María, Josefina se atrevió á pedir á su madre explicaciones sobre aquella monstruosa diferencia que cada día se le hacía más inaguantable.

—*Nana*, le dijo, ¿en qué consiste que no has querido consentir nunca que mi madrina me vista del mismo modo que á María?

—Porque no puede ser, hija de mi alma, porque yo soy pobre y los cuatro pesos de salario que gano, no me alcanzarían para comprarte zapatos á cada rato y para darte túnico y *pañuelón* y todas las demás zarandajas que necesitan las *chancletudas* para vestirse bien.

—Pero si no *sos vos* la que me va á comprar esas cosas, sino mi madrina, que te lo ha ofrecido muchas veces.

—Si; pero además de que me daría mucha vergüenza que señora hiciera esos gastos de que no tiene obligación, está muy enferma á causa de lo mucho que sufre, y de repente se muere. Cuando ella nos falte, ¿quién nos daría para seguirte vistiendo del mismo modo? ¿No sería para *vos* sensible, después de haberte vestido algún tiempo como niña, volver á coger tus vestidos de mengala y presentarte así para que te hicieran burla? Además, por nuestra condición, tenemos siempre que servir, y yo no he visto hasta ahora, ni creo que se verá nunca, una criada de túnico. *Conformáte*, hija, con la voluntad de Dios. El nos hizo nacer de clase humilde, y no está bueno que *tengás* esos humos de princesa, que probablemente te vienen de la sangre de tu padre porque á mí nunca se me habían pasado por la imaginación esas ideas.

—¿Tengo yo padre, pues?

—Por supuesto, niña, ¿y qué criatura hay en el mundo que no lo tenga?

—Como nunca lo he visto, pensé que no lo tenía; pero debe ser lo mismo que mi padrino, que toda la vida está en la calle y no viene aquí casi nunca.

—No, tu padre no es lo mismo que tu padrino, que si viene aquí tan pocas veces es porque tiene la desgracia de beber aguardiente y pasa la vida con sus amigos gastando el *pisto* que le pide á señora: cuando se le acaba es cuando viene, y mientras tiene que gastar, no se acuerda para nada de su pobre familia. Tu padre es por otras razones por las que no nos busca, pero no sabe beber. Es muy distinguido entre los *melitares*: cuando yo lo conocí, antes que vos nacieras, era *susteniente*, es decir, que se ponía una presilla de galón de plata en el hombro izquierdo: más tarde lo hicieron teniente y se pasó la presilla al hombro derecho: ahora es capitán, y se pone dos presillas, una en cada hombro. Esto lo sé porque me lo ha contado el maestro Tomás, el zapatero de la esquina, y además me ha dicho que algunas veces le ha preguntado por vos diciéndole que te quiere conocer. Un día de estos, cuando te acabe de coser las nagüitas nuevas que te estoy haciendo, te voy á mandar con la mujer del maestro para que te lleve á ver á tu padre: siempre es bueno que te conozca, porque más tarde no sabemos que puede suceder, y yo quiero que *tengás* en la vida todos los apoyos necesarios que te aseguren un porvenir honrado.

—¿Y soy bonita, nana?

—Tan bonita, mi alma, que yo no te cambiaría por el mayor tesoro del mundo!

—¿Más bonita que María?

—Para mí, por lo menos, más bonita que todas las niñas de Quezaltenango.

Aquella conversación fué decisiva para el porvenir de las dos niñas: la sencilla Casimira, sin saberlo, echó el germen de todos los sufrimientos futuros de la pobre María y levantó una tempestad horrible en el corazón de Josefina. Esta tardó mucho tiemo en dormirse, dominada por el cúmulo de pensamientos que despertó en ella la imprudente charla de su madre. ¡Su padre era un capitán! ¡Tenía sobre los hombros dos presillas de galón de plata, llevaba espada al cinto y mandaba soldados; mientras que el padre de María era un *bolo,* igual sin duda á tantos que ella había visto tirados en la calle, medio desnudos y revolcándose entre la inmundicia! ¿Qué importaba que María tuviera zapatos y túnico, si ella, Josefina, aunque descalza y mengala, era más bonita que todas las niñas de Quezaltenango y además hija de un capitán? ¡Oh! Ya vería la mocosa, con sus modales de señorita mimada, si no le echaba en cara, en el primer disgusto que tuvieran, que ella, la descalza, la mengala, la de los brazos al aire, valía más, mucho más con sus na-

guas de percal, que la hija del bolo, á pesar de su túnico de merino y sus zapatos de charol. ¡Pues no faltaba más!

Desde el día siguiente Josefina dió en maltratar á María de diversas maneras, dando lugar á que su madre le aplicara muy buenos azotes para que no hiciera llorar á la niña: pero cada uno de aquellos castigos exacerbaba los odios de la rencorosa Josefina, quien juraba vengarse, juramento que cumplía á la primera ocasión.

Siempre que se ponían á jugar terminaban peleando: Josefina de carácter dominante, corroida por la envidia, dominada por el orgullo de ser hija de un capitán, no sufría en sus juegos la más pequeña contradicción: á la primera insultaba cruelmente á su compañera de infancia, á la hija de su protectora recordándole los defectos de don Pedro y haciéndola derramar amargas y abundantísimas lágrimas. La niña no se quejaba; pero Casimira, que lo observaba todo, ponía el remedio separándolas y llevándose á su hija á la cocina, donde con un par de nalgadas creía poner el correctivo necesario, no comprendiendo que así ahondaba más y más el abismo que separaba á las dos niñas.

II

ALTERACIONES

TRANSCURRIERON dos años, desde la imprudente conversación de Casimira y Josefina, y durante ellos ocurrieron en la casa de doña Micaela acontecimientos que trastornaron por completo el modo de ser de aquella digna familia. María había cumplido siete años y Josefina estaba próxima á cumplir los ocho, cuando fué recogida por su padre, á pesar de las lágrimas de Casimira y de la renuencia de la misma Josefina, para quien tuvo el capitán Velarde un argumento decisivo.

Un domingo fué Josefina á verlo como acostumbraba, y este, que tenía por ella verdadera adoración, le propuso por la centésima vez que consintiese en separarse de su madre y se fuese con él: la niña se resistía como lo había hecho siempre que se le hablaba de

ello; pero el capitán Velarde, que estaba próximo á ascender á Sargento Mayor, había sido llamado á Guatemala por asuntos del servicio y no podía pensar en dejar de ver á su hija: su viaje debía verificarlo pronto, y era preciso que Josefina lo acompañara, aunque para ello fuera necesario robarla.

El sueño dorado de Josefina había consistido siempre en los zapatos y en arrojar al infierno aquella maldita camisa que le hacía llevar el pecho y los brazos desnudos; pero la voluntad de su madre era indomable. Una vez, la única que ella volvió á hablar con Velarde, tuvieron sobre el particular una cuestión que estuvo á pique de privar á este del placer de ver cada ocho días á su pequeña, lo que hubiera sido para él una gran desgracia.

—No, señor,—había dicho,—yo le agradezco á Ud. el deseo que tiene de vestir bien á Josefina: en eso veo que Ud. la quiere, pero estoy segura de que me la haría infeliz: mengala soy yo y mengala será ella mientras no tenga padre conocido: Ud. no le ha de dar su nombre casándose conmigo: disparate es ese en que yo no he de pensar un solo momento: cualquier día Ud. se casa y cuando tenga hijas legítimas, y se avergüence de ser el padre de la hija de una cocinera, ¿qué será de mi pobre

Josefina? Déjemela Ud. así: déle buenos consejos, porque la niña se me está criando rebelde y muy voluntariosa, hágale comprender que tiene que correr la suerte de su madre, cocinera soy, cocinera seré hasta que me muera y cocinera tendrá que ser ella, porque yo no le puedo enseñar nada mejor.

Y como el capitán quisiere insistir, ella poniéndose muy seria, repuso:

—He dicho ya que no, y no me vuelvo atrás: aunque Ud. me ofrezca que no la abandonará, yo no puedo creer en sus ofrecimientos; yo he sido una víctima de ellos y sé á qué debo atenerme. Hágame Ud., pues, el favor de no alimentarle esas ideas; por el contrario, quíteselas de la cabeza, porque si no me veré en la necesidad de impedirle que lo venga á ver.

No hubo, pues, remedio: Josefina continuó siendo mengala á su despecho y á despecho del capitán que hubiera querido vestirla con traje de reina.

La tarde de que se trata, el capitán había hecho ya infructuosamente á Josefina todos los ofrecimientos imaginables para que consintiese en dejar á su madre, y ya desesperaba de conseguirlo, cuando asaltó á aquella un pensamiento que la hizo olvidar el amor de la que le había dado el ser, de la que la ha-

bía alimentado con la leche de sus pechos y con toda la ternura de que sólo una madre es capaz.

—¿Y diga Ud., padre,—dijo de repente á don Faustino,—en el colegio donde Ud. dice que me pondrá en Guatemala si consiento en irme con Ud., admiten á las muchachas descalzas como yo?

—No, hija mía, pero desde el momento que te separes de tu madre y vengas á mi lado, yo te haré vestir el traje que te corresponde por mi clase y por el grado militar á que pertenezco: yo no consentiré jamás en ver descalza y de rebozo á la hija de un Sargento Mayor del ejército. Si hasta hoy he sido débil, si he cedido á los caprichos absurdos de tu madre, ha sido porque me ha amenazado con no permitirte que me vengas á ver, y como tú no has querido voluntariamente dejarla y venirte conmigo, yo no he podido privarme de la dicha de verte. Pero si me sigues, si te vas conmigo á Guatemala, tú serás el ídolo de mi corazón, abandonarás para siempre ese humilde traje que no te corresponde, irás vestida como las señoritas más altas de la capital, dejarás de llamarte Josefina Peralta para convertirte en la señorita Velarde, y en vez de ser una triste cocinera ó una sucia fregona, que es el porvenir que

tu madre te reserva, yo te juro que llegarás á formar parte de la más distinguida sociedad de la capital. Me siento para ello con las suficientes fuerzas; comencé mi carrera de soldado y hoy estoy aguardando los despachos de Sargento Mayor: antes de mucho seré coronel y..... ¿quién sabe? Tal vez llegaré á ocupar los más altos grados de la milicia. Tú no comprendes bien esto que te digo, pero algún día me comprenderás.

—Sí lo comprendo, papá: yo sé que antes, cuando Ud. conoció á mi madre, sólo tenía una precilla de galón de plata en el hombro izquierdo, después se la pasó al derecho, más tarde se puso dos, y hoy las lleva también en las mangas de la levita. Yo sé todo eso porque me lo ha explicado el maestro Tomás, y también lo ví á Ud. el otro día, cuando el paseo del 15 de septiembre con sus dos *charretelas* en los hombros y su gorra con plumas, en la cabeza. ¡Qué hermoso estaba Ud! ¡Qué gusto me hubiera dado decir que Ud. era mi papá! pero no me atreví á hacerlo, porque me daba vergüenza verme descalza y con mi camisa de mengala! Se hubieran reído de mí y me habrían tratado de embustera.

El capitán enternecido dió un beso en la frente á su hija y la dijo:

—Pues bien, decídete; vente conmigo y ya

no tendrás de que avergonzarte: serás mi hija en todas partes, te presentaré á mis amistades y, te lo repito, alternarás con las más distinguidas señoritas de la sociedad.

—¿Y seré entonces superior á María?

—Serás superior á ella y á otras muchas que son mejores que ella; serás igual á las señoritas de la más elevada aristocracia.

No hablaron más, pero fué cosa decidida: cuando llegó á su casa Josefina hizo saber á Casimira su firme resolución de irse con su padre: en vano ésta lloró, la reprendió, la echó en cara su ingratitud. Josefina no la oía, veía únicamente sus brazos desnudos y recordaba las promesas que su padre le había hecho de cubrirlos con las más ricas y delicadas telas: ante aquel ofrecimiento todo era secundario para ella.

Tres días después había partido para Guatemala. Casimira se desesperó y contrajo una enfermedad que la puso en peligro de muerte; y hasta la tierna María, que tanto había sufrido con las impertinencias de aquella niña rebelde, lloró su partida, porque su alma grande y generosa era incapaz del rencor. Olvidó sus sufrimientos para acordarse de que Josefina había sido su compañera durante toda su vida, casi su hermana, y que en adelante ya no tendría con quien jugar ni con

quien compartir sus dulces, sus frutas y los juguetes que á menudo le regalaban todos los que la querían.

La fortuna y la salud de doña Micaela habían venido á menos: obligada desde la separación de Petrona á cuidar más de cerca á la niña y á ocuparse más en las interioridades del hogar, tuvo que abandonar en parte sus negocios de comercio, que consistían en una de las mejores tiendas de *maritates* de la ciudad, que le había producido muy buena renta, la suficiente por lo menos para llenar las necesidades de su casa y mantener los vicios de su marido que, habiendo seguido en el más escandaloso libertinaje, sólo se aparecía, como le había dicho Casimira á Josefina, cuando necesitaba dinero para pagar sus deudas de juego, para dar á sus queridas ó para gastarlo en francachelas con sus amigos. Pero cuando se quedó sola, tuvo que confiar la tienda á una cajera, y ya se sabe que esos enemigos forzosos van siemgre al partir de utilidades con el patrón: la tienda cada día fué produciendo menos y cuando se hizo balance, un año después que la había tomado Catarina á su cargo, se habían perdido unas dos terceras partes del capital. Fué necesario venderla y como cuando las cosas se ofrecen en venta no las pagan bien, aquella tienda que había

mantenido á la familia por más de doce años, con un capital de diez mil pesos, sólo produjo en su venta tres mil quinientos, de los cuales fué preciso hacer todavía algunas deducciones para pagar á los interventores que hicieron el balance y las demás operaciones consiguientes al traspaso.

Doña Micaela no podía resistir más: vieja antes de tiempo, pues sólo tenía treinta y tres años, se doblegaba bajo el peso de tanto sufrimiento. Lo que más le amargaba la vida era la conducta cada día más atroz de su marido: lo amaba con delirio y no pronunciaba contra él una sola queja, pero lloraba á solas con lágrimas nacidas de lo más íntimo de su corazón la ausencia indefinida del sér á quien se había entregado en cuerpo y alma, á quien le había consagrado todos sus pensamientos, toda su voluntad, toda su ternura, en fin, todo su amor. ¡Si á lo menos estuviera con ella! Aunque la maltratara, como lo había hecho tantas veces; aunque en sus rabiosos celos la llenase de injurias, ella sabría calmarlo á fuerza de abnegación y de ternura; pero tanto abandono, tanta indiferencia, eran una insoportable ingratitud! No aparecer por la casa; pasar los días y las noches fuera de ella, en orgía perpetua, entregado por completo á las rameras y á los falsos ami-

gos; faltar al juramento que le había prestado al pié de los altares; romper el lazo santo que bendecido por el cura, por el inolvidable Padre Dávila, había unido para siempre sus dos existencias, haciendo de los dos un solo sér; olvidar en brazos de una infame prostituta aquellos inefables días que siguieron á su matrimonio, en los que se juraron amor eterno, en los que se fundieron sus dos almas; no acordarse ni un momento del pequeño angel que Dios les había concedido para su consuelo y para que fuera el báculo de su vejez..... ¡Oh! aquello era inaudito, aquello no tenía perdón!..... Y sin embargo, doña Micaela lo había perdonado, no una sino mil veces; y todas las noches, antes de acostarse á descansar, que no á dormir, llamaba á su pequeña María, y arrodilladas las dos ante la imagen de la Virgen del Rosario, patrona predilecta de todos los buenos quezaltecos, bañadas en sus lágrimas le pedían fervorosamente que colmara de bendiciones al sér ingrato que las abandonaba, que velara sobre él librándolo de todo mal.

La Virgen no las oyó: la Providencia en sus inescrutables designios no siempre dispone las cosas del modo que nosotros las queremos; por el contrario, muchas veces las conduce por rumbos enteramente opuestos,

dándonos aquello mismo que nosotros pedimos que nos quite. Don Pedro fué llevado una noche á su casa moribundo: una estocada que le atravesó el pulmón, dada por uno de sus amigos más íntimos, por una cuestión de juego, lo dejó impotente para trasladarse por sí solo. Inútil es tratar de describir el dolor de doña Micaela y de su hija: si aquella santa señora hubiera podido, entregando su vida, detener la que se escapaba al ídolo de su corazón, se habría sacrificado mil veces, sonriente, en aras de su amor. Fueron llamados inmediatamente el médico y el cura: el primero examinó la herida y, comprendiendo que nada tenía que hacer, se retiró respetuosamente para dar lugar á que el sacerdote cumpliera su santa misión. Don Pedro pudo confesarse, aunque con grandes trabajos, y recibió la Extrema Unción. Después nada habló; pero con los ojos, en los que se revelaban todos los sentimientos de su alma, se despidió de su mujer y de su hija y les pidió perdón por sus locuras. Y aquellas mujeres lo perdonaron, sí, porque sólo sabían amar y lo amaban entrañablemente: no recordaron en aquel momento ninguno de sus extravíos, sólo sus buenas cualidades, el amor de que en otro tiempo más feliz les diera repetidas pruebas, la solicitud con que cuidaba

de ellas, sus caricias, sus bromas, los placeres inocentes que les proporcionaba algunas veces.

Dos horas después había dejado de existir. Doña Micaela no exhaló una sola queja; eran tantas las lágrimas que en su hazarosa vida derramara, que ya no tenía más que derramar. Se arrodilló frente al cadáver, oró en silencio algunos momentos, después se levantó, depositó sobre la sudorosa frente del que fué dueño de su corazón un casto beso, y se retiró para que lo vistieran las manos piadosas de los *verdaderos* amigos de la familia, que en gran número habían ocurrido.

La niña fué otra cosa; se arrojó delirante sobre el cadáver, dando lastimeros gritos y haciendo llorar á cuantos se encontraban presentes: lo cubría de besos, llamándolo *su papaito de su alma*, que la había dejado para siempre y á quien no volvería á ver jamás. Fué necesario llevársela por la fuerza, y no le permitieron volver á la sala sino cuando á virtud de un calmante que le fué administrado por el médico, recobró un poco de relativa tranquilidad.

Hacemos gracia á nuestros lectores de aquella noche triste y de los días subsiguientes, en los que nuestras dos amigas estuvieron acompañadas de lo más selecto de la sociedad que-

zalteca; y no volveremos á encontrarlas sino seis meses después, cuando liquidados sus pequeños intereses, se disponía doña Micaela á trasladarse á Guatemala, donde creía encontrar algún consuelo en sus dolores y el restablecimiento de su salud, completamente perdida.

Además, le urgía terminar la educación de María que iba á cumplir ya trece años, época en que se empieza á dejar de ser niña para comenzar á ser mujer. En Quezaltenango no había colegios, ni siquiera una escuela de niñas bien montada; y aunque la joven aprendió con perfección cuanto doña Micaela podía enseñarle, no era eso, ni con mucho lo que necesita saber una señorita para figurar dignamente en la sociedad. Don Manuel Mere, el respetable y modesto maestro del lugar, había ido á darle lecciones á domicilio, y le enseño á leer y escribir con bastante corrección, las cuatro reglas de la Aritmética y un poco de Gramática Castellana. Pero no se extendían más allá los conocimientos de don Manuel que, como se vé, eran por extremo deficientes: sabía sí la joven, todo lo que debe saber una mujer para ser lo se llama *mujer de su casa;* lababa y planchaba admirablemente, cosía, bordaba en blanco y en colores y hacía flores de mano con nota-

ble perfección; y en el arte culinario era casi una maestra.

Hecha la liquidación de los intereses de doña Micaela, su capital quedó reducido á bien pequeña cosa; pero ella contaba con que en Guatemala le sería fácil colocarlo bien en alguna casa respetable y subvenir con sus productos á sus modestas necesidades. Un lunes, pues, después de haber oído misa en la capilla del Rosario y encomendádose de todo corazón á la Vírgen, su patrona, se puso en camino, acompañada de su María y del señor Julián Orosco, arriero de profesión y de reconocida honradez, que ganaba su vida sirviendo de conductor á los viajeros, á quienes alquilaba sus caballerías y les prestaba sus servicios personales.

III

GUATEMALA

La bella capital de la República era por el año de 1860, época á que ha llegado nuestra historia, una de las ciudades más tranquilas y por consecuencia más plácidamente encantadoras de la América española. Los extranjeros no habían tomado posesión de ella, y por lo mismo no se habían introducido las costumbres europeas que, dicho sea con franqueza, si nos han traído algunos bienes, nos han causado en cambio muchos males. Un escritor contemporáneo, mal avenido con las prácticas pacíficas y el modo de vivir tranquilo y reposado de nuestros padres, se ha propuesto ridiculizar aquellos tiempos, tratando de demostrar en un libro recientemente publicado, que porque entonces se comían *nuegaditos*, valíamos menos de lo que valemos hoy. Nosotros, que no hacemos política, ni somos refractorios al progreso, no entrare-

mos en discusión sobre este particular con el apreciable publicista; pero si declaramos con toda ingenuidad que no renegamos de una manera tan absoluta del pasado: que si encontramos muchas mejoras en nuestro modo de ser actual, también echamos de menos muchos bienes que hemos perdido y cuya pérdida nos llena de infinito dolor. Aceptamos y aceptaremos siempre con gusto todo lo que signifique positivo adelanto; pero rechazamos con la mayor energía todo cuanto tiende á destruir la felicidad de los pueblos. La paz de las conciencias, la tranquilidad del hogar, la pureza de las costumbres, la moralidad pública, bienes son mil veces más preciados que todas las invenciones y adelantos de la ciencia moderna. No quiere esto decir que desconozcamos sus ventajas: bien venidas sean, y vengan cuantas más sea posible; pero no se nos perjudique, como se nos está perjudicando; no se nos ataque en el santuario de nuestras conciencias; no se nos arrebate lo que más amamos en la vida: *la moral*.

Nuestros padres comían nuegaditos y bebían horchata; hoy en cambio nuestros hijos comen mazapanes de Toledo, pero los remojan con cerveza, sauterne, chateau-iquem, coktail, cognac y todos esos infernales tósigos

que matan el alma y corroen las entrañas: en aquel entonces se vendia en las mesas de los Corpus agua de canela y rosicler; hoy los italianos tienen una cantina en cada cuadra de la ciudad, y en esas cantinas nuestros hijos se emborrachan, y juegan carambolas cuando no es el *chivo* y el *cuchumbo* para ganar el *trago:* en aquella época, como en todas, había, es verdad prostitución; pero estaba confinada en ciertos barrios de la ciudad: el *lagartero*, las inmediaciones del entonces llamado *Cuartel de San Francisco*, y las *casitas de las Beatas Indias;* hoy en cambio, se encuentra un lupanar en cada esquina, y lo que es más sensible, en ellos entran, de día y de noche, sin ningún recato, los menores de edad.

Pero hemos dicho que no hacemos política, y debemos apresurarnos á consignar que la razón de las diferencias que hemos apuntado, no la atribuimos á los principios liberales ni á los conservadores; la atribuimos á la época y al elemento extranjero, que con sus progresos, con sus sinfonías, con sus componedores de zapatos y paraguas, nos ha traído también toda la desmoralización de las cortes europeas.

Guatemala era más triste que ahora, como dice el autor antes aludido, si por tristeza se entiende la tranquilidad de la vida y la pla-

cidez de las costumbres: no había, es verdad, ese vertiginoso movimiento que hoy se observa por todas partes; la fiebre de las negocios y con ella las especulaciones de mal género no nos habían invadido: no había lujo, pero si había decencia; el comercio era más reducido, pero más honorable; no se conocían los judíos, esos adoradores del becerro de oro, explotadores del proletariado; y por consiguiente la miseria, si existía, era en pequeñísima escala.

La industria nacional florecía y prosperaba, aunque despacio; hoy ha desaparecido casi por completo, merced á la importación de los artefactos europeos: todo cuanto nosotros producíamos nos lo han imitado y nos lo traen, más bonito, sí, en la apariencia; pero de menos duración y por consiguiente más costoso. Los mismos *nuegaditos* que tanto escuecen al inteligente escritor antes aludido, hemos visto venderlos en las pastelerías modernas con nombres rimbombantes y pomposos para engañar á los incautos; y con decir que hasta las flores de nuestros campos han sido objeto de la explotación de los judíos, lo habremos dicho todo: la semilla del *quiebracajete*, por ejemplo de esa delicada flor que engalana las praderas en la época más alegre del año, en el mes de Navidad, nos ha sido

vendida por los descendientes de los que mataron á Cristo con el nombre de *Manto de la Virgen*.

De allí, de tanta explotación, de tanto abuso de la hospitalidad de nuestro carácter, ha nacido indudablemente nuestra general pobreza. ¿De qué sirve que haya hoy más alegría en ciertos círculos, si en cambio se derraman más abundantes lágrimas en los suburbios de nuestra hermosa capital?

¿Conocen nuestros hijos las onzas de oro? ¿Conocen, siquiera los escuditos de Carrera, de á cuatro reales? Nosotros si los conocimos; y cuenta, que no pertenecimos á la clase rica: muy pobres fueron nuestros padres, muchas penalidades se pasaron en nuestro hogar; pero casi nunca nos faltaron dos reales en el bolsillo para satisfacer algún antojo. Pobres los ha habido y los habrá en todo tiempo; pero si en aquellos tiempos las familias pobres eran pocas, hoy lo son la generalidad.

Pobres habían llegado á ser, en realidad, nuestras dos amigas á quienes hemos dejado en el final del capítulo anterior trasladándose de Quezaltenango á la capital; pero su pobreza la debían á la mala suerte de que habían sido víctimas, á la fatalidad que pesaba sobre ellas, á las desgracias inmotivadas que

las habían abrumado desde hacía mucho tiempo.

Llegado que hubieron á Guatemala trató doña Micaela de establecerse del modo que le fué posible. Todos sus recursos consistían en cinco mil pesos, producto de sus economías y de la venta de sus muebles y demás objetos que no creyó útiles en su nueva residencia; y en una pequeña casa, situada en la capital, en la plazuela de las Beatas de Belén, casa en que había nacido y que durante su larga residencia en Quezaltenango estuvo alquilada produciéndole una modesta renta. Dos meses antes de hacer el viaje la pidió, de suerte que á su llegada á Guatemela, la encontró preparada para recibirlas á ella y al tesoro de su alma.

Cinco mil pesos en efectivo y una casa, no eran en aquellos tiempos una cantidad despreciable, así es que doña Micaela creyó poder hacer frente á sus exiguas necesidades sin grandes sacrificios. Puso su dinero á rédito en casa de un antiguo conocido de sus padres, que pasaba por hombre honrado, llamado don Timoteo Ortiz, cuya profesión consistía en el ejercicio de la procuración, manejando en consecuencia muy fuertes y respetables capitales.

Colocados al 6% anual, única usura que por entonces era permitida, los cinco mil pesos de doña Micaela le producían unos veinticinco de renta mensual, de los que era preciso separar desde luego la mitad, ó sean doce pesos y medio para pagar la pensión de María en el colegio: con los otros doce pesos y medio pensaba vivir la buena señora, es decir, con un poco más de tres reales diarios, sujetándose á una existencia metódica y por extremo frugal, sin permitirse siquiera la más insignificante distracción. Y pudo hacerlo, porque su virtud era asombrosa, porque su fuerza de voluntad era indomable. Verdad es que trabajaba, porque para aquella mujer que había sido el sostén de su casa durante todos los años de su vida, el trabajo era una necesidad: no hubiera podido estar ociosa sin morirse, así es que cosía para el público, hacía cigarros y se encargaba de cuantas labores de mano le llevaban. Bien poca cosa le redituaba aquello, porque el trabajo de la mujer ha sido siempre improductivo; pero así y todo pudo metodizar de tal modo su existencia, que se creía feliz. Y pudo más aún, pues se permitió el lujo de buscar una sirvienta, que la acompañase en sus largas horas de soledad y la ayudara en las labores de su modesta casa.

Su buena suerte le proporcionó á la señora Marcela, mujer honrada y hacendosa, viuda de un albañil que había muerto en Nicaragua cuando la campaña nacional: tenía una hija, Luisa, de ocho años, juiciosa y modestita como muy pocas lo son de aquella edad, y que vino de perlas á doña Micaela, porque no sólo era muy útil para hacer mandados, sino que llenaba para ella, en cuanto era posible, el horible vacío que al rededor de su existencia había dejado la separación de su María.

Esta fué puesta, un mes después de su llegada á Guatemala, en el Convento de las Beatas de Belén, porque doña Micaela pensó que antes de comenzar sus estudios literarios, era conveniente que se fortificara en los principios religiosos y se perfeccionara en los conocimientos que tenía en todo lo que se relaciona con las labores de mano. Para esto eran inmejorables las buenas monjas de San Cayetano, y bajo su direción adquirió María una sólida piedad y cuanto puede desear saber una mujer para manejar con acierto una casa de familia, por complicada y difícil que sea.

Allí pasó el año de 60 yendo á recibir sus lecciones durante el día y regresando por la noche á su casa, de suerte que tenía el consuelo de seguir viviendo al lado de su mamá;

pero al dar principio el de 61 fué puesta interna en el colegio de Belén, á cargo entonces de las hermanas de Nuestra Señora, bajo la dirección de Sor Juana María Vanpuyfelick. Allí esperaban á nuestra pobre niña amarguras infinitas, allí debía ponerse á prueba el temple de su corazón ya tan lacerado con todas las desgracias de su vida anterior.

IV.

EN EL COLEGIO

ERA el 7 de enero de 1861. Una simpática colección de niñas de diversas edades, en cuyos rostros podían leerse los diversos sentimientos que embargaban sus ánimos, se encontraban reunidas en el salón general de estudios del colegio de Belén, esperando que se les llamase por turno á la dirección para ser inscritas en el libro de matrículas. Quiénes se manifestaban tristes y acongojadas por haber terminado las vacaciones, dejando con ellas el hogar doméstico y todas las contemplaciones y los dulces goces de la familia; quiénes lánguidas y perezosas al considerar que después del descanso comenzaba otra vez la lucha, y que para vencer la nueva jornada, les era preciso atravesar trescientos mortales días de clases y de estudios, de rezos forzados, de reprensiones y castigos. Otras, las más, parecían haber olvidado su tristeza, ó por lo menos la ocultaban cuidadosamente,

y sólo se entregaban al placer de volverse á ver después de dos meses de separación. Estaban divididas en diversos grupos, formados por las que más habían intimado sus relaciones en el año anterior, todas se referían lo que había sido de ellas durante los días de asueto, y fraguaban sus planes para el porvenir, conviniendo en el género de vida que debían observar para hacer más soportable el largo cautiverio de diez meses que las aguardaba.

En uno de aquellos grupos, el más numeroso, formado por varias de las jóvenes más grandes del colegio, descollaba una seductora morena de quince años, de regular estatura, gruesa, de formas mórbidas y apetitosas, de ojos negros y grandes, de mirada ardiente y un tanto dura, que hacía bajar la vista á todos los que la fijaban en ella por algún tiempo. Vestía un preciosísimo traje de fulard celeste, guarnecido con una franja de seda amarillo claro: cuerpo casaca, escotado en forma cuadrada y mangas Luis XV, abiertas encima del codo, que dejaban descubierto su magnífico brazo, duro y bien torneado, ligeramente cubierto por finísimo vello. Llevaba al cuello una cinta de terciopelo negro con un rico medallón artístico, y un lazo de raso amarillo en la cabeza: un riquísimo

brazalete de oro adornado con brillantes, coquetamente llevado en la muñeca izquierda, completaba el atavío de aquella hermosa joven, que parecía ejercer un completo dominio sobre sus compañeras. Era hermosa, sí; pero con una hermosura que daba miedo: sus facciones correctas en un todo y perfectamente delineadas, eran sin embargo demasiado enérgicas para una joven de su edad, en términos que había momentos, especialmente cuando estaba dominada por la cólera, en que más bien parecía un hombre con traje de mujer. En su mirada sombría se descubrían las tempestades de su alma; sus labios gruesos y carnosos se abrían frecuentemente á impulsos de una sonrisa sardónica que denotaba el orgullo, su pasión dominante; las ondulaciones de su robusto seno dejaban adivinar la voluptuosidad de su carácter, y sus maneras todas, sus movimientos, las inflexiones de su voz, hacían que aquella linda muchacha, más bien que á una criatura de este mundo, se pareciese á Luzbel, después de su rebelión en el paraíso.

Formaban corro en derredor suyo unas dieciocho ó veinte jóvenes, todas aproximadamente de su misma edad. Entre ellas estaban Hortensia Figueroa, morena, casi negra, simpática en el conjunto de sus fac-

ciones, pero afeada hasta cierto punto por los muchos lunares que tenía en la cara, de caracter falso y de un corazón perverso y envenenado; Clara Ochoa, gorda, casi obesa, de ojos pardos y cabello rubio tirando á rojo; Natalia Uriarte, blanca, delgada y espiritual, coqueta hasta en sus menores detalles, haragana y desaplicada, rebelde y la más revoltosa del colegio; Emma Ortiz, hija de don Timoteo el procurador, bajita, regordeta, de carnes apretadas, de ojos garzos, pelo rubio, naríz aplastada, boca grande, labios delgados y descoloridos, habladora sempiterna, con tendencias al romanticismo y con pretensiones de poetisa. Todas estas jóvenes y las demás que si fuere necesario iremos dando á conocer á nuestros lectores, hablaban casi á un tiempo, en voz baja para no contravenir á las prescripciones del colegio, ni hacerse merecedoras, desde el primer día de su reingreso en él, á una reprensión de la celadora, Sor María de Jesús, que se paseaba lentamente á lo largo del salón, con las manos cruzadas á la espalda, dirigiendo de vez en cuando cariñosas palabras á las niñas de corta edad, que habían merecido su predilección en el año anterior.

En el centro del salón había otro grupo casi tan numeroso como el que hemos descri-

to anteriormente, y formado por jóvenes de la misma edad. Era, puede decirse, el partido de la oposición, encabezado por Leonor Sandoval, trigueña y salerosa, arrebatadora de corazones, aplicada y juiciosa como la que más, de inteligencia clara y despejada y que ocupaba un lugar muy preferente en la estimación de sus profesoras y de sus compañeras. Con ella conversaban, entre otras, Adriana Sandoval, su prima, de color más claro que Leonor, fina y delicada como una sensitiva, espiritual y graciosa, de conducta también irreprochable; Gabriela Burger, de familia alemana, pero nacida en Guatemala, rubia y sonrosada, de carácter bondadoso, aunque de inteligencia no muy clara; Piedad Aceña, muy morena, alta, delgada, casi flaca, fea, pero tan simpática, tan atrayente, de carácter tan dulce, y sobre todo de conversación tan chispeante que no se reparaba en su fealdad, para fijarse en sus cualidades morales: era generalmente querida, porque ella hacía práctica aquella máxima de Meidani de que "el candor es la mitad de la belleza". Eulalia Robles, Marta Escobar, Juanita Rivera, Emilia García y siete ú ocho más, completaban aquel interesante grupo, en el que, si no figuraban las bellezas de primer orden, estaba si lo más distinguido

del colegio, porque las jóvenes que lo formaban eran las más juiciosas, las más aplicadas y quienes obtenían siempre las mejores calificaciones.

Concluida la inscripción, que tardó más de una hora y á la que fueron llamadas de una en una todas las alumnas, se presentó en el salón Sor Vanpuyfelick, para dar á todas la bienvenida, recomendarles el orden, la disciplina, el amor al estudio y hacerles cuantas indicaciones creyó prudentes en aquel primer día en que iban á reanudar sus estudios. Terminada la larga peroración, les presentó á las nuevas compañeras que ingresaban aquel día y les ordenó que las recibieran con cariño, evitándoles las molestias que se sufren cuando se llega á un colegio por primera vez. Estas eran cuatro; Margarita Pacheco, Ernestina Flores, Carlota Mirón y María Agueda de la Concepción López. Al oír este nombre, la morena del vestido azul celeste dió un brinco sobre su asiento y fijó su mirada de fuego sobre la presentada. Todas las demás alumnas examinaban también á las recienllegadas, buscando en ellas sus defectos más notables para esplotarlos después aplicándoles el apodo que mejor les cuadrase, porque en lo que menos pensaban era en obedecer el mandato de la directora,

y en todas ellas causó vivísima impresión María, porque realmente era digna de llamar la atención.

Iba muy pronto á cumplir los catorce años y había alcanzado ya el mayor grado de desarrollo físico: sus formas purísimas habían alcanzado toda su perfección: alta, delgada y flexible, se balanceaba al andar como la palmera acariciada por las brisas del mar: su cabeza, de forma casi redonda, con tendencia al óvalo, estaba coronada por sus lindísimos cabellos largos, espesos, bien distribuidos, sedosos y de un magnífico color negro azabache; sus ojos rasgados, negros, grandes, sombreados por una deliciosa pestaña vuelta, que los hacía aparecer más grandes aún; las mejillas fuertes, sonrosadas, de matiz dulce y templado, procedente del frescor de la tez; la nariz recta y afilada; boca pequeña y bien cortada, cuyos labios tenían el color del carmín que tienen las rosas al abrirse; dientes pequeños, iguales y bien alineados, con la blancura del marfil pulimentado; el cuello recto y carnoso, un tanto largo, de cutis blanco y delicado; los hombros, de perfecta redondez; los brazos blancos, torneados, duros, deliciosos; el seno amplio, turgente, de finísimo cutis, mal aprisionado dentro del estrecho corsé; el talle fino y esbelto; y sobre

todo, ¡qué modestia tenía en su continente y en su andar! ¡Cuánta gracia en sus movimientos! ¡cuánta dignidad en sus ademanes! María era, sin disputa de ningún género, una de las obras maestras de la creación; y todas aquellas gracias de que estaba adornada, todo aquel bello conjunto de perfecciones, tenía como uno de sus más bellos atractivos la inocencia. María no conocía los secretos de la coquetería, no había estudiado aún el arte de agradar; y sin embargo agradaba, porque la naturaleza se había complacido en hacer de ella una de sus hechuras más perfectas. Causó generalmente buena impresión, salvo algunas excepciones que son naturales en todo cuerpo colegiado.

Algo más habló la directora, y como se acercaba la hora del almuerzo, ordenó que desfilaran hacia el refectorio, anunciándoles que, por ser el primer día y mientras se arreglaban convenientemente todas las clases y se restablecía el orden antiguo, interrumpido por las vacaciones, les concedía dos horas de asueto, que podían pasar en el jardín; pero sin tocar las flores y sin causar ningún desorden.

En la mesa ocupó María el último lugar: era el que le correspondía, según el orden de ingreso y desde allí pudo observar, aunque á hurtadillas, á las que desde ese momento iban á ser sus compañeras. No pudo almorzar, presa como

era, de una multitud de tristes sentimientos: desde luego la embargaba la natural vergüenza que experimentaba al encontrarse por primera vez entre tantas jóvenes desconocidas, en muchas de las cuales había podido observar ya, sonrisas burlonas, que hacían asomar el rubor á sus mejillas; además recordaba á su pobre madre, de quien acababa de separarse, bañada en lágrimas por aquella tristísima separación, la primera de su vida; y por último, un secreto presentimiento, que oprimía su corazón, le decía que en aquel recinto le esperaban días muy amargos. En medio de todo, y como la juventud siempre es curiosa, trataba de estudiar en las fisonomías de sus compañeras, qué podía esperar de cada una de ellas: de repente sus ojos se fijaron en la del vestido azul celeste y su corazón latió con fuerza. Aquella cara no le era desconocida, ella la había visto en alguna parte, pero ¿dónde? Aquel semblante duro y altanero, aquella belleza siniestra y repulsiva, no era la primera vez que la veía. En dos ó tres ocasiones se encontraron sus miradas con las de la morena; pero ésta, á cuyo influjo no se podía resistir, no había sin embargo podido sostener la dulce y cándida mirada de María. Preocupada se encontraba la encantadora niña, procurando recordar donde había visto á aquella joven, cuando una campanilla anunció que el almuerzo había terminado,

y todas las alumnas se dispersaron como se dispersa una bandada de palomas al oír el disparo de la escopeta del cazador. Haciendo uso de la autorización que se les había dado, se dirigieron al jardín; y como según las prescripciones del colegio, ninguna alumna podía estar sola, sino que debían acompañarse por lo menos de dos en dos, cada una buscó su compañera. María tuvo la buena suerte de encontrar dos conocidas: Emma Ortiz, á quien había visto algunas veces en su casa acompañando á don Timoteo, y Marta Escobar, prima suya en tercer grado, con quien en otra época se había relacionado en Quezaltenango con la intimidad que da el parentesco. Emma y Marta se dirigieron á ella al mismo tiempo; pero María aceptó la compañía de Marta, no sólo porque Emma le era soberanamente antipática, sino porque su parentesco con aquella y sus más antiguas relaciones le inspiraban naturalmente mayor confianza.

Después de las primeras recíprocas caricias que se hicieron y de contarse, con la volubilidad y ligereza propia de su edad, lo que había sido de ellas durante el tiempo que no se habían visto, Marta puso á María al corriente de todas las costumbres del colegio, dándole lecciones y consejos sobre la conducta que debía observar para burlar la vigilancia de las celadoras, para captarse las simpatías de las profesoras y en una pala-

bra, para hacerse más fácil y llevadera la existencia en aquel recinto aborrecido. La refirió también la vida y milagros de la mayor parte de las alumnas, la dió cuenta de los novios que cada una tenía, y ya iba á emprenderla con Sor Vanpuyfelick y con las otras cinco hermanas que con ella compartían la dirección del colegio, cuando María, que ardía en deseos de conocer á la joven que tan fuertemente había llamado su atención en la mesa del comedor, la interrumpió diciéndola:

—Aunque me has contado varias cosas referentes á muchas de las niñas del colegio, nada me has dicho de una á quien yo deseo conocer, porque me parece que no es esta la primera vez que la veo: me refiero á aquella joven trigueña, vestida de celeste, que estaba sentada en el comedor en el primer puesto á la derecha de la directora.

—¡Ah! Calla,—repuso Marta, visiblemente incomodada—no me hables de esa víbora á quien detesto con todo mi corazón, porque es muy mala: ten mucho cuidado con ella. Se llama Josefina Velarde y ocupa el primer lugar en el colegio, no porque tenga méritos, pues más que ella vale Leonor Sandoval, sino porque es hija de un General que dicen que va á ser el Presidente cuando se muera el general Carrera. Te aconsejo que no te juntes con ella, porque si

tal haces tendrás que arrepentirte: desde luego te digo que si quieres ser amiga mía y amiga de mis amigas, es preciso que me ofrezcas no ser amiga de ella. Mírala, allá está sentada debajo de aquél árbol, acompañada de sus compinches, la zamba Hortensia Figueroa y la sinvergüenza Natalia Uriarte, que nunca se separan de ella, formando las tres una trinidad de demonios que siempre están dispuestas á hacer mal. Observa á Josefina como te dirige miradas de odio: de seguro le has caído mal, y no dudes que es porque te está viendo conmigo, que soy una de sus más mortales enemigas y formo en el partido de Leonor: es indudable también que te encuentra más bonita que ella, y ese delito, lo mismo que el que te hayas presentado con un vestido mejor que el que ella lleva puesto, no te los perdonará jamás.

Y así era la verdad. Josefina, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, dirigía á María, desde lejos, miradas furibundas, con las que hubiera querido aniquilarla: María estaba extraordinariamente hermosa y llevaba un traje sencillo pero de esquisita elegancia, delitos ambos imperdonables á los ojos de Josefina. El vestido de indiana color de rosa y encaje blanco, confeccionado por la misma María, hacía resaltar sus gracias y dejaba entrever la seductora morbidez de sus formas: el talle escotado ligeramente en cua-

dro hacía adivinar los encantos de su turgente seno, y las mangas hasta el codo dejaban desnudos sus espléndidos y delicados brazos.

Josefina, la pequeña socialista á quien conocimos, niña aún, pero ya revelando sus perversos instintos en casa de doña Micaela; había crecido en gracias, pero también en defectos: el principal entre estos era la soberbia: se creía superior á todo el mundo y no admitía comparación con ninguna de sus compañeras: su padre ocupaba á la sazón un puesto muy elevado en la sociedad: se había distinguido notablemente en la campaña nacional contra los filibusteros en Nicaragua al lado del ilustre general Zavala, y había obtenido en recompensa el grado de General. Esto y los halagos de que colmaba á su hija, hicieron que el orgullo y la vanidad se apoderaran de ella, quien ocupaba, como lo había dicho Marta, el primer puesto en el colegio, no porque lo hubiera merecido por completo, pues de derecho correspondía á Leonor, que era la alumna modelo, sino por la posición social de su padre: preciso es confesar que en los colegios no se obra siempre con entera justicia, y que entran por mucho en el discernimiento de las calificaciones y premios, los méritos de los padres de los alumnos y el menor ó mayor influjo que aquellos ejercen en las esferas gubernativas. Esto lo comprendían la mayor parte de las jóvenes y el colegio se hallaba

dividido en dos bandos: el que capitaneaba Josefina, compuesto de las más perversas, y el presidido por Leonor, que lo formaban las más juiciosas y las más aplicadas.

Concluido el recreo, la campana del establecimiento llamó de nuevo á las niñas al salón, donde debía procederse á la distribución de clases. María había demostrado en el examen previo á su admisión que poseía, si no muy extensos, bastante sólidos conocimientos y en esa virtud fué admitida entre las alumnas grandes; y como estas eran ochenta y las cinco hermanas de que se componía el personal administrativo del colegio, tenían á su cargo, además del servicio de las clases, otra multitud de atenciones, era necesario nombrar de entre las alumnas más adelantadas cuatro celadoras, que vigilasen el orden en los estudios y dieran parte á la directora de cualquiera infracción del reglamento. La primera nombrada fué, naturalmente, Josefina Velarde, y las otras tres Leonor Sandoval, Hortensia Figueroa y Teresa Aguilar, que figuraba también en el bando de las *josefinistas*, con lo que el partido opuesto, el *sandovalista*, sufrió como es fácil comprenderse, un terrible descalabro.

Hecha la distribución de las alumnas en cuatro tandas, tuvo María la desgracia de ser colocada entre las que debían reconocer la jefatura de Josefina, y se dió principio á las clases.

María, á pesar de las recomendaciones y consejos de Marta, dispuso acercarse á Josefina en la primera ocasión: no podía dudar ya de que ella era la compañera de su infancia: y como no recordaba nada que pudiera servir de obstáculo á reanudar su antigua y bien nacida amistad, estaba segura de que sería bien recibida y de que así como ella, María, ardía en deseos de arrojarse en sus brazos, había de encontrar una perfecta reciprocidad. Tan pronto, pues, como llegó el primer recreo, suplicó á Emma, que felizmente estaba comprendida entre las veinte alumnas subordinadas á Josefina, que le sirviera de introductora; se aproximó á esta y entre cortada y gozosa, con infinita dulzura, la dirigió la palabra, diciendo:

—No sé si me equivoco, pero los latidos de mi corazón me dicen que no: en lo más recóndito de mi alma he guardado siempre con cariñosa solicitud el gratísimo recuerdo de mis primeros años, los que se deslizaban sonrientes y felices al lado de una amiga queridísima, que no he podido olvidar ni un solo momento: ¿habré tenido la dicha de volverla á encontrar? ¿es usted, señorita, eres tú, mi adorada Josefina, la dulce compañera de mi infancia, la hermana idolatrada cuyo recuerdo me ha acompañado en todos los instantes de mi vida?

Josefina la contempló por cortos instantes

en silencio, la midió de arriba á abajo con una mirada glacial, y dibujándose en sus labios una sonrisa de desprecio, la dijo con dureza:

—Señorita, usted sin duda me confunde con otra, yo no la conozco á usted, no nos hemos visto nunca y no hay nada de común entre nosotras—y volvió las espaldas á María, dejándola absorta, trémula y fría como el hielo. ¡Era ella, no podía dudarlo! La misma inflección de voz; las mismas facciones, aunque más desarrolladas; la misma mirada dura, chispeante, devoradora como el rayo; el mismo nombre de pila y la misma altanería, la misma soberbia con que la había atormentado tantas veces. Dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas, y fué á buscar á Marta, única amiga con quien, por entonces, contaba.

No habían transcurrido muchos días, sin embargo, sin que hubiera hecho amistad con la mayor parte de las alumnas, siendo sus más íntimas Leonor y Adriana Sandoval, Gabriela Burger y la interesante Piedad Aceña, con quien más había estrechado sus relaciones, sin duda por el atractivo que la daba la dulzura de su carácter. Estas y sus demás amigas eran todas del bando *sandovalista*, lo que naturalmente aumentaba el odio de Josefina hácia la desgraciada niña.

Una tarde, quince días después de la inaugu-

ración del curso escolar, era jueves y las alumnas no habían podido salir al paseo que en tal día se acostumbraba, porque el tiempo no se presentaba bueno, por lo que la directora dispuso que tuviesen su recreación en el jardín. Josefina no había podido estar tranquila un solo momento desde la entrada de María en el colegio, y mucho menos desde que observó que esta había simpatizado con sus antagonistas principales: su vanidad y su orgullo no reconocían límites, y ya se figuraba que sus enemigas conocían, por boca de María, la humildad de su origen. ¡Desgraciada de ella en ese caso! Todas las embusterías con que enbaucara á sus compañeras sobre sus primeros años, vendrían por tierra! Su prestigio, adquirido en gran parte, por la fascinación que produce en las mujeres y principalmente en las jóvenes, el brillo de la riqueza, estaría hundido para siempre. ¡Era preciso, impedirlo á todo trance; era necesario cerrar los labios de María, costara lo que costara.

La tarde de que nos ocupamos estaban las niñas desparramadas por el jardín entreteniéndose en sus inocentes recreaciones: las grandes se paseaban á lo largo de las calles, conversando y aspirando con deleite aquel ambiente embalsamado: María se hallaba sentada al pié de un frondoso amate, en plácida conversación con

Piedad y Marta; y Josefina, acompañada á su vez de Hortensia y de Susana Zelaya, una pizpereta bastante agraciada, bajita, pelo castaño, blanca y sonrosada, á quien sus compañeras llamaban la *guazapa*, iban y venían, buscando una ocasión propicia para realizar un proyecto que de antemano habían preparado. Cuando lo creyeron oportuno, se ocultaron Hortensia y Susana detrás de unos robustos *platanares*, inmediatos al sitio en que se encontraban María y sus compañeras; y á una señal de Josefina, Matilde Espinosa, otra de sus partidarias y Teresa Aguilar, que se habían quedado á poca distancia, llamaron con cualquier pretexto á Piedad y Marta. María se quedó sola, y entonces Josefina se aproximó á ella, y reprimiendo á duras penas la rabia que la dominaba, con voz cavernosa y seca la dijo;

—Oye tú; hace muchos días que quería hablarte, pero no había podido hacerlo, porque no hemos estado solas ni un momento. Yo soy la misma Josefina que conociste en casa tuya en otro tiempo; pero te prohíbo que se lo cuentes á nadie: te lo prohíbo ¿entiéndes? El día que me reconociste te dije que no nos hemos conocido nunca: eso has de sostener entre todas las niñas. ¡Ay de tí si dices una palabra del pasado! Tú no sabes quien soy, no me conoces; no tolero que se haga nunca lo que yo no quie-

ro; y si llego á saber que has tenido la imprudencia de faltar á la orden que en este momento te estoy dando, mira, mira de lo que soy capaz.

Y sin poderse contener, se lanzó sobre María, asiéndola por el cuello, con fuerza tal, que estuvo á punto de estrangularla.

La desgraciada niña, que todo lo esperaba, menos aquel brusco ataque, apenas pudo en su defensa, extender las manos sobre aquella furia que se le echaba encima y tuvo la desgracia de desgarrar por completo una magnífica chorrera de finísimo encaje que adornaba el talle de Josefina, quien tuvo suficiente calma y bastante habilidad para hacerse un poco de sangre en una mano y en el cuello, por medio de lijeros rasguños. Inmediatamente salieron de su escondite Susana y Hortensia, y abalanzándose sobre María, empezaron á decir á grandes voces:

—¿Qué hace Ud., señorita López? Conténgase señorita María; y agarrándola por los brazos, fingieron que tenían necesidad de emplear mucha fuerza para contenerla; y como ella hiciese algunos movimientos para desembarazarse de aquellas manos que cual garfios de hierro le aprisionaban sus delicados brazos, ayudaba, sin quererlo, á hacer más verosímil la inicua farza que las tres arpías estaban representando. A

las voces y el ruido acudieron las demás niñas y la hermana inspectora, y restablecido el orden con la presencia de esta, preguntó lo que pasaba. Josefina, que fué la interrogada dijo: que la señorita López, estaba sola bajo de un árbol, y como el reglamento ordenaba que todas las alumnas del colegio estuvieran acompañadas, por lo menos, de dos en dos, ella, Josefina, había prevenido á la señorita López que buscase su pareja; pero que esta, incomodada sin duda por la reprensión que se le hacía, se le había arrojado encima, asiéndola por el cuello, en prueba de lo cual presentaba su chorrera deshecha y dos arañazos, uno en la mano y otro en el mismo cuello.

Las señoritas Figueroa y Zelaya, que estaban cerca, confirmaron lo dicho por la señorita Velarde, agregando: que al ver la agresión de la señorita López habían corrido á separarla de su víctima, y que aún luchaba por desasirse de ellas cuando llegó la hermana.

La hermana dió fé de que esto era exacto; y como María, mal repuesta aún de la terrible acometida de Josefina y absorta ante la infame y calumniosa declaración de aquellas tres infernales niñas nada contestase, se interpretó su silencio como reconocimiento de su falta, y fué conducida ante la directora, en cuyo conocimiento se puso lo que había pasado.

El caso era grave: nunca se había presentado un hecho igual. Se había faltado al respeto á una celadora, que representaba la autoridad del colegio en los momentos en que hacía cumplir un artículo del reglamento; y aquella falta de respeto había sido ejecutada con las circunstancias agravantísimas de haber producido sangre. La directora no atreviéndose á resolver por si sola un hecho tan extraordinario, reunió en consejo á sus cinco colaboradoras, ordenando á María que esperase su sentencia, aislada de sus compañeras, en la pieza inmediata á su despacho.

El consejo se prolongó bastante, porque fue examinado el caso bajo todos su aspectos; y después de un larguísimo debate, la campana del colegio dió el toque de reunión general: las alumnas interesadas en un acontecimiento nuevo para ellas, acudieron con presteza; la directora ocupó el sitio de honor, colocándose á sus lados las cinco hermanas, y habiéndose hecho comparecer á la acusada, se la puso en pié, en medio del salón, siendo por consiguiente blanco de todas las miradas.

La directora habló extensamente sobre las graves consecuencias de la insubordinación, hizo después el elogio más apasionado de la señorita Josefina, quien por sus virtudes, por su aplicación, por su nunca desmentido amor al orden,

había merecido toda la estimación y toda la confianza del personal administrativo del colegio, haciéndose digna de ser honrada con el cargo de primera celadora del establecimiento, cargo que hasta entonces había desempeñado con honradez y celo; y estaba cierta de que seguiría desempeñándolo del mismo modo, porque así lo hacían esperar todos sus antecedentes: exhortó á sus alumnas á que imitaran tan bellos ejemplos, y á que se apartaran con horror, de la que con un hecho sangriento, que no tenía semejante, en todos los anales del colegio, venía á trastornar el orden y la paz que desde la fundación del plantel se conservara inalterable. ¿Qué podía esperarse de aquella señorita que á los quince días de su ingreso, á pesar de su apariencia humilde y candorosa, cometía una falta de tanta gravedad? Era preciso, absolutamente preciso un castigo severo, el más severo que hasta entonces se había aplicado, porque así lo exigía la enormidad del delito, porque así lo demandaba la justicia ultrajada, y porque era necesario que dejara perpetuo recuerdo para corrección de la culpable y para escarmiento de todas las alumnas. El consejo, pues, haciendo gracia á la reo de la expulsión pública y solemne, que era la pena que merecía, pero que no quería aplicarla para no matarla moralmente, disponía que la señorita María López, recibiese aquella misma

noche, en presencia de las alumnas, veinticinco azotes en las espaldas y doce palmetazos en cada mano, que debía aplicarle la misma ofendida, señorita Velarde, á quien á continuación debería pedir perdón de rodillas por la grave ofensa que le había inferido: además, permanecería quince días encerrada en el calabozo del colegio, á *pan* y *agua* y en completa incomunicación; y durante los quince días subsiguientes estaría arrodillada tres horas diarias en uno de los corredores del edificio, debiendo recibir también de rodillas todas sus clases.

Y aquel bárbaro castigo, propio sólo de los salvajes y de la Edad Media, pero muy en boga en nuestras escuelas y colegios de aquella época, fué ejecutado al pié de la letra! María quiso hablar, pero no se le permitió; cualquier disculpa que alegase en su descargo era extemporanea: debió haberse sincerado en los momentos de la acusación, ahora era tarde: la sentencia estaba dada: era inapelable.

Entonces se irguió; el sentimiento de la dignidad ofendida se sobrepuso á todo otro sentimiento, y comprendió que debía protestar, si no con la palabra, cuyo uso se le negaba, sí con la altivez de la inocencia. No había desplegado sus labios desde el acontecimiento del jardín; no se había, pues, defendido; y sin embargo se la castigaba, ¡y cómo! con una pena infamante,

con azotes! pena proscrita en la legislación civil, y conservada, por un sarcasmo inexplicable, en los colegios, en los templos del saber, en aquellos recintos sagrados de la inocencia y del pudor! Pues bien; iría al sacrificio; pero iría con dignidad; no se diría de ella que se había humillado; cualquier debilidad habría sido del todo contraproducente.

Se desnudó pues con heróica resignación hasta la cintura; puso á la expectación pública aquel busto de alabastro, que le habría sido envidiado por Fidias, para esculpir alguna de sus más bellas estatuas; inclinó sus purísimas espaldas á los golpes del verdugo, es decir, de la portera, quien descargó sobre ellas, con tosca mano, veinticinco brutales disciplinazos, que hicieron brotar la sangre de sus carnes blandas y magníficas: á continuación, sin derramar una lágrima, sin exhalar una queja, pero reflejando en su semblante todas las angustias de su alma, presentó una en pos de otra á la implacable Josefina sus delicadas manos, y recibió en cada una de ellas, con la misma valentía, doce mortales golpes, más terribles, más dolorosos aun que los azotes anteriormente recibidos. Luego se arrodilló ante su enemiga, y con voz entera aunque velada por la emoción de que era víctima, la dijo:

—Señorita se me manda que pida á Ud. per-

dón, y estoy en el deber de cumplir las órdenes que se me han dado. Dios y Ud. saben que yo no he inferido á Ud. ni la más pequeña ofensa; pero puesto que estoy acostumbrada á obedecer lo que me mandan mis superiores, y puesto que el paso que ahora doy forma parte de la injusta pena que se me ha impuesto, pido á Ud. perdón por la falta que *se dice* que he cometido contra usted.

Aquellas palabras, dignas y nacidas de lo íntimo de un alma vilipendiada con injusticia; aquella actitud valerosamente resignada ante la desgracia, pero no humillada como la del criminal que reconoce su delito, no fueron calificadas como lo hubieran sido por un auditorio menos preocupado en su contra. La virilidad y la energía de que dió muestras, se atribuyeron á soberbia, la entereza de carácter á altanería; y aquella niña que hizo su entrada en el colegio bajo tan buenos auspicios, perdió en un momento todas las simpatías con que fué recibida. Hasta sus amigas más íntimas comenzaron á verla con desdén.

Terminada la parte cruenta del suplicio, María se levantó, cubrió pudorosamente sus carnes, que hasta entonces habían permanecido descubiertas, y se puso á las órdenes de la persona designada por la directora para conducirla á su encierro. Fué esta Leonor Sando-

val, en su carácter de segunda celadora: María la siguió sin abandonar un sólo momento la actitud digna que se propuso tomar desde el principio, atravesaron en silencio los sombrios corredores; pero al llegar al inmundo calabozo que había de ser su sepultura por quince días, la abandonó toda su energía: antes de que la puerta se cerrase, tomó la mano de Leonor, la apretó convulsamente entre las suyas, y regándola con sus lágrimas, la dijo:

—Leonor, amiga mía; soy inocente, no me me condenes tú sin oírme, cuando salga de este encierro si salgo viva, te contaré; por ahora, compadéceme; no reniegues, por Dios, de mi amistad.

Dijo, y la puerta se cerró, dejándola sumida en las tinieblas y en la desolación más absolutas: Entonces dió rienda suelta á sus lágrimas, por tan largo tiempo contenidas; llamó á grandes voces á su madre, que no la oía, pero que tal vez en aquel momento estaba pidiendo á Dios por ella, y aquel bendito recuerdo la proporcionó algún alivio. El escozor de las espaldas y de las manos y la vergüenza de la humillación terrible de que había sido objeto, eran para ella un suplicio horroroso; la devoraba la fiebre, producida por las emociones morales y por la impresión de los azotes; veía delante de ella un porvenir aciago, y se sentía próxima á la deses-

peración; pero luego venía en su auxilio la resignación cristiana, y recordando las consoladoras palabras que de rodillas ante una imagen del Crucificado había pronunciado tantas veces al lado de su madre, se aletargó en la dura tabla que iba á servirle de lecho durante su cautiverio, diciendo: "hágase, señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo."

V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR

Las escenas descritas en el final del precedente capítulo, no son producto de nuestra fantasía; son hechos reales que pasaron tal como quedan relacionados: todavía viven, casi todas las personas que en ellas representaron algún papel, de las cuales sólo hemos cambiado los nombres. Y esos hechos monstruosos se repiten aún, al menos en su mayor parte, en nuestros colegios modernos. Se ha quitado, es verdad, en la legislación escolar vigente, la degradante pena de azotes; pero aún se conservan las demás prácticas que lejos de corregir á los que faltan, en vez de moralizarlos y prepararlos convenientemente para las luchas de la vida, les imbuyen multitud de sentimientos nocivos, les pierden el corazón y les falsean el carácter. Los plantones, los arrodillamientos, las reprensiones en público, penas son tan humillantes é infamatorias como la vapulación

y la palmeta, porque es necesario fijarse en que no es precisamente el dolor físico el que causa el daño, sino la pérdida de los sentimientos más nobles del individuo: la dignidad y la vergüenza.

Y luego, ¡cuántas injusticias se cometen! El director ejerce en su colegio más autoridad que los tribunales de justicia en la república. Para imponer la pena á un criminal, menester es que la sentencia de primera instancia sea examinada y aprobada por el tribunal de apelaciones, y veces hay en que también interviene la Corte Superior de Casación; pero en los colegios el director es árbitro absoluto de la suerte de sus alumnos: ejerce los oficios de fiscal y de juez, y su fallo, muchas veces injusto y apasionado, es inapelable. ¿Qué extraño es, entonces, que los alumnos pierdan la vergüenza con los castigos degradantes, sino que también adquieran nociones erroneas de la justicia y del derecho?

Afortunadamente nuestra pobre María, tenía un alma templada por el infortunio, y había recibido muy sólidos principios de virtud, y no sólo no perdió nada de su virginal pureza con aquel inhumano sacrificio que se la impuso, sino que por el contrario se fortaleció en los principios religiosos con que su tierna madre formó su corazón. Desnuda estuvo durante largo rato en presencia de sus compañeras; pero su desnudez dejó intacta su virginidad: también

el Santo de los Santos, el Cordero inmaculado estuvo desnudo en el cadalso, expuesto á la befa de una turba feroz. Azotada fué; pero al recibir cada latigazo, que rasgaba sus carnes, levantaba al cielo su espíritu y decía en su interior: "Dios mío, tú también sufriste atado á la columna crueles azotes por salvarnos del pecado; recibe en cambio, este dolor injusto á que se me sujeta, y acéptalo propicio en descargo de mis culpas;" y al mismo tiempo que se retorcía con el dolor físico, sentía en el corazón un consuelo celestial que la dió valor para resistir sin quejarse, hasta el fin. ¡Bendita religión de Jesucristo, que tiene siempre para los que sufren, el bálsamo consolador de la resignación.

Si la noche que pasó María, fué cruel, más cruel fué su despertar del letargo que la privó del conocimiento durante algunas horas: se encontró encerrada en una estrecha celda, de cuatro varas en cuadro, apenas alumbrada por un débil rayo de luz que penetraba con dificultad por una pequeña claraboya guarnecida de dos gruesas barras de hierro en forma de cruz: el aire no podía renovarse y se respiraba una pesada atmósfera cargada de humedad y saturada de gases acres y pestilentes. Una mesa desvencijada, una silla y una cama sin colchón era todo el mueblaje de aquel horrible sitio, propio de una fortaleza de la Edad Media; pero

no de un colegio de señoritas en el siglo XIX. Y allí pasó la inmaculada niña quince días y quince noches, sola, triste, sumida en el más terrible desconsuelo! Apenas le permitían salir una hora diaria, á tomar un rato de sol y satisfacer sus necesidades naturales! Pero para eso, ¡cuántas precauciones! No parecía sino que se trataba de una delincuente que hubiese cometido enormes crímenes! Se le sacaba cuando todas las niñas estaban en clase ó reunidas en el salón de estudios, para que ni con los ojos se comunicara con ninguna de ellas: la hermana inspectora no se separaba de ella un solo momento, vigilaba todos sus movimientos, todos sus pasos; y tan pronto como terminaba la hora que la concedían como por favor, para tomar un poco de sol y respirar un poco de aire, volvía á encerrarla en su calabozo, donde la dejaba sola por otras veinticuatro horas.—No oía á su alrededor ni el más ligero ruido: la voz humana no podía llegar á sus oídos: la encargada de llevarle el pan y el jarro de agua que la daban para que no muriera de hambre, tenía orden de no dirigirle la palabra. El silencio más absoluto y la soledad más pavorosa la rodeaban; no tenía más compañía que sus amargos pensamientos.

¡Cómo recordaba entonces los días de su niñez! Aquellos días que corrieron plácidos y

risueños, al lado de su bendita madre, creciendo en gracias y en virtud, rodeada de contemplaciones y de cariño! Había sufrido, es verdad; pero cuán distintos habían sido aquellos sufrimientos! Entonces estaba con su madre, y una á la otra se consolaban recíprocamente: estaba en el mundo, rodeada de seres vivos, que le hablaban, que la compadecían, que tomaban parte en sus desgracias; mientras que ahora se encontraba presa, encerrada como una criminal dentro de cuatro paredes, sola, aislada, separada como una leprosa del contacto con sus semejantes, marcada con el sello de la infamia por haberse hecho acreedora á la bárbara pena de azotes, gimiendo bajo el peso de un imaginario delito, odiada tal vez por todas sus compañeras!

Luego pensaba en su madre. ¿Qué diría la santa señora al saber que su hija estaba castigada y que había sido azotada en público, despojada de sus vestidos en presencia de la multitud? ¡Ella, la pudorosa virgen, modelo de virtudes, ídolo de su casa, que nunca había merecido ni la más pequeña reprensión! ¡Oh! ¡Qué suplicio tan espantoso, que vergüenza tan grande!

Y aquellos días nunca terminaban, y aquella tortura no tenía fin!

. . . . . .

El castigo de María fué un acontecimiento verdaderamente extraordinario; y por lo mismo, fácil es comprender que fué durante muchos días el tema obligado de todas las conversaciones. Inmediatamente se supo en todo el colegio, que María era hija de una antigua cocinera de la casa de Josefina, de la cual había sido arrojada ignominiosamente por ladrona, porque todos los días se extraía cuanto podía y lo mandaba vender con María. La mamá de Josefina era muy rica, tan rica que no había echado de ver todo lo que diariamente se robaban María y su madre; pero una tarde había sido sorprendida *infraganti*, en los momentos en que se echaba dentro de la camisa una joya de riquísimo valor. La cólera de la señora fué tan grande, que contrajo una enfermedad grave, de cuyas resultas murió.

Esto lo contaba Josefina á varias de sus amigas el día siguiente del hecho que motivara la desgracia de María. Naturalmente, decía, yo no puedo ver con buenos ojos á la hija y cómplice de la que asesinó á mi madre: los valores que nos robó, se los perdono, porque papá es tan rico, que podemos ver con desprecio todo eso y mucho más, pero no le perdonaré nunca la muerte prematura de mi mamá. Sin embargo, yo no he pensado hacerle daño á María, y sólo me había concretado á despreciarla desde que está aquí: por eso está rabiosa conmigo, y por

eso ayer cuando la mandé que buscase una compañera, según el reglamento, se puso tan furiosa y ejecutó el hecho que ustedes saben.

—Vean, pues, á la mosquita muerta, dijo Zoe Padilla, una joven alta y escuálida á quien denominaban *la girafa*, vean á la hipocritilla, que parecía incapaz de nada malo.

—Por eso dicen, agregó Clotilde Valdivieso,—que aunque tenía algún parentesco lejano con María y por consiguiente conocía á su familia no tuvo valor para defenderla,—por eso dicen del agua mansa líbreme Dios, que de la brava me libraré yo.

—Es que á mí no me engañó, dijo Hortensia; desde el primer día me cayó mal, encontré en ella algo que no me gustó: no mira de frente, y el que esquiva la vista cuando habla, es falso y no se debe fiar de él.—Era precisamente todo lo contrario: María era la inocencia personificada y no tenía en su conciencia nada de que avergonzarse; mientras que Hortensia, perversa y solapada, no podía resistir sin inmutarse la mirada de nadie.

—Pues si yo les contara todo lo de que es capaz esa bribona—repuso Josefina,—se quedarían ustedes espantadas: ya, ya irán viendo poco á poco cuánto nos va á dar que hacer, va á ser la deshonra del colegio.

—Es decir, dijo Emma, dirigiéndose á Josefina, que todo el dinero que tiene esa señora en casa de mi papá es tuyo, porque debe ser un resto de la fortuna que te robó.

—¿Y tiene mucho dinero?

—Cuatro ó cinco mil pesos, no estoy segura.

—Pues es mío, como es mío todo lo que se han comido, porque si fueron admitidas en mi casa, fué por caridad. Mamá no tenía necesidad de más criadas; ¿para qué había de necesitar, si tenía diez ó doce? Pero se presentaron en casa hechas una compasión, tenían cara de hambre, y mamá se apiadó de ellas: las recibió y ya saben ustedes el pago que le dieron.

—Así paga siempre la gente mal nacida.

La calumnia, como se vé, tomaba cuerpo y continuaba lentamente su obra de devastación. Satanás triunfaba: la virtud, subyugada estaba á merced de la impostura.

Todo tiene término en la vida, así el placer como el dolor, y el cautiverio de María, obedeciendo á esta ley de la naturaleza, llegó á su fin. La desgraciada niña salió de su prisión hecha un cadáver. Quince días de riguroso ayuno, quince noches de insomnio, tantas horas de encierro, tanto tiempo de sufrir y de llorar, la condujeron á un estado de demacración y aba-

timiento que no se pueden describir; las rosas de sus mejillas habían desaparecido; pero ¡qué interesante estaba con su marmorea palidez! Si su destino se complacía en atormentarla, la naturaleza, celosa de una de sus obras más perfectas, se empeñaba en prestarle nuevos encantos! Su cándida mirada revelaba la pureza de su alma; en su frente marchita se descubría la inocencia ultrajada; su respiración fatigosa, su boca entreabierta; sus negros cabellos sueltos sobre las espaldas y haciendo resaltar más la palidez de su semblante; sus ojos grandes, que aparecían más grandes aún por el círculo lívido que los rodeaba; su nariz recta y afilada, todo contribuía á presentarla bajo un nuevo aspecto de soberbia hermosura, haciéndola aparecer como la estatua del dolor.

Del calabozo se la hizo pasar al salón general donde la esperaban todas las alumnas presididas por la directora, quien, con el mismo aparato empleado la noche de su horrible suplicio, la dirigió una segunda filípica, cargada de invectivas y amargas reconvenciones, terminada la cual, se la condujo al sitio más visible del establecimiento, donde iba á darse principio á la segunda parte de su doloroso calvario, donde se la iba á exponer por quince días á la vergüenza pública. Ni un solo momento desmayó: se había propuesto ser firme y lo supo cumplir hasta el fin. Se arrodi-

lló y así permaneció durante tres horas: después concurrió á sus clases, y como estas eran cinco y debía recibirlas también arrodillada, resultaba que tenía que permanecer por espacio de ocho horas diarias en aquella incómoda y dolorosa postura.

Era regla del colegio que una de las cuatro celadoras permaneciera de guardia los domingos para vigilar á las que por sus faltas cometidas durante la semana hubiesen quedado castigadas. El domingo inmediato posterior á la salida de María del calabozo, tocó el turno á Josefina. Todas las alumnas habían ido á sus casas: no quedaron en el colegio más que Josefina, de guardia, y María, castigada. La directora se encontraba en sus habitaciones; de las hermanas, tres estaban en la calle y dos ocupadas en las piezas interiores del edificio: sólo estaban en el primer patio las dos jóvenes, Josefina leyendo en el despacho de la dirección y María arrodillada en el corredor cumpliendo su penitencia. Esta no podía levantarse, sin mandato superior, aun cuando transcurriesen las tres horas; y aquella infernal criatura, fingiéndose engolfada en sus estudios, tuvo la crueldad de prolongar por cerca de una hora más el suplicio de su víctima. Por fin se apiadó de ella y la mandó que se levantase. María obedeció, y deseosa de tener una explicación con su cruel perseguidora, dirigióse á ella, y con voz firme pero sin altanería, la dijo:

—Permíteme, Josefina, que te dirija por breves momentos la palabra: no te molestaré mucho tiempo, y no volveré á hablarte en mi vida si así lo deseas; pero no me niegues ahora, te lo suplico, una explicación que tanto necesito. Estoy sufriendo un castigo horrible que no he merecido; estoy pasando injustamente los mayores tormentos de mi vida; ¿por qué es esto? ¿en qué he podido ofenderte? qué he hecho para que me persigas con tan implacable rigor? He examinado mi conciencia, y no encuentro en ella nada, te lo juro, á qué poder atribuir ese odio que me manifiestas. Pero como pudiera suceder, que sin quererlo, te hubiese inferido algún agravio; quiero saberlo para procurar satisfacerte; y en todo caso, creo tener derecho á que se me diga por qué se me atormenta sin motivo.

—No me preguntes nada,—contestó Josefina, conteniendo á duras penas la rabia de que estaba poseída,—no me preguntes nada, porque es inútil toda explicación entre nosotras, Te odio mortalmente; si en mi mano estuviera aniquilarte, mil veces ya te habría aniquilado: nos separa un abismo inmenso, que nada en el mundo lo podrá salvar. Yo sé que el castigo que estás sufriendo es injusto, yo sé que, en rigor, á mí me correspondía ese castigo; pero gozo viéndote padecer, y cuantas veces pueda proporcionarte

iguales ó mayores sufrimientos, lo haré con gusto, porque, te lo repito, te odio, te aborrezco y nunca dejaré de aborrecerte.

—¡Pero Dios mío, exclamó la pobre niña esto es incomprensible! ¡Me odias, y no me explicas el motivo! Dime cualquier cosa, dame una razón cualquiera, que justifique tu conducta. Tengo derecho á saber el origen de mis sufrimientos, y aunque soy más débil que tú, aunque estoy sujeta á tu autoridad, aunque llevo sobre mí el sambenito de la infamia, exijo de tí que me lo expliques.

—Pues bien, repuso rugiendo Josefina, te lo diré, puesto que estamos solas y aunque me cause rubor el confesarlo; te lo diré, porque también siento una especie de placer al desahogarme: te odio, porque no puedo borrar de mi memoria el recuerdo de mi primera infancia, cuando tú insultabas con tu lujo mi pobreza; cuando yo, igual á tí por el nacimiento y por la sangre, puesto que mi padre pertenece á la más distinguida sociedad, era sin embargo inférior á tí por la desigualdad de nuestras fortunas; te odio porque no puedo olvidar que hubo un tiempo en que mis pies pisaban el duro suelo, mientras tú llevabas los tuyos perfectamente calzados; en que mis brazos estaban desnudos, cuando tú vestías como una señorita; en que tú eras la reina y yo la esclava; en que tú dominabas con tus

caprichos á tu complaciente madre, y yo sufría las impertinencias de la mía. Aquellas humillaciones no las olvidaré jamás; aquellas injusticias de la suerte son y serán la causa de que yo no pueda nunca perdonarte.

—Josefina, eres injusta y eres también ingrata. Ni yo puedo ser responsable de aquella desigualdad de la suerte, ni tienes que quejarte de malos tratamientos de parte nuestra: mi madre, era también madre tuya; yo era tu hermana: como á tal te trataba, te distinguía, te quería. Tú eras mi única compañera, tuyos eran mis juguetes, mis libros, todo cuanto yo tenía, hasta mis pensamientos. Si nuestra posición social era distinta, ¿qué culpa tengo yo? Pero tranquilízate, todo está hoy cambiado y puedes darte por satisfecha, ya que tanta importancia das á esas cosas que yo califico de mezquinas puerilidades. Tú eres hoy rica, yo soy pobre; tú vistes de seda, yo visto de percal; tú eres mi jefe, yo estoy subordinada á tu autoridad; tú eres la primera en el colegio, yo soy la última; tú eres la favorita de la directora, yo soy la leprosa cuyo contacto ensucia. ¿Qué más quieres?

—Calla, y concluyamos, contestó Josefina, en el poroxismo de la rabia, me haces daño y no quiero oírte más. No estoy satisfecha ni lo estaré, mientras no te vea reducida á la más triste condición. Has de llegar al grado de en-

vilecimiento en que yo pasé mis primeros años; he de verte sumida en la miseria, has de ser lo que yo fuí. Hasta entonces no estaré satisfecha, y no he de omitir medio alguno para conseguirlo. Ahora, vete, quítate de mi presencia, no me expongas á que yo cometa contigo otra barbaridad.

—Bien, Josefina, voy á obedecerte, pero escucha mis últimas palabras. He querido ser buena y me has rechazado; he querido perdonarte y de nuevo me cubres de oprobio. Quieres guerra, sea; pero luchamos con armas desiguales. Estoy en tu poder, haz de mí lo que quieras, puesto que no puedo defenderme; sucumbiré, pero será porque no soy igual á tí, porque yo no descenderé nunca al último escalón de la infamia en que tú te hallas; no me degradaré empleando para defenderme los medios indignos que tú empleas para dañarme; llegaré tal vez, porque mi desgracia así lo quiera, al grado de miseria que deseas; pero será siempre con honra, siempre mereciendo mi propia estimacion. Hazme tú el daño que puedas; yo sólo te contestaré con mi desprecio.

Y digna, altiva, sublime, dió la espalda á su rival, dejándola presa de terrible agitación y dominada por la rabia.

Desde entonces la lucha fué cruel y por todos conceptos desigual: la virtud oprimida; el vicio triunfante. Lucifer se imponía. María estaba

sola, execrada por unas, despreciada por otras. Casi no había día que no sufriera algún castigo, porque como formaba parte de la sección á cargo de Josefina, ésta, con satánica fruición, la hacía aparecer constantemente, en sus partes á la directora, como infractora del reglamento. Pero la mártir no se doblegaba. Cumplía todos sus deberes, estudiaba con ahinco, para hacerse superior á todas, Y lo consiguió. Llegó á ser la primera en todas sus clases: la misma Leonor, que siempre había ocupado el primer puesto en el concepto de sus compañeras como inteligente y aplicada, tuvo que cederlo á María. Las hermanas se admiraban de los rápidos progresos que hacía, de su clara inteligencia, de su talento de primer orden. ¡Que lástima, decían muchas veces, que una niña adornada de tan bellas cualidades intelectuales, sea en la parte moral tan rebelde y voluntariosa, tan llena de defectos y de corazón tan pervertido!

Y María cumplía su palabra, en orden á las armas que empleaba en su defensa contra su verdugo. Como las celadoras tenían facultades para imponer castigos leves, á fin de evitar á la directora continuadas molestias, Josefina, abusando de aquellas facultades, atormentaba á diario á la inocente niña; pero ésta, con calma estoica, con heroicidad espartanea, sufría en silencio, con la sonrisa del desdén en los labios, sin dar gusto

á su perseguidora, que hubiera deseado verla humillada.

—*Hínquese* usted, señorita López, por estar faltando al orden.

María se levantaba de su asiento, envolvía á su rival en una mirada de desprecio, y se arrodillaba lentamente, sin proferir una palabra.

Esta conducta digna y levantada desesperaba á Josefina, y ella era la verdaderamente humillada, porque no podía arrancar de los labios de María, una sola queja, una protesta, una palabra que la declarase vencida.

Y así pasaban los días y los meses: María sufriendo horribles penas, pero triunfando moralmente; mientras su verdugo estaba devorada por la rabia y el desprecio.

Dos inefables consuelos había recibido María, que le habían dado fuerza para resistir con tanta heroicidad: las vistas de su madre y los evangélicos consejos del director de su conciencia.

A la primera la veía muy poco, porque la mayor parte de los días festivos estaba sin salida; pero el primer domingo que pudo, se arrojó en sus brazos y, llorando, la contó todo, sin omitir ni el más pequeño detalle y agregó:

—En medio de todo eso, lo que más me dolía, lo que más me torturaba, era la idea de que tú pudieras creerme culpable. Dime que no lo crees, dime que no dudas de tu María, dime que

no me juzgas capaz de los defectos que se me atribuyen, y estaré contenta. Todo lo sufriré, pero me consolará la idea de que tú me absuelves. No quiero salirme del colegio, porque sería una cobardía huir sin terminar mis estudios: déjeme que los concluya; tengo valor. Pero que sepa yo que tú no dudas de mi inocencia.

Y cuando se acercó al tribunal de la penitencia, cuando en cumplimiento de los preceptos del colegio estuvo postrada á los piés del sabio y virtuoso director de las conciencias de las jóvenes, depositó en su seno todas las amarguras de su alma, y el santo sacerdote, modelo de piedad evangélica lloró con ella, al ver tanta virtud y tanta resignación en la desgracia, la fortaleció con sus consejos y terminó diciendo:

—Ten valor, hija mía, y no te desesperes: sigue derecha en el cumplimiento de la virtud, que es el único camino que conduce á la verdadera felicidad. No digas nada á tus directoras, porque dada la obcecación con que te juzgan, te creerían embustera, y esto, tal vez, aumentaría tus dolores. Sufre resignada como lo has hecho hasta hoy, y ten confianza en Dios, que no abandona nunca á los que de veras le aman. ¡Dichosa tú, que sufres persecuciones inmerecidas! No desmayes, sé buena, sé dócil, ofrece tus martirios á Dios, pídele por tus enemigos, perdónalos de todo corazón, y Dios te protejerá.

VI.

AMOR

LAS jóvenes alumnas del colegio de Belén, eran solicitadas y por lo mismo perseguidas, como lo son todas las que han llegado á cierta edad, por la multitud de pollos y señoritos de su tiempo. Los jueves por la tarde, día que las niñas salían á paseo, era de verse como concurrían todos sus adoradores á verlas desfilar desde las esquinas próximas al colegio; y luego que habían pasado, las seguían á cierta distancia, para ir á situarse cerca del punto á donde aquellas se dirigían; En vano las hermanas habían pedido muchas veces el auxilio de la autoridad para que se impidiese lo que ellas llamaban semejante escándalo, porque la autoridad era impotente para el caso; fuera de que, si bien se examinaba, no había absolutamente ningún motivo para alarmarse. Los jóvenes, estudiantes en su mayor parte, hacían uso del mismo derecho que las niñas, al ir á pasearse.

por el campo: si se reunían en las inmediaciones del colegio de Belén, era porque así les convenía, siendo ese, como era, el punto más céntrico para señalarlo como punto de reunión. ¿Qué daño había en ello? que dijeran las hermanas en qué habían faltado, qué incorrección habían cometido, y estaban dispuestos, no sólo á dar cuantas satisfacciones fueran necesarias, sino á sufrir el castigo que se les quisiera imponer.

Esto habían contestado dos de los más listos, al Corregidor del departamento una ocasión que los llamó, á instancias de la directora del colegio, para prevenirles que cambiaran de conducta; y como el Corregidor nada tenía que oponer á tan sensatos razonamientos, se cruzó de brazos y las cosas continuaron del mismo modo, á despecho de las hermanas y de muchas de las madres de las niñas que participaban de las ideas de aquellas.

Los más asiduos concurrentes á los paseos de los jueves, eran Salvador Castellanos, dependiente de una tienda de comercio, adorador de Leonor Sandoval y correspondido por ella; Pedro Hernández, Diego Pérez y Clemente Moncada, estudiantes de filosofía en la Universidad de San Carlos, que cortejaban respectivamente á Adriana Sandoval, Gabriela Burger y Juanita Rivera, quienes tampoco eran des

afectas á sus admiradores; y Alberto Soto, Ramón Gómez y Leopoldo Salazar, alumnos los tres del colegio de San Buenaventura y los tres rabiosamente enamorados de Josefina Velarde. Otros muchos concurrían, en solicitud cada uno de la respectiva dueña de sus pensamientos; pero nosotros sólo trabaremos conocimiento con los anteriores, aunque no dejaremos de mencionar también al cuarto de los admiradores de Josefina, Tomasito Ortíz, porque tiene que representar un importante papel en nuestra historia.

Era este hermano de Emma y tan repugnante como ella: fatuo, engreido, ignorante y pendenciero, no gozaba de ninguna simpatía entre sus camaradas, quienes lo soportaban únicamente por miedo á su lengua y á su carácter felón y vengativo. Estaba loco por Josefina, y hubiera hecho cualquier cosa, habría descendido hasta el crímen por verse correspondido por ella: así se lo había dicho en multitud de cartas que todos los días de salida le enviaba por medio de Emma, quien hacía todo lo posible en favor de su hermado; pero infructuosamente, porque Josefina no lo podía soportar.

Esta no se había decidido aún por ninguno de los otros tres que la pretendían; con los tres jugaba, á los tres engañaba, pero parecía inclinarse más á Leopoldo Salazar, que era, en

realidad, el más digno de ser correspondido. Alto, trigueño sin ser moreno, de regulares carnes, de facciones bien proporcionadas, se hacía simpático á primera vista; vestía con limpieza y elegancia, era sumamente educado, y poseía un corazón de oro, que valía más que todas sus otras cualidades. Iba á cumplir dieziocho años y estudiaba el segundo de Medicina en la Universidad, permaneciendo interno en el colegio, porque su familia vivía fuera de la capital.

Josefina lo veía con buenos ojos, le había dado algunas esperanzas; pero era tan voluble, tan coqueta, tan perversa, que con mucha frecuencia, sin motivo ostensible, le proporcionaba amargos sinsabores. Apenas podían hablarse una que otra vez en la calle, los domingos, cuando Josefina iba á su casa; pero sostenían una asidua correspondencia por escrito, por medio de la portera del colegio, quien mediante las generosas recompensas que recibía de una y otro, estaba muy propicia en su favor.

Pero lo mismo hacía Josefina con sus otros dos amantes: ella misma no sabía á quien prefería de los tres; y mientras se llegaba á comprender, mientras podía penetrar en el fondo de su propio corazón, se complacía en atormentarlos, como se complace el gato en jugar con el ratón que tiene entre sus garras.

Uno de aquellos jueves tan ávidamente esperados por las alumnas, el primero en que María pudo gozar de las puras delicias del paseo por el campo, por habérselo permitido la implacable zaña de su perseguidora que tuvo la generosidad de no apuntarla como faltista, salieron del establecimiento en correcta formación, y se dirigieron al Cerro del Carmen, punto designado por Sor Angela del Sagrado Corazón, que fué la encargada de llevarlas. Formaban de dos en fondo, por orden de estaturas, yendo por delante las pequeñas: cada una de las cuatro secciones iba vigilada por su respectiva celadora; y como María era de las más altas, ocupó el último lugar de la larga fila, acompañada de Marta Escobar, yendo inmediatamente después de ellas Josefina como celadora, á quien acompañaba Zoe Padilla. Diez ó doce pasos más atrás, iba la hermana, en medio de otras dos alumnas. En el atrio de la iglesia de las Capuchinas estaban, como de costumbre, los estudiantes, esperándolas para admirar sus encantos y gozarse en la contemplación de sus bellezas: poco á poco fueron desfilando, quiénes ruborosas y sintiéndose cohibidas ante aquel grupo de jovenes que posaban sobre ellas sus miradas de fuego, quiénes incomodadas por la insolente y provocativa sonrisa de sus admiradores; quienes, en fin, buscando furtivamente á sus respectivos amantes.

Leopoldo, en el ángulo más saliente del atrio, aguardaba ansioso la terminación del desfile; ya sabía el lugar que su adorada ocupaba de ordinario en la formación: como primera celadora, á ella le correspondía cerrar la marcha. Su corazón latía fuertemente, á medida que se aproximaba: estaba, ó creía estar verdaderamente enamorado de ella, y ardía en deseos de verla y decirle por la diezmilésima vez, con el elocuente lenguaje de los ojos cuánto la amaba. Por fin se acerca; pero al dirigir, lleno de dulce emoción su mirada ardiente sobre la reina de su alma, sus ojos se detuvieron estáticos sobre la encantadora figura de María: sintió latir su corazón con mayor violencia, su rostro se cubrió de mortal palidez, un sentimiento indefinible, hasta entonces desconocido para él, se apoderó de todo su sér, sus piernas flaquearon y tuvo que apoyarse en los hombros de sus amigos, Alberto y Ramón, para no caer: también en ellos había producido vivísima impresión aquella visión celestial ¡estaba tan linda! El uniforme del colegio le sentaba divinamente, bien es verdad, que ella no necesitaba de ningún atavio para ser siempre seductora. Aquella palidez mate que había sustituido al carmín de sus mejillas, aquellas facciones puras, correctas, delicadas, que la asemejaban á la Virgen dolorosa en el calvario; aquellos ojos negros, grandes, de mirada lángui-

da, por la que se escapaba su alma entera con toda su candidez y su pureza; aquella melancolía que se retrataba en su semblante, aquellas formas tan divinamente modeladas, aquel andar reposado y majestuoso sin ninguna afectación, ¡oh! estaba verdaderamente deliciosa! Por adivinación ó por instinto levantó la vista al pasar junto á Leopoldo, en los precisos momentos en que este la miraba con deleite; sus dos miradas se chocaron, fué cosa de un segundo, de un instante: ambos corazones se comprendieron y *se amaron*.

Inútil es decir que ni Leopoldo, ni Alberto, ni Ramón se volvieron á acordar en aquel momento de Josefina: ésta, que como hemos dicho, iba inmediatamente detrás de María, lo observó todo, lo comprendió todo con la sagacidad que le era propia, y una nube sombría obscureció su frente.

Leopoldo se retiró á su colegio, porque la emoción de que era presa no le permitía continuar, como hasta entonces lo había hecho, en seguimiento de las colegialas; estaba agitado y necesitaba reposo; quería, además, que no se le borrara de la mente, con la contemplación de otros objetos, la imagen hechicera de la pudorosa virgen que desde aquel momento se había hecho dueña única y exclusiva de su corazón.

En el atrio de Santa Rosa, otro grupo de gomosos aguardaba á las jovenes, entre los que se encontraba Tomasito Ortiz: dejaron pasar á las pequeñas en quienes nadie se fijaba, á causa de su edad; pero cuando comenzaron á desfilar las grandes, empezaron ellos á hacer toda clase de ridiculeces para llamar la atención; el que más se distinguió fué Tomasito, como el más fatuo y bruto que era de todos ellos; Josefina lo vió y concibió en el acto un diabólico pensamiento que la hizo extremecerse de alegría; y para comenzar á realizarlo, dirigió una sonrisa de cariño y una mirada tierna á Tomasito. Este estuvo á punto de desmayarse de contento, y lo primero que le ocurrió fué ponerse á llorar, porque no encontró modo mejor de demostrar su satisfacción y su placer.

Las alumnas siguieron su camino sin otra novedad; entraron en el templo de la Merced, donde estaba expuesto el Divinísimo; rezaron en coro la estación, y luego se dirigieron al Cerrito, donde se entregaron á las diversiones propias de su edad. Regresaron pasadas las seis de la tarde, y después de terminar sus habituales ocupaciones de la noche, se retiraron á la hora de reglamento á sus respestivos dormitorios. Media hora más tarde todas dormían, con ese sueño tranquilo y encantador de la inocencia.

Sólo Josefina y María velaban, cada una en su cama, embargadas ambas por distintos pensamientos, pero dirigidos todos á un mismo sér.

Josefina nerviosa, agitada, frenética, aborrecía más que nunca á la cándida niña, que había venido al mundo predestinada á ser su víctima: desde su sitio, que era el sitio de honor en el dormitorio, y desde el cual podía dominar con la vista á sus veinte subordinadas, sentía que María se agítaba en su lecho, sin poder dormirse.—"Está despierta, se decía, tampoco ella puede conciliar el sueño. ¡Piensa en él! Porque no me cabe duda que ella también lo vió; mi corazón me dice que lo vió y que me lo ha arrebatado para siempre! ¡Oh la miserable! Pero no será así. Yo no he de consentirlo nunca! ¡Y él, el perjuro, el traidor, la encuentra mejor que yo, la ama, si la ama; yo lo leí en sus ojos, yo lo comprendí desde el momento! Aquella mirada de fuego en que la envolvió, aquella conmoción eléctrica que sintió en todo su cuerpo, fué demasiado visible para que á mi se me escapara. Todo, todo me indica que la ama. ¡Y luego, despreciarme! ¡no verme siquiera! ¡no seguirme al paseo, como acostumbraba hacerlo! ¡Oh! Pero yo me vengaré, si, me vengaré! Yo no soy mujer á quien se ultraje impunemente! ¿Con que es decir que esta maldecida criatura se ha de atravesar siempre en mi camino para tor-

mento mío? ¿Con que estoy condenada á sufrir por causa de ella? ¡Si yo la matara! El dormitorio está en silencio, todas duermen, yo soy más fuerte que ella y no me costaría gran trabajo estrangularla. Nadie sospecharía de mí; y mañana, con cualquier pretexto se explicaría su muerte..... ¡Pero no! Sería ese muy poco castigo para ella. ¿Qué es la muerte? Un momento de dolor; luego el descanso, tal vez la nada. No: otro ha de ser su castigo; otra será mi venganza!"—Y diciendo esto, se acordó de Tomasito, y acarició de nuevo el mismo pensamiento que surcó por su mente cuando lo había visto en Santa Rosa, y una sonrisa feroz se dibujó en sus labios.

Mientras tanto María, con la placidez de la inocencia, con el pudor de su virginidad, pensaba también en el mismo hombre; no pudiendo, por más que hacía, borrar de su imaginación aquella figura simpática que con tanta fuerza se había grabado en ella. ¿Quién sería? ¿por qué la había mirado de una manera tan rara, y por qué aquella mirada había penetrado hasta el fondo de su corazón? ¿Qué significaba aquel sentimiento nuevo que embargaba su alma, desconocido hasta entonces para ella, y que la producía un encanto indefinible, aunque mezclado con cierta tristeza que oprimía su pecho? Por la primera vez de su vida dejó de pensar en su

madre; quiso rezar, pero enmedio de sus rezos se atravesaba la misma figura, tomando distintas y caprichosas formas, pero siempre agradables, siempre simpáticas. Por fin se durmió, muy tarde, pero su sueño no fué tranquilo; se encontró transportada á una llanura extensa, muy extensa, cuyo fin no podía determinarse con la vista, cubierta toda de Cerritos del Carmen, de cada uno de los cuales salía una multitud de serafines qne revoloteaban alegres y bulliciosos por el aire, y se aproximaban á ella con el objeto de acariciarla; pero cuando ya estaban cerca aquellos serafines dejaban sus caritas risueñas y graciosas para tomar las facciones de un hombre que ella nunca había visto, pero que le parecía muy simpático: delgado, de ojos negros, nariz recta, boca pequeña, labios gruesos y el superior adornado con la sombra de un ligero bozo; y aquellas cabecitas de hombre se aproximaban más y más á ella, y cuando ya estaban muy cerca, le abanicaban el rostro con sus alitas de azul y oro; pero entonces se interponía un brazo mórvido y moreno, brazo de mujer hermosa, sombreado de finísimo vello y que llevaba en la muñeca una pulsera de oro y de brillantes, y cogía á los serafincitos y los estrujaba horriblemente; pero luego salían otros nuevos de los cerritos, y se repetía la misma evolución, y aquello era interminable, y ella seguía

angustiada todas las peripecias de la lucha entre sus amigos los serafines y el brazo cruel que los estrujaba, cuando de repente, el brazo, en vez de seguir destruyendo serafines, abrió el pecho de la niña y le arrancó el carazón, y lo estrujó con mayor fuerza que lo había hecho con las encantadoras cabecitas. Quiso gritar y despertó despavorida, jadeante, sudorosa, llena de mortal angustia. Por fortuna para ella, pocos momentos después la campana del colegio anunció que era hora de levantarse para comenzar los trabajos del día.

Josefina se levantó pálida, ojerosa, con un dolor horrible de cabeza. Fué á su pupitre y en un pequeño pliego de papel color de rosa escribió ligeramente estas palabras:

"Leopoldo: te espero el domingo en casa: á la una de la tarde papá habrá salido á hacer visitas; yo no le acompañaré. No faltes, me urge hablar contigo,

JOSEFINA."

Plegó la carta, la introdujo dentro de un sobre perfumado, del mismo color, y la dió á la portera, encargándole que con la mayor prontitud posible la hiciese llegar á su destino.

Pasó todo el día en la más terrible agitación, con un humor insoportable, haciendo sufrir lo que no es decible á todas las alumnas de su sec-

ción. Aquel día fueron arrodilladas por la primera vez en su vida Adriana Sandoval, Gabriela Burger y Juanita Rivera, que nunca, en los tres años que llevaban de estar en el colegio, habían sido castigadas. Inútil es decir que la que más castigos sufrió fué María; pero ella no lo extrañó, porque ya estaba acostumbrada á ser la víctima inocente del carácter atrabiliario de su enemiga; lo que si observó con extrañeza, fué que encontraba, no sabía por qué, cierta vaga relación entre sus padecimientos de aquel día con el estrujamiento de los serafincitos de su sueño.

Fueron privadas de la recreación del medio día, ella y cuatro niñas más, entre las que estaba su prima Marta Escobar: encerradas en el salón de estudios, buscaron, naturalmente, la mejor manera de pasar, con menos aburrimiento, las dos horas de fastidio que debía durar su castigo. Emilia García, que también era castigada por la primera vez, se estuvo llorando: Eulalia Robles y Victoria Moreno se pusieron á estudiar; y María y Marta trabaron conversación en el sitio más lejos de sus compañeras.

Hablaron de distintas cosas; pero María que encontraba cierta complacencia en hablar del paseo de la tarde anterior, hizo recaer discretamente la conversación sobre aquel tema.

—¡Qué alegre estuvo el paseo de ayer, dijo á su amiga, cuánto me divertí y qué corto se me hizo! Hubiera yo deseado que las horas se hubieran prolongado indefinidamente para gozar por más largo tiempo de aquel placer tan puro de que nunca había disfrutado.

—Pues para mí no tuvo nada de alegría,—repuso Marta, que no había visto á su novio, y por lo mismo no había podido estar contenta.—Es tan sin gracia el cerro! Cuando vayamos á los Arcos ó al llano de las Parejas, entonces si que te vas á divertir: allí se puede correr, se puede jugar; mientras que en el Cerro, más es lo que una se sofoca que lo que se divierte.

—Es difícil que yo vaya á otro paseo, porque ya sabes que casi siempre me castigan privándome de él; pero suponiendo que yo llegue á tener esa dicha, te aseguro que no volveré á experimentar las dulces emociones del día de ayer. Y dime, ¿siempre es tan concurrido el Cerrito como lo estuvo ayer? Porque si así fuera, los domingos que yo tenga salida, rogaré á mamá que me acompañe siquiera dos horas por la tarde, ó que por lo menos me deje ir con la señora Marcela á gozar de aquel encanto. ¡Qué animación había! ¡Cuánta gente, qué algazara tan encantadora!

—Si,—contestó Marta,—la concurrencia era bastante; pero eso no era por el Cerro, sino por

nosotras. Todos los estudiantes que estaban allí y que nos fueron siguiendo casi desde que salimos del colegio, no creas que iban por otra cosa que por nosotras; al Cementerio que fuéramos, al Cementerio irían ellos: la mayor parte son nuestros novios, otros van simplemente por juzgarnos y algunos por ver si pueden hacer alguna conquista.

—¿Y tu novio estaba ahí?—dijo débilmente María, temerosa de que, como Marta fué su compañera en el paseo, aquella mirada que no podía olvidar, no hubiera sido para ella sino para Marta.

—No,—contestó esta poniéndose seria;—no estaba el maldito; por cierto que el domingo voy á pelear con él, porque no había faltado nunca hasta ahora; y esta es la primera vez que dejo de verlo.

—Tal vez no haya tenido él la culpa, repitió María, ya tranquila.—Y aquel jóven alto, trigueño, á quien ya comienza á salirle el bigote, que estaba en la mera esquina del atrio de Capuchinas: en medio de otros más bajos que él, ¿quién es? ¿lo conoces tú?

—¡Ah, si! Leopoldo Salazar, el novio de Josefina. Es un buen muchacho, muy simpático, muy fino; pero muy bruto por haberse apasionado tan perdidamente de esa condenada. Bien es verdad, que la maldita no se puede negar que

es atrayente; pero como lo ha hecho sufrir tanto con sus coqueterías, según es público, es necesario ser muy obcecado para seguir queriéndola. Ahora mismo podía yo asegurar que alguna perrada le ha hecho. ¿No lo viste que pálido estaba y como la devoraba con la vista? Y luego, no fué al cerro. Es seguro, no te quepa duda, que algo muy grave le ha hecho. ¡Y el endemoniado genio que ella tiene ahora? ¿Pues no estamos castigados por ella? ¿no *hincó* á Adriana y á Gabriela y á Juana, que jamás en la vida habían sufrido ningún castigo? ¿no te han pegado á tí más de cuatro palmetazos, y te han tenido *hincada* casi todo el día? ¿Pues no lo dudes; algo, pero muy serio pasa entre ella y Leopoldo.

María ya no la oía: una punzada horrible la había herido en mitad del corazón. ¡El novio de Josefina! Ella, su verdugo, su cruel perseguidora era dueña de aquel ser que llenaba todo su pensamiento, que se había apoderado por completo de su alma!.... ¡Oh, el brazo de su sueño! ¡El brazo de la pulsera de oro comenzaba á estrujar su corazón!

Llegó el domingo: Josefina voló á su casa y esperó todo el día á Leopoldo inútilmente. ¡No cabía duda! ¡El pérfido la abandonaba por la

otra!—Por la noche, en el colegio, preguntó á la portera si no se habría extraviado su carta; y esta le aseguró que ella misma se la había entregado á Leopoldo en persona.

—¿Y la leyó?,—preguntó Josefina.

—Delante de mi no: se la echó en la bolsa y me dijo que le contestara á Ud. que estaba recibida.

—¿Y no te dijo nada?

—De Ud., no; pero si me hizo varias preguntas relativas á la niña María: me preguntó quien es, como se llama, quienes son sus padres, donde vive y otra multitud de cosas que yo no supe contestar.

—Bueno, muchas gracias Benita.

Y entró furiosa, y durante toda la semana descargó sus iras sobre sus pobres subordinadas.

El domingo siguiente, poco antes de la hora de salida, dijo á Emma:—Dile á Tomás, tu hermano, que le espero en casa: que vaya lo más pronto que pueda, porque le tiene cuenta.

Emma voló, que no corrió, á dar á su hasta entonces desairado hermano tan halagüeño recado: este no cabía en si de gozo; volvió á llorar, como lo había hecho la tarde de la sonrisa, después cantó, bailó, abrazó mil veces á su hermana y ejecutó doscientas mil majaderías. Llegada la hora que le pareció más oportuna, perfectamente acicalado, se dirigió á casa de Jo-

sefina, á quien encontró impaciente por su tardanza. Esta, aunque sabía que Tomasito estaba verdaderamente loco por ella y que por consiguiente no había necesidad de emplear gingún medio extraordinario para fascinarlo, juzgó prudente no omitir ningún detalle para acabarlo de enloquecer, á fin de que su plan no fracasara, tan serio y tan grave era lo que pensaba proponerle. Conocedora como pocas de todos los secretos de la coquetería, creyó que en aquella ocasión debía presentarse á las codiciosas miradas del que pensaba envolver en sus redes, con toda la voluptuosidad necesaria para subyugarlo por completo. Así, se vistió con un precioso traje, exajeradamente descotado, colocó en su cuello una valiosa gargantilla de perlas y adornó sus brazos desnudos, con dos hermosísimos brazaletes de oro.

Recibió á Tomasito en la sala, lujosamente amueblada: estaba sola, porque el General salía todos los domingos á las 11 y no volvía sino hasta la hora de comer que era á las 3 de la tarde.

Después del saludo, que Tomasito procuró hacer con toda la corrección y desembarazo de que fué capaz, Josefina lo invitó á que se sentase, y tomando ella una actitud indolente y provocativa, con cadenciosa y melíflua voz le dijo:

—He llamado á U., Tomasito, para que tengamos una explicación franca respecto de nues-

tros mútuos sentimientos. He recibido varias cartas de Ud. en que me declara su amor, y son tan vehementes, tan apasionadas, que no he podido menos de creer que son sinceras; pero he querido persuadirme de ello y ese es el objeto de esta entrevista. No le ocultaré que no me ha sido Ud. indiferente; consultando el fondo de mi corazón, he podido descubrir en él que tal vez llegaré á amarle; pero yo no daré nunca mi amor sino al hombre que se me entregue todo entero, de una manera incondicional, que me ame con todo su corazón y que me sea fiel hasta la muerte. ¿Es cierto, Tomasito, que Ud. me ama de ese modo? ¿Es verdad que está dispuesto por merecer que yo le corresponda, á hacer por mí hasta los mayores sacrificios?

—Tan verdad es, señorita, contestó Tomás, en tono trágico y declamatorio, que estoy listo á morir por Ud; si Ud. necesita mi vida, mi sangre toda.....

—¿Es cierto,—interrumpió Josefina,—haciendo extraordinarios esfuerzos para no prorrumpir en risa ante los ridículos visajes de aquel majadero,—es cierto, como Ud. me lo dice en sus cartas, que está dispuesto hasta al crimen?

—¡Hasta al crímen, si, hasta al crimen! Yo la adoro á Ud. con infinita pasión; dígame Ud. que mate y mataré; seré ladrón, asesino, lo

que usted quiera que sea; yo soy su esclavo, soy su perro.

—Las palabras, dijo Jósefina, son palabras y los hechos son hechos; yo necesito hechos.

—Pues ordene, usted: dígame que quiere que haga y la obedeceré sin vacilar.

Entonces Josefina se inclinó, y en voz baja, tan baja que apenas pudo oírla Tomasito, le habló durante largo rato. Este escuchó atentamente; y después que Josefina hubo concluido, meditó durante breves instantes y exclamó.

—Convenido: será usted complacida hasta en los menores detalles; pero necesito tiempo. Ambas empresas son delicadas y es preciso ejecutarlas bien para que no fracasen. Esté usted tranquila, sin embargo; no sé cuando lograré sus deseos, pero los lograré: descuide usted.

—¿Necesita usted algo?

—Sí, necesito algo que voy á procurarme del modo que pueda; pero no está de más que se lo diga á usted, por si le es más fácil conseguirlo; necesito una firma auténtica de la madre de María.

Josefina reflexionó un instante y luego dijo:

—La tendrá usted; tengo un medio para conseguirla.

—Entonces no tenemos más que hablar; voy á retirarme aunque me sea doloroso no prolongar la satisfacción de estar con usted; pero voy

á comenzar á trabajar. Sin embargo, quisiera antes de irme otra cosa, que le es muy facil á usted concederme y que me hará feliz.

—¿Qué quiere usted?

—Que me permita depositar un beso, uno nó más, en ese brazo delicioso que está causando mi desesperación desde que vine.

Josefina envolvió á su amartelado amante en una mirada de infinita seducción y le presentó el mórbido brazo que él cubrió de frenéticos y libidinosos besos.

Transcurrió la semana siguiente sin que ocurriese en el colegio novedad digna de ser contada; pero el domingo María no sólo fué privada de la salida, como sucedía casi siempre, sino que se la mandó encerrar en el calabozo, porque las faltas que, según los partes de Josefina, había cometido en la semana, eran de bastante gravedad.

En obsequio de los padres de familia se había dispuesto que las alumnas que quedaban castigadas los días festivos, pudiesen recibir las visitas de los suyos, de las 12 á las 3 de la tarde, así es que doña Micaela estaba indefectiblemente en el colegio, los domingos que tal desgracia sucedía á María, á la una en punto.

Aquel domingo tocaba la guardia á Josefina, quien había podido observar en ocasiones anteriores, que doña Micaela no la conocía. Y así

era en efecto: la pobre señora, aunque no era vieja, había llorado tanto durante toda su vida y trabajado tanto de noche á la luz de velas de sebo, que había perdido mucho la vista: además, hacía muchos años que no veía á Josefina, y ésta había desarrollado de tal manera y se había puesto tan hermosa, que aunque doña Micaela la había visto varias veces, no era posible que la hubiese reconocido.

A la una en punto de aquel día, como de costumbre, la señora se presentó en el colegio. Josefina la recibió cortesmente en la sala de visitas, la condujo al sofá y se sentó á su lado, preguntándole qué se le ofrecía.

—Venía yo, dijo humildemente la señora— á ver si se me permite ver un momento á Mariita López?

—Siento muchísimo manifestar á usted, señora, dijo hipócritamente Josefina, que ahora es imposible, porque está encerrada en el calabozo.

—¡Pobre hija de mi alma! ¿Tan graves son las faltas que ha cometido?

—Señora,—dijo Josefina, bajando los ojos,—más son las apariencias que otra cosa. María no es tan mala como se dice, ¿qué digo *tan mala?* Es un ángel de candor y de inocencia; pero tiene enemigas irreconciliables, tiene envidiosas de su hermosura y sus virtudes, y estas son la causa de todo lo que la pobrecita sufre: ellas la

desconceptúan ante la señora directora y la hacen apareeer como verdadera delincuente. Hay una, sobre todo, en quien las hermanas tienen absoluta confianza y que como celadora, ejerce sobre nosotras parte de la autoridad de la dirección, y ella es la que principalmente hostiliza á mi pobre amiga.

—Sí, ya se, Josefina Peralta, á quien tuve en otro tiempo en mis brazos con el mismo cariño que á María. María me lo ha contado todo.

Al oírse llamar Peralta, Josefina sintió un impulso de rabia y dijo con acento trémulo y mal comprimida cólera que estuvo á punto de venderla:

—No se llama Peralta, señora; se llama Josefina Velarde y es hija del general Velarde.

—Yo por Peralta la conozco y no puedo llamarla de otro modo. No es hija de matrimonio y le corresponde llevar el apellido de su madre: es hija de una antigua cocinera mia, llamada Casimira Peralta: figúrese usted si no lo sabré yo, que soy su madrina de bautismo? Josefina es muy ingrata, señorita; no debía portarse así con nosotras, porque no le hemos hecho ningún daño; lejos de eso, debía estarnos agradecida, porque sólo beneficios recibió de nosotras. En mi casa nació; pocos meses después que ella, nació mi María, y ambas mamaron la misma leche de mis pechos: con María creció, juntas aprendieron á

leer; yo las acariciaba á las dos con la misma ternura; no hacía yo entre ellas ninguna diferencia. Su madre tenía sus ideas que yo estaba en el deber de respetar, y por no contrariarla no la calcé ni la vestí lo mismo que á mi hija, y esa era la única distinción que había entre las dos. Ahora me ha contado María que ese es el principal origen de su aborrecimiento; pero eso, como usted comprenderá, además de ser una ridiculez que sólo revela la ruindad de su alma, es una injusticia, porque debía recordar que sólo su madre fué la que siempre tuvo empeño en que permaneciera de enaguas y descalza.

Josefina estaba en ascuas: por segunda vez se vió expuesta á descubrirse, porque se puso frenética y tuvo impulsos de sacar á empellones á aquella vieja impertinente y habladora; pero aún no había realizado su plan, y haciendo esfuerzos supremos para contenerse, se mordió los labios hasta hacerse sangre y dijo:

—Es preciso confesar que es una joven detestable.

—Desgraciada, diga usted, señorita, porque no tendrá buen paradero: ninguna mala acción se queda sin el correspondiente castigo. Dios es muy justo y tarda pero no olvida. Yo no le deseo ningún mal; la he perdonado, porque soy cristiana, y siempre que veo á María la aconsejo también que la perdone. Pero ya me voy: le

estoy quitando á usted el tiempo, y ya que no me es posible ver á mi pobrecita hija, le ruego que me haga usted el favor de saludarla, de darle un abrazo en mi nombre y de decirle que vine y que le dejé mil bendiciones.

—María me encargó, dijo Josefina, que la esperase yo á usted; y ese es el único motivo por qué estoy aquí; y que para convencerla de qué vino y no está usted enferma, la suplicara en su nombre que le haga el favor de dejarle escritas de su propia letra y firmadas algunas palabras que le sirviesen de consuelo.

—¡Pobrecita mía!— repuso doña Micaela con las lágrimas en los ojos,— voy á complacerla. Si usted me hiciera favor de un pedacito de papel y un lápiz.

—Aquí tiene usted papel y tinta, señora, dijo Josefina conduciéndola cerca de una mesa donde había recado de escribir.

Doña Micaela se sentó; se puso sus anteojos, y con mano trémula, pero con letra bastante clara, escribió lo siguiente:

"Mariita de mi alma:

Vine á verte; pero tuve el dolor de no lograrlo. Sé que sigues padeciendo, y contigo yo padezco también; pero tengamos paciencia: no te desesperes, clama con la Virgen del Rosario,

como lo hago yo todos los días, y tengamos fé, que ella nos oirá.

Tu madre que te adora,

Micaela C. de López."

—Aquí tiene Ud., señorita, dijo entregando el papel doblado á Josefina. Aquí tiene usted lo que mi pobre hija desea.

—Tan pronto como salga de su encierro, voy á entregárselo, señora: va á tener un verdadero placer en recibirlo.

—Bueno; pues me voy, y hágame usted el favor de consolarla.

—No dejo de hacerlo nunca, señora: soy su mejor amiga, y siempre procuro endulzarle, del modo que me es posible sus padecimientos.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Piedad Aceña, para servir á usted.

—¡Ah si! También me ha hablado de usted; y por cierto que tenía yo muy vivos deseos de conocerla. Dios le pague todo lo que hace usted por ella: ya sé lo buena que es usted.—Dijo, y abrazó tiernamente á Josefina. La buena señora no sabía que tenía entre sus brazos á la perseguidora de su hija, á la que en aquel momento, con el papel que ella misma le entregaba, iba á labrar la infelicidad de toda su vida.

Cuando Josefina se encontró sola, estalló toda la cólera que por tan largo tiempo había reprimido.

—Caíste, vieja infame, dijo arrojando llamas por los ojos; caíste en mi poder, habladora insoportable. Pronto vas á pagarme las injurias que me has dirigido esta tarde.

Colocó el papel dentro de un sobre, escribió en él la dirección, y llamando á la portera, la dijo, al mismo tiempo que puso en su mano un escudito de oro de cuatro reales:

—Hazme favor, Benita, de llevar volando esta carta á D. Tomás Ortíz, calle de.... Nº.... Aquí cuido yo la portería mientras tú vienes: entrégaselo en propia mano y dile que me acuse recibo para mi tranquilidad.

El genio del mal seguía triunfando: una gran desgracia se cernía sobre dos cabezas inocentes!

VIII.

EL INFIERNO DE LOS CELOS

LEOPOLDO tampoco pudo conciliar el sueño la noche del día en que vió á María por primera vez. No había conocido hasta entonces el amor: creía estar enamorado de Josefina, pero se desengañó al presentarse á su vista aquella figura celestial. A la misma hora, pues, en que María soñaba con él, representándoselo en forma de cabecitas de serafin, él soñaba con ella, pero soñaba despierto: cerraba fuertemente los ojos, como si temiera que por ellos se le iba á escapar aquella figura encantadora que tan indeleblemente se había grabado en su imaginación, y se reconcentraba dentro de sí mismo, y la volvía á ver con todos sus detalles, con todas sus perfecciones, con todo su atractivo; y sufría y gozaba al mismo tiempo, contemplando la imágen seductora que tan absolutamente se había apoderado de todo su sér. Y, ¡cosa rara! ¡misterio impenetrable! también él veía aparecer

de vez en cuando la figura de Josefina, que con su terrible belleza, borraba de su mente la del ángel de inocencia que había conocido aquella tarde.

La cama lo mataba; necesitaba aire para no asfixiarse; y como el colegio de San Buenaventura no era un colegio montado á la moderna con sus reglamentos ridículos de inflexible severidad, atrofiadores del corazón humano, en los que se pretende sujetar á reglas á la misma naturaleza señalando hasta las horas en que se pueden satisfacer las necesidades más apremiantes; como aquella bendita casa, á cuyo grato recuerdo el que escribe estas líneas nunca dejará de tributar el más fervoroso culto, no era un establecimiento penitenciario como la mayor parte de los colegios de la actualidad, sino más bién una gran casa de familia, cuyos miembros sólo reconocían la autoridad del director, impartida parternalmente, y gozaban de todas las libertades compatibles con los buenos principios, y tan necesarias en la época en que se está formando el corazón; como allí no había celadores, esos pequeños déspotas, que se constituyen en verdugos de sus compañeros y se preparan para ejercer más tarde, en la sociedad, la tiranía; Leopoldo pudo abandonar el lecho en que se ahogaba, y salió al corredor, donde el fresco ambiente de la madrugada, que aspiró con deleite,

le devolvió en parte la calma y restableció el equilibrio de sus facultades.

Tan pronto como pudo salir á la calle, lo cual no le era difícil, porque en su calidad de bachiller interno, no recibía en el colegio ninguna clase y sólo tenía obligación de estar en él á las horas de comida y por la noche desde las seis de la tarde; tan pronto, decimos, como le fué posible, se lanzó á la calle, y sin acordarse de sus clases, ni de la Universidad, ni de nada de este mundo, sólo se ocupó en ver si le era posible conseguir noticias de aquella linda joven que desde la tarde presedente era el encanto de su alma. Nadie la conocía; muchos de sus amigos la habían visto, aunque muy pocas veces, y en todos había causado honda impresión; muchos adoradores tenía ya; pero no sabían ni siquiera su nombre. Calculaban, á juzgar por las apariencias, que no tenía familia en Guatemala, porque casi nunca se la veía salir del colegio; y sólo uno que otro día de fiesta, la habían visto á la hora de la salida, pero no habían podido seguirla, á pesar de haberlo intentado, porque se les había perdido entre la multitud.

Leopoldo estaba casi desesperado: pasó más de diez veces por Belén, como si sus ávidas miradas hubiesen podido penetrar al través de las gruesas paredes ó de la espesas celosías; y ya el desaliento comenzaba á apoderarse de él,

cuando tuvo la fortuna de ver á Benita la portera, quien á su vez se regocijó de encontrarlo tan oportunamente para entregarle la misiva de Josefina. Nuestros lectores saben que al recibirla se la puso en el bolsillo sin leerla, y no volvió á acordarse de ella, tan embargado estaba su ánimo con el vivo recuerdo de María: saben también que hizo acerca de ella varias preguntas á Benita; y con las escasas noticias que esta pudo darle se consideró triunfante. ¡Sabía ya su nombre! ¡María! Nombre poético y sublime, el único que podía convenir á su angelical pureza!

Sin acordarse de recompensar á la portera voló al único establecimiento fotográfico que entonces había en la capital, el de Mr. Buckanam, situado por el callejón del Conejo. Era imposible, decía, que aquella divinidad no se hubiese hecho retratar; y....¡Oh delicia! no se había engañado! Allí estaba! Si los libros de registro del establecimiento no hubiesen hecho constar que aquella linda fotografía era de la señorita María López, los latidos de su corazón no se lo habrían dejado dudar. Estaba retratada de cuerpo entero, con el mismo traje con que hizo su entrada en el colegio.

Leopoldo compró el precioso pedazo de cartulina; y en posesión ya de tan inestimables datos, el nombre y el retrato de su adorada, se

lanzó en busca de los demás que le faltaban. Benita le había dicho que la casa de María estaba situada en la plazuela de las Beatas y allá se dirigió ligero como el rayo. Indudablemente había amanecido con buena estrella aquel día, por que ya no le fué difícil informarse de cuanto necesitaba saber. La dueña de la tienda de comestibles donde doña Micaela se proveía de sus modestas vituallas, tuvo la amabilidad de contestar á todas sus preguntas: por ella supo que la niña estaba en el colegio, y que venía muy raras veces á su casa, no se sabía por qué, aunque había corrido el rumor entre las comadres de todo el vecindario, de que siendo muy desaplicada y un tanto malcriada, la castigaban con frecuencia; que la señora se llamaba doña Micaela y era una santa en toda la extensión de la palabra, muy buena, muy honrada, muy caritativa, aunque muy pobre; que todos en el barrio la querían, por que no había uno solo que no tuviese algo que agradecerle; que era viuda y habitaba la casa en compañía de una criada y una muchachita que le hacía sus mandados: que vivía de su trabajo, ya cosiendo, ya haciendo cigarros ó ya encargándose de otras labores de mano, para todas las cuales era sumamente primorosa. Mucho más habría dicho la buena mujer; pero á Leopoldo le pareció más que suficiente aquello y dándole las gracias se despidió de ella muy cortesmente.

En la calle comprendió que necesitaba meditar con calma lo que debía hacer para acercarse al dulce objeto de sus pensamientos; y ningún sitio le pareció más á propósito que la inmediata plazuela de San Francisco, como se llamaba entonces la que dos años más tarde debía ser bautizada con el nombre de plaza de las Victorias y hoy se conoce con el de la Concordia. Allí se dirigió y muellemente recostado bajo la sombra de un frondoso amate puso en juego todos los resortes de su inteligencia para combinar el plan que le diera el resultado apetecido. El amor naciente que lo embargaba, no era un amor vulgar. Comparándolo con el que hasta entonces había sentido por Josefina, encontró entre ambos una diferencia enorme. Aquel no era amor; era alucinación, era borrachera de la sensibilidad. ¡Cuán diferentes eran los sentimientos que una y otra inspiraban! Josefina, hermosa como la tempestad en medio del océano, hablaba directamente á los sentidos; María, pura como la azucena al abrir su cáliz á las dulces caricias del rocío, hermosa como la aurora en una mañana de primavera, hablaba directamente al corazón. Josefina, pues, inspiraba deseos; María infundía *Amor*.

No debía él, por consiguiente enamorarla como se enamora á cualquier coquetuela de esas que á cada rato nos salen al paso; nada de car-

titas copiadas del Secretario de los Amantes, ni de frasecitas almibaradas, dichas al paso y aprendidas de memoria por todos los Tenorios callejeros; sus sentimientos respecto de María eran muy dignos y muy elevados, y, si quería acercarse á ella, debía proceder con seriedad, como se conduce un caballero. Pensó, pues, que lo que correspondía era introducirse con cualquier pretexto en casa de doña Micaela, captarse las simpatías de ésta, atraerse su cariño, hacerse para ella, si posible era, una necesidad; y después, Dios diría. Y como lo pensó así lo hizo, encaminose resueltamente á la casa y preguntando por la señora, fué recibido inmediatamente.

La modesta salita estaba decorada con extremada sencillez, casi con pobreza: un sofá y dos sillones de caoba con asientos de *petatillo*, doce sillas al rededor, y una pequeña mesa redonda, también de caoba en el centro de la sala, formaban todo el ajuar: las paredes estaban pintadas al temple con un suave color de rosa claro y un zócalo negro; y un petate colorado, ya bastante maltratado por el uso, cubría el pavimento. En el testero y sobre el sofá estaba colgado, en lujoso marco, un hermoso cuadro pintado al óleo que representaba en busto á la Virgen de Dolores, con el corazón atravesado por una daga; y enfrente de él, en el

otro extremo de la sala, había otro cuadro, con marco igual al anterior, representando al Corazón de Jesús. Por último, y para completar los sencillos adornos de su salita, doña Micaela había colocado, entre la Virgen y el sofá, en preciosísimo marco de tiras doradas una fotografía de su idolatrada hija, exactamente igual á la que acababa de comprar Leopoldo, pero iluminada en colores.

La señora lo recibió con la amabilidad que le era característica y después de los saludos y frases cruzadas entre ambos que previene la etiqueta, Leopoldo manifestó desde luego el objeto de su visita, el cual no era otro que suplicar á la señora le hiciese el favor de encargarse de hacerle sus cigarros, porque los había probado, comprándolos en una tienda, donde le informaron que ella era quien los hacía, y había quedado muy satisfecho de ellos.

La señora contestó que no tenía ningún inconveniente, porque como su único patrimonio era el trabajo, no rehusaba nunca el que le llegaba; y, que le daba las gracias por el favor que la hacía proporcionándole ese aumento en sus pequeñas entradas.

Leopoldo repitió que el favorecido era él, que nunca creyó ser recibido con tanta amabilidad por parte de la señora, recibimiento que no sabría agradecer lo bastante.

Ella contestó algo más, y poco á poco fueron entrando en una conversación bastante larga, en la que no se habló más que de tribialidades, pero que á ambos les pareció muy agradable.

Eran ya muy cerca de las cinco de la tarde y hasta entonces no se apercibió Leopoldo de que aun no había almorzado. ¡Hacía veinticuatro horas justas que estaba pensando en María!

Se despidió muy cariñosamente de doña Micaela y se dirigió con paso rápido al colegio. Por la primera vez de su vida incurrió en una reprensión de don Santos, por haber estado fuera todo el día; y por la primera vez también había faltado á sus clases.

Algo le molestó la reprensión de su director, porque era un joven pundonoroso; pero en cambio ¡estaba tan contento! Para primer día, le parecía haber andado más de la mitad del camino. ¡Qué buena era doña Micaela! ¡Digna madre de tal hija! María debía ser lo mismo que ella; aquella maldita *tiendera* no le había dicho la verdad al decirle que María era malcriada y desaplicada! ¿Cómo había de ser malcriada la hija de aquella señora tan exquisitamente educada? Y sobre todo, ¿como había de ser malcriada la preciosísima criatura, original de aquel retrato? Y sacándolo del bolsillo se deleitaba contemplándolo y lo cubría de besos.

El día siguiente, sábado, fué por sus cigarros y tuvo otro rato de amena conversación con doña Micaela; el tercer día, domingo, no creyó prudente ir, porque temió que María pudiera tener salida, y no le parecía conveniente que lo viera en su casa antes que el terreno estuviera preparado como correspondía; pero el lunes no faltó: fué por más cigarros; el martes le mandó hacer una camisa á doña Micaela; el miércoles fué á ver si la señora Marcela quería encargarse de lavarle su ropa y el jueves ya fué simplemente á visitar. Desde entonces su visita fué diaria, al principio de corta duración y progresivamente se fué alargando hasta más allá de los límites racionales. Naturalmente, la confianza fué naciendo entre ellos; y doña Micaela le contó su historia con todos sus horrores y todas las desgracias de María; y él refirió á su vez á doña Micaela todos los episodios de su vida y la impuso de todas sus circunstancias de familia. ¡Cómo odiaba entónces Leopoldo á Josefina, desde que supo todas sus infamias con María! ¡Cómo se avergonzaba de haberla amado!

Así estaban las cosas cuando llegó el domingo posterior á aquel en que doña Micaela había sido tan villanamente engañada por Josefina. María tuvo salida, y sin perder un momento, tan pronto como la gran puerta estuvo abierta, ligera como una corza se dirigió á su casa, en com-

pañía de la señora Marcela que había ido por ella: Eran tan pocas las veces que veía á su mamá, que no quería perder ni un segundo de semejante dicha, así es que la señora Marcela tenía que correr para seguirla.

Las diez y media de la mañana daban cuando llegó á su casa: besó amorosamente á doña Micaela y entró en su cuarto para cambiarse traje. Se vistió con una sencillá, pero preciosísima bata blanca, ligeramente escotada en redondo, de mangas hasta el codo que dejaban enteramente desnudos sus espléndidos brazos, más blancos que la leche y tan divinamente modelados que causaban verdadera admiración: ciñó su fina cintura con un cinturón de seda con broche dorado; y destrenzó sus negros cabellos, dejándolos sueltos y quedando convertida en la hada más hechicera que es posible imaginar.

Apenas se había vestido la encantadora niña, cuando se presentó Leopoldo á hacer su visita cuotidiana. Una descarga eléctrica que hubiese caído sobre María, no le habría producido mayor impresión que la presencia en su casa de quien menos esperaba. Su corazón se hacía pedazos, queriendo romper su pecho; las sienes le latían con violencia y un sudor frío cubrió su frente. No estaba menos impresionado Leopoldo: él esperaba y deseaba verla, y nada más que por eso iba á su casa; pero la nueva forma

en que se le presentaba, lo trastornaba por completo. El hasta entonces sólo se la había representado en su mente, con el severo aunque elegante traje de calle con que la conociera, con el gracioso sombrerito de plumas, que aunque le caía perfectamente bien, no dejaba de ocultarle parte de su radiante belleza; pero tal como la veía ahora, con aquel deshabillé tan seductor, con aquellas formas mórbidas y tan puramente delineadas. . . .¡Oh! Aquello era superior á cuanto él se había imaginado! Venus, saliendo de la espuma del mar, habría tenido envidia de ella!

Trémulo y encogido balbuceó algunas palabras; ella le contestó ruborizada, no atreviéndose á rechazarlo con dureza, porque no adivinaba si su presencia en aquel sitio obedecía á un golpe de audacia que debiera castigar, ó si era alguna casualidad ó algún error lo que lo llevaba allí. Doña Micaela vino por fortuna de ambos á sacarlos de aquella penosa situación.

—Como no se conocen,—dijo—están allí tan embarazados que no saben qué decirse. Esta es mi María,—agregó, dirigiéndose á Leopoldo, —de quien tantas veces hemos hablado, cuyas amarguras y martirios le he referido, y por quien usted ha llorado conmigo en diversas ocasiones;—y luego, hablando con María, continúo. Este joven, hija mia, es el mejor amigo que hoy tenemos: hace muy poco que lo conozco, pero

ya he tenido bastante tiempo para calificar su noble corazón. En mis largas horas de soledad, ha venido diariamente á prestarme sus consuelos con su grata compañía, y como casi sólo hablamos de tí, he tenido, gracias á él, la satisfacción de tenerte, digámoslo así, más cerca de mí.

Estas palabras de doña Micaela, desembarazaron un poco la situación; pero la conversación siguió lánguida, como era natural. No era posible otra cosa, y Leopoldo creyó conveniente retirarse más temprano de lo que acostumbraba, no sin hacer á María las más vivas protestas de sincero aprecio y muy vehementes votos porque nada le impidiera la dicha de volverla á ver el domingo siguiente.—Preciso es hacer constar que si los dos jovenes, naturalmente cohibidos, hablaron poco, no por eso dejaron de decirse con los ojos todo cuanto necesitaban comunicarse.

Apenas estuvieron solas madre é hija, María quiso saber todo lo que con el joven se relacionaba, y con ese objeto se dirigió á doña Micaela diciéndola:

—No me habías dicho nada, mamá, de ese tu nuevo amigo que te has encontrado.

—No habíamos tenido tiempo, mi alma, contestó doña Micaela, pero sí me proponía yo hablarte de eso más tarde. Te aseguro que estoy verdaderamente encantada de él, y lo quiero

como si fuera mi hijo: es muy bueno, tiene muy bellos sentimientos y lo mejor de todo es que nada hay en él de fingimiento. Es candoroso y franco como no he conocido otro en mi vida. Vino con el objeto de mandarme hacer cigarros: desde que lo ví me simpatizó; y se conoce que yo también le caí bien, porque desde el primer día continuó viniendo, casi sin objeto, sólo por verme, y platicar conmigo. No falta un solo día, de las cuatro á las seis de la tarde y aun me ha indicado la idea de que como considera que para mí las horas más tristes deben ser las primeras de la noche, piensa salirse del colegio, para poder disponer de libertad y estarse conmigo por lo menos hasta las nueve ó diez. Me quiere como si yo fuera su madre: sólo tú eres para mí más solícita y más cariñosa que él. Naturalmente, cuando ví su asiduidad, lo primero en que pensé fue en tí. Celosa de tu honra, era preciso que yo supiera á quien estaba recibiendo en mi casa, para alejar de tí cualquier peligro y librarte de las murmuraciones de la gente: me informé y no he podido recibir mejores recomendaciones en su favor. El Dr. Luna, el Dr. Farfán, don Manuel Vélez, don Santos Toruño, todos son ó han sido sus catedráticos y no pueden decir de él más que elogios; y lo que más me ha gustado, ha sido que respecto de sus antecedentes y de su familia, él me ha dicho la

verdad, porque lo mismo me han repetido esos señores, que no pueden ser más respetables. Se llama Leopoldo Salazar, es pobre pero tan aplicado, tan juicioso y tan inteligente, que llegará á hacer fortuna. Su padre, que no me acuerdo como se llama, vive acompañado de su esposa en San Felipe administrando una finca de café, y con su sueldo, que no es muy crecido, sostiene aquí á su hijo y llena las demás necesidades de su casa.

María escuchaba á su madre embelezada. Adivinaba que todo cuanto Leopoldo había hecho por introducirse en su casa, era por acercarse á ella; que toda aquella solicitud, aquel cariño, aquellas manifestaciones de aprecio, no habían sido sólo por doña Micaela, por más que fuera muy acreedora á eso y mucho más; habían sido por ella, por María, representada en la persona de su madre. ¿Con que era cierto? ¿Con que aquel joven que con sólo una mirada había incendiado su corazón, la amaba y la amaba de veras, porque había procurado con lealtad de caballero aproximarse á ella por medios dignos y con acciones generosas? ¡Y ella también podía amarlo! ¡Y no tenía necesidad de ocultar aquel amor que llenaba toda su alma, y podía decirlo en voz muy alta, segura de que nadie se lo reprobaría, mereciendo, como creía comprenderlo la aprobación de su buena madre! ¡Oh!

¡Qué dicha, qué felicidad!..... Pero no; era imposible, porque también amaba á Josefina! ¡Oh! La maldecida criatura que siempre había de turbar su dicha! Sí, la amaba, no le cabía duda; era un impostor, que quería tener dos queridas á un mismo tiempo. La amaba, porque así se lo había dicho Marta, y después se lo habían confirmado Leonor, Adriana, Gabriela y sus demás amigas. No; ella no consentiría en compartir su amor con otra y mucho menos con Josefina; ella no podía aceptar aquel amor que habría constituido toda su felicidad. ¡Una maldición terrible pesaba sin duda sobre ella; estaba condenada á no conocer nunca la dicha! Tocaba el cielo con las manos y cuando ya lo cría asegurado, se lo arrebataba Josefina! ¡El brazo de su sueño, el brazo de la pulsera de oro, el destructor de los angelitos, le seguía estrujando el corazón!!

Embargada por tan tristes pensamientos pasó María el resto del día, aunque haciendo supremos esfuerzos para ocultar á su mamá la infinita tristeza de su alma. Y como si fuera poco lo que había sufrido, tuvo una pena más, al saber que el domingo anterior, cuando ella estaba en el calabozo, su mamá había estado á visitarla y la había dejado una carta con Josefina, carta

que esta no le había entregado. ¿Para qué podía querer aquella carta? Porque ella fué quien la pidió, doña Micaela no tenía intenciones de escribirla, fué Josefina quien engañando á la pobre señora, se dió maña para arrancársela.

—No te quepa duda, madre mía, dijo: un nuevo peligro nos amenaza: algo muy grave trama esa serpiente contra nosotras.

—Esperemos resignadas lo que Dios disponga, hija de mi alma, contestó doña Micaela: no se mueve la hoja del árbol sin que Dios lo mande. Hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

El día se acercaba á su fin y llegó la hora de la separación: con las lágrimas en los ojos se despidieron las dos mártires, y María se dirigió al colegio con el corazón más oprimido que nunca.

Josefina acababa de llegar, y había recibido de la portera un grueso paquete, bien lacrado y atado con una cinta negra, que pocos momentos antes le había entregado Leopoldo para ella. Con el corazón palpitante se dirigió al salón de estudios, y sentándose en su pupitre, rompió el abultado paquete, presintiendo que le esperaba alguna desgracia, y.. ... ¡oh rabial ¡contenía sus cartas, sus retratos, todas las prendas de amor que en tiempos más felices para ella, había dirigido á Leopoldo! Ahora conocía que lo amaba! Había jugado muchas veces con él; se

había complacido en diversas ocasiones en destrozar aquel noble corazón; pero lo amaba, sí, lo amaba con pasión infinita, con apetito devorador!

—¡Infame, decía, infame, y me haces tal ultraje! ¡Ya sabía yo que no me amabas; ya sabía yo que desde aquel jueves maldecido en que por mi estupidez conociste á María, habías dejado de pertenecerme; pero no aguardaba, no, esta ofensa de tu parte! ¡Devolverme mis cartas! ¡Devolverme mis retratos, cuya contemplación decías que era tu único placer! ¡Despreciarme así! Oh Pero no gozarás mucho tiempo de tu triunfo; mi venganza está muy próxima! ¡Ya comienzo á saborearla; ya comienzo á gozarme en tus martirios!

A las cartas y retratos de Josefina, acompañaba una de Leopoldo dirigida á ella, quien la leyó con avidez. Decía así:

"Señorita:

Soy incapaz de engañar á nadie; mi corazón es muy sincero, y me consideraría yo muy despreciable si no dijera á usted con entera lealtad lo que he descubierto en él. Mientras creí que yo la amaba, procuré demostrárselo por cuantos medios estuvieron á mi alcance; pero desde el momento que he comprendido que yo estaba en un error, me apresuro á desengañarla, devolviéndole como lo hago, sus cartas, sus retratos y todas las promesas que usted me había hecho.

Juro á usted que no la he engañado ni un momento; el engañado era yo. Perdóneme usted por mi franqueza, pero no sé mentir.

Le suplico que con la misma caballerosidad con que yo lo hago, tenga usted la bondad de devolverme por el mismo conducto, las cartas mias que usted tiene en su poder y que para nada deben servirle.

Siempre guardaré de usted los más gratos recuerdos y seré sin restricciones de ninguna clase, un constante admirador de sus encantos.

De usted muy atento seguro servidor,

LEOPOLDO SALAZAR."

—¡Infame! ¡Villano!, rugió Josefina, rasgando en menudos pedazos aquella despiadada carta.—A la injuria une el sarcasmo! Será el admirador de mis encantos! Es decir, seré para él lo mismo que una estátua, que una pintura hermosa; pero nada más! ¡Oh perjuro, cuánto vas á sufrir!

En uno de los cajones de su pupitre, cuidadosamente conservadas y coleccionadas con la debida separación, tenía todas las cartas que había recibido de sus amantes: tomó las de Leopoldo, las contó y cuando estuvo segura de que no faltaba ninguna, formó con ellas un paquete, lo encerró dentro de un sobre, y después de po-

nerle la dirección, encaminóse á la portería y dijo á Benita:

—Entrega esto á la señorita María, diciéndole que una persona desconocida te lo dió para ella.

Benita cumplió. María recibió el paquete, y como no gozaba de las franquicias de Josefina, hubo de dominar su curiosidad hasta el día siguiente.

A la hora de reglamento se retiraron todas las alumnas á sus respectivos dormitorios: Josefina estaba frenética, y tal vez hubiera realizado aquella noche sus criminales ideas, que varias veces habían pasado por su mente, de asesinar á María, si no se lo hubiera impedido la violenta fiebre que la devoraba. Pasó la noche postrada y delirante y amaneció bastante grave. El médico que la examinó dijo que no podía curarse en el colegio, que la fiebre se presentaba con carácter alarmante, que parecía ser una tifoidea y que era mejor trasladarla inmediatamente á su casa. Así se hizo con infinitas precauciones, en un coche cerrado, y María quedó libre, al menos temporalmente, de su cruel perseguidora. Se nombró celadora interina de la sección que ésta tenía á su cargo á Adriana Sandoval, y la suerte de la niña cambió completamente desde entonces.

Pero ¡crueldad horrible del destino! ¿De qué le servia ya aquel descanso aparente, aquella tregua en las torturas de su corazón, si ya lo tenía herido de muerte? El paquete que contenía las cartas de Leopoldo á Josefina, y que la noche anterior le había entregado la portera, fué para ella el golpe de gracia, el que desvaneció hasta el último resto de esperanza que hubiera podido conservar. Sus amigas no la habían engañado. Leopoldo no podía ser de ella; amaba á Josefina y la amaba con frenesí. Aquellas cartas lo demostraban con una evidencia abrumadora.—"Te amo, ídolo mío, como nadie ha amado en el mundo, le decía en una de ellas, te adoro con toda mi alma, como adoran los ángeles á Dios." Y todas, todas estaban concebidas en iguales ó parecidos términos. "Si alguna vez te dicen que no te amo, decía en otra, arráncale la lengua á quien tal diga; y si yo, en un momento de extravío llegara á proferir semejante blasfemia, arráncame el corazón antes que creerme."—"Sean cuales fueren las vicisitudes que me aguardan, aunque la fatalidad llegara alguna vez á separarnos, yo nunca dejaré de pensar en tí; tú y sólo tú eres la dueña de mis pensamientos."—"Si alguna vez llego á olvidarte, que me maldiga Dios: tuyo seré ó de nadie; y si tú me faltas, si la crueldad de mi suerte quiere que tú dejes

de amarme, yo te juro que no volveré á amar en mi vida á nadie más."

—¡Cuánta pasión, Dios mio! decía María leyendo, bañada en llanto, aquellas cartas. ¡Qué dulce debe ser sentirse amada de ese modo! ¡Oh! ¡Y que á mí me esté negada semejante dicha! Pero entonces, ¿por qué me busca? ¿qué ha ido á hacer á mi casa? ¿Por qué ayer me dirigió aquellas miradas candentes que me abrasaron el alma? ¡Ingrato! ¿Qué daño le he hecho yo para que me mate de ese modo? Porque yo era feliz; enmedio de todos mis dolores me consideraba feliz, porque conservaba la paz de mi espíritu, la tranquilidad de mi alma. Mientras que ahora.....¡Oh! ahora voy á ser desgraciada para toda mi vida!....¡Porque lo amo si, lo amo con toda mi alma, lo amo con el mismo amor con que él ama á Josefina! Esto que siento dentro de mí, este encanto indefinible que se apodera de mi alma cuando pienso en él, estos latidos de mi corazón, todo lo que experimento desde que lo conocí, es indudablemente el verdadero amor. Pero ¡está escrito! No he de conocer jamás la dicha! ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

La semana transcurrió sin novedad, las noticias de Josefina no eran satisfactorias; el médico había diagnosticado bien, la fiebre era tifoidea y de las más graves. Marta estaba contentísima, porque la odiaba cordialmente, y deseaba que se

muriera; sus partidarias estaban consternadas, y las del bando sandovalista indiferentes. La única que la compadecía era María.

El domingo fué ésta á su casa. ¡Nunca, hasta aquella vez, se había realizado el milagro de que tuviera salida dos domingos seguidos!—Se vistió del mejor modo que pudo; no era coqueta, pero era mujer, y sabía que aquel día iba á ver á Leopoldo. Se puso su vestido color de rosa, el de las grandes solemnidades y estaba, como siempre, encantadora. Temía sin embargo, que llegara la hora de verse y hubiera dado cualquier cosa porque Leopoldo no se presentara. ¿Por qué? Porque un presentimiento le decía que Leopoldo iba á declararse, y ella estaba resuelta firmemente á rechazarlo. Entonces acabaría para ella toda felicidad; no volvería á verlo más; una noche eterna sería el resto de su vida. Pero así tenía que ser, y así sería.

Llegó el para ella tan temido momento á la vez que tan deseado por Leopoldo. Este se presentó sonriente aunque todavía cortado por la emoción: María le recibió serena, digna, con la más exquisita cortesía, pero sin dar á conocer nada que autorizase á Leopoldo á creerse amado: este buscó en sus ojos con avidez algo de las miradas del domingo anterior, y se aterró: la mirada de la joven era fria, casi severa.

La conversación rodó sobre diversos motivos, y ya estaba á punto de languidecer, cuando se levantó doña Micaela. Eran las cuatro de la tarde, había jubileo en la inmediata iglesia de las Beatas y la buena señora tenía tanta confianza en la honradez de Leopoldo, tanta seguridad de la virtud de su hija, que no tuvo inconveniente en dejarlos solos un ratito para ir á cumplir el deber que se había impuesto desde que estaba en Guatemala, de visitar diariamente al Santísimo donde estuviera el *Circular*. Eso sí, recomendó muy eficazmente á Marcela que los vigilase desde lejos y se fué tranquila.

Leopoldo vió el cielo abierto y se propuso no perder un instante: iba á jugar el todo por el todo; la frialdad de María lo aterraba y era preciso saber desde aquel momento á que atenerse. No había, pues, cerrado la puerta de calle doña Micaela, cuando se dirigió á María con apasionado acento y la dijo.

—Bendigo á Dios, señorita, y bendigo también á doña Micaela por el favor inmenso que sin saberlo me ha hecho dejándome un momento á solas con usted. Lo deseaba yo con toda mi alma, lo necesitaba como el enfermo necesita la salud; como el ciego necesita la luz. Si se hubiera pasado una semana más sin que yo hubiera podido decir á usted lo que siento, créame usted que tal vez me hubiera muerto. Me ahogo, y es preciso

que yo hable para desembarazarme del peso que me abruma. Yo la amo á usted desde el primer momento en que la ví; pero la amo con una pasión purísima, como no creo que haya habido otra jamás. ¿Acepta usted mi amor? ¿Se me permitirá el atrevimiento de creer que pueda ser correspondido? En manos de usted pongo mi destino; mi felicidad ó mi desgracia eterna dependen de los labios de usted: hable usted, pronuncie mi sentencia, dígame si puedo ser feliz ó desgraciado.

Leopoldo estaba verdaderamente sublime, su acento era conmovedor, se conocía que las palabras que pronunciaba le nacían del fondo del corazón.

María estuvo á punto de arrojarse en sus brazos y decirle: "yo también te amo, ídolo mio, con todo mi corazón, te amo como no es posible amar más; yo te amé también desde el mismo momento en que tú comenzaste á amarme; desde entonces mi pensamiento no se ha separado de tí ni un solo día; mi corazón no ha cesado de latir por tí ni un solo instante." Pero hizo un esfuerzo supremo sobre sí misma y logró dominarse; y sacando fuerzas de flaqueza, con la mano en el pecho para contener los latidos de su corazón que se le salía, con voz angustiada pero firme dijo:

—Suplico á usted que no vaya á creer que soy coqueta: si me fuera posible, yo aceptaría con mucho gusto ese amor tan puro que usted me manifiesta, y me consideraría muy feliz al ser amada de ese modo. Pero no puedo engañar á usted. La lealtad con que usted me habla y los principios de rectitud en que he sido educada exigen de mi parte la misma lealtad. Si yo pudiera, si en mis facultades estuviera corresponderle, le correspondería gustosa; pero he jurado que no amaré á nadie en mi vida, y no puedo amar á usted.

Leopoldo quedó mudo, casi sin conocimiento; sintió correr un sudor frío por todo su cuerpo; quiso hablar pero no pudo; su corazón casi se paralizó; y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y surcaron lentamente sus mejillas.

Un dolor tan grande y tan ingenuamente manifestado, conmovió las más delicadas fibras del sentimiento de María; pero no era menos grande su dolor: ella también sufría horriblemente; también ella lloraba, pero las lágrimas no subían á sus ojos; quedaban dentro de su corazón y lo torturaban con crueldad.

—¿Es decir, dijo Leopoldo después de un momento de silencio y logrando reponerse á duras penas del terrible sacudimiento que sufrió, es decir que usted me condena á un eterno martirio?

—No lo creo: otras habrá que podrán hacer feliz á usted, y crea usted que lo deseo vivamente.

—¿Lo desea usted? ¿Luego no me da usted ninguna esperanza, luego me rechaza usted en lo absoluto?

—Sí, señor; en lo absoluto.

—¡Es usted cruel, señorita!

—¡No! ¡Por Dios, no me llame usted cruel! Diga usted que soy desgraciada, diga usted que he venido al mundo marcada con el sello del dolor! Ni un solo día he conocido la felicidad. Es preciso que yo cumpla mi destino. Creí alcanzar la dicha un momento; pero la fatalidad que me persigue, me la arrebató cuando yo comenzaba á saborearla. ¡No me llame usted cruel! ¿No me ve usted llorar? ¿No ve usted que se retrata en mi semblante la infinita amargura de mi alma? ¡Oh! si usted pudiera penetrar en mi interior, cómo me compadecería!—Y los sollozos no la dejaron continuar; y un torrente de lágrimas inundó su rostro.

—Pero yo no comprendo, dijo Leopoldo enjugando su llanto que por segunda vez asomaba á sus ojos. Hay aquí un misterio que yo no puedo descifrar: sus palabras de usted están en entera contradicción con lo que observo. Explíquese usted por Dios.

—No me pregunte usted nada, porque nada le puedo contestar. Dios y el tiempo se encar-

garán de dar á usted la explicación de mi conducta. Quizás algún día me dará usted la razón.

—¿De manera que no me deja usted esperar nada?

—Nada.

—¿No me será permitido creer que alguna vez me conceda usted su amor?

—Nunca.

—Si ero no se llama crueldad, no sé que nombre tenga; pero sea. Debo resignarme, porque es usted inflexible. Pero ¿me permitirá usted siquiera que la vea alguna vez?

—Iba á suplicárselo: véame usted siempre que pueda. Yo lo aprecio á usted en todo lo que vale; lo que usted ha hecho por mi madre, ha obligado hacia usted mi infinita gratitud; la simpatía que usted me inspira es muy grande, para que no me causara verdadera pena dejar de ver á usted. Venga usted, pues, como hasta hoy lo ha hecho á consolar á la pobre viejecita que tanto lo quiere á usted; y venga también cuando yo esté, cuantas veces quiera, seguro de que me causará mucho placer. Si yo no puedo darle mi amor, sí le ofrezco darle mi estimación y mi cariño. ¿Quiere usted ser mi amigo? ¿quiere ser mi hermano?

—¡Oh, María, esas palabras me devuelven parte de la energía que yo había perdido! Bendita sea usted que tanto bien me hace! No

volveré á hablarle de mi amor, pero la podré ver y la amaré en silencio toda la vida!

Ya no pudieron continuar hablando, porque llamaron á la puerta y pocos momentos después entró doña Micaela. Leopoldo permaneció un cuarto de hora más y se retiró despidiéndose de María hasta el domingo próximo y ofreciendo á doña Micaela continuar en sus visitas cuotidianas.

Leopoldo iba tranquilo, casi contento. Su derrota no había sido tan completa como al principio lo creyó: el *modus vivendi* acordado con María, le dejaba entrever alguna esperanza, que aunque remota, siempre era esperanza. Había conocido, sin ningún temor de equivocarse, que María lo amaba; y esto lo llenaba de indecible satisfacción. Por lo demás, sabría esperar. Era demasiado noble y su amor á María era tan puro, que no podía hacer más que obedecerla. Dios y el tiempo, como ella había dicho, se encargarían de aclarar la situación.

María por su parte no se hacía las mismas ilusiones: sabía que su amor era imposible, pero se resignó. Llorar era su destino: lloraría pues, pero en silencio: ocultaría en el fondo de su corazón aquel amor inmenso que se había apoderado de ella, y sabría fingir. Un sacrificio más ¿qué importaba? ¿No estaba acostumbrada al sacrificio?

Transcurrieron los días sin ningún incidente notable: Josefina luchó entre la vida y la muerte; pero su robusta naturaleza triunfó de la enfermedad: pasada la convalecencia, que fué larga, volvió al colegio; pero sólo á rendir sus exámenes, porque había llegado el mes de noviembre: aunque en las pruebas no dió resultados muy satisfactorios, se tuvo en cuenta por los jurados su larga y reciente enfermedad y se la aprobó. Había concluido sus estudios, y debía dejar el colegio para siempre. Con ella terminaban también en aquel año Leonor Sandoval, Gabriela Burger y nuestra interesante María, que, como hemos dicho, sólo se había ido á perfeccionar en ciertos ramos, pues en el convento de las Beatas, con menos ruido y sin ningún aparato, había aprendido tanto ó más de lo que se podía aprender en Belén.

El día de los premios fué para ella uno de los más grandes de su vida: fueron tantos y tan notables los progresos que hizo durante el año en todas sus clases, tan brillantes resultados obtuvo en sus exámenes, que el jurado calificador, bien á pesar suyo, no pudo menos de adjudicarle los primeros premios. Sólo el de conducta no podía corresponderle y se dió á quien más lo merecía, según el criterio de las hermanas: á Josefina.

Terminado el acto, y después de los abrazos,

los apretones de manos, los parabienes á las alumnas premiadas y mejor calificadas; después de aquellos momentos de suprema dicha, sólo comprendidos por el que ha sido estudiante, en que se rompe con el pasado, se acaba la disciplina, se hace á un lado el reglamento y se siente uno libre, completamente libre, para hacer lo que quiera; momentos de indecible delicia, en que se olvidan los sufrimientos del año para sólo pensar en la interminable serie de goces que á uno le aguardan, acariciados por tanto tiempo, comenzó en el colegio aquel movimiento y aquel ruido característicos del primer día de vacaciones: mozos que entraban y salían cargados con los equipajes de las alumnas; criados y criadas que iban y venían en busca de las pequeñas á quienes iban á recoger; risas por un lado, sonoros besos por el otro, lágrimas, gritos, despedidas, citas para el día siguiente, en fin, una algazara atronadora y deliciosa, que al mismo tiempo que aturdía, causaba verdadero placer.

María se despidió tiernamente de todas sus compañeras, abrazó á las más queridas y acarició con amabilidad á las pequeñas. Era tan noble el alma de aquella angelical criatura, que sentía tristeza por dejar el colegio. Dijo adiós con lágrimas en los ojos á cada una de las hermanas, y arrodillándose á los pies de la Superio-

ra y besando respetuosamente su mano, con acento conmovido, la dijo:

—Voy infinitamente agradecida, señora, por todo lo que usted ha hecho por mí: no olvidaré nunca sus consejos, que llevo grabados en lo íntimo de mi alma; y le pido perdón por los disgustos que sin querer le causé. Me voy con la pena de no haber podido borrar, á pesar de haberlo intentado por cuantos medios pude, el mal concepto que usted se formó siempre de mí, y de dejarla todavía mal impresionada en mi contra; pero no ha estado en mi mano remediarlo. Yo sé que el mundo, engañado por las apariencias, no siempre hace justicia; pero llegará un día, señora, en que todo se verá claro: en la presencia del Soberano Juez, no se quedará nada oculto: entónces sabrá usted lo que yo he sido, todo lo que aquí ha pasado, y quedaré justificada plenamente.

Sor Vanpuyfelick, asombrada y enternecida por aquellas palabras, miró fijamente á María y creyó leer claro en el fondo del puro corazón de la niña: adivinó parte, por lo menos, de la verdad, y se sintió avergonzada y arrepentida.

Lo hecho, sin embargo, no tenía remedio; y queriendo poner término á una escena que le hacía daño; temerosa, sin duda, de ir más allá en el esclarecimiento de los hechos, por la parte de responsabilidad que pudiera tocarle por

haber estado ciega tanto tiempo, abrazó con ternura á María, depositó un suave beso sobre su cándida frente, y la dijo con dulzura, conteniendo una lágrima que asomaba á sus ojos.

—Anda con Dios, hija mía, y El guie tus pasos y te proteja en el mundo: si te he castigado con dureza, no creas que tenía gusto en ello; por el contrario, bastante sufría, pero era mi deber. Tal vez fuí injusta algunas ocasiones; pero nunca lo hice con intención de hacerte daño: no te he querido ni te quiero mal; muy lejos de eso, sentía verte padecer y pedía ardientemente á Dios por tí para que reformara tu conducta. Vaya, enjuga tus lágrimas, anda á descansar de tus fatigas, saluda á tu mamá y dile que me venga á ver.—Y con dos golpecitos en el hombro y una caricia en la mejilla de la niña, borró, ó creyó borrar trescientos días de inflexible severidad, y de tremendsa sinjusticias.

Si María había experimentado aquella mañana momentos de inefable gozo, otros más puros la aguardaban en casa de su madre: era el primero y principal la idea de que ya no se apartaría nunca de su lado, que vivirían siempre juntas, entregadas la una á la otra, acariciándose y mimándose mutuamente. Luego, la seguridad que tenía de que sus padecimientos habían concluido, de que ya no sería martirizada, de que ya no vería más á Josefina, á quien no podía me-

nos de odiar; de que habían acabado para no volver, los encierros en el calabozo, los días de hambre, los azotes, los palmetazos, las vergüenzas de estar arrodillada en presencia de sus compañeras. Por otra parte, iba á ver todos los días á Leopoldo, á su Leopoldo de su alma, al ángel de sus ensueños, al dueño absoluto de todos sus pensamientos. Es verdad que no podía decirle que lo amaba; pero ¿qué importaba eso? ¿No era bastante estar dos horas junto de él todos los días y llamarlo su hermano?

Volaba, pues, porque se le hacían eternos los momentos que todavía la separaban de su madre: le parecía que hacía muchos años que no la había visto, y además ¡tenía tantas cosas que decirla! No sabía aún que al llegar á su casa le aguardaba otra gratísima sorpresa.

Había aprendido á cantar bastante bien, con una deliciosa voz de soprano, que causaba embelezo el escucharla; y tocaba el piano con notable perfección. Doña Micaela pensó que era una lástima que aquellas preciosas habilidades de su hija se perdieran por falta de ejercicio al salir del colegio; y tuvo la sublime abnegación de sujetarse á un sinnúmero de privaciones para comprar un piano y un poco de música. Así es que la víspera de aquel gran día, sacó sus ahorros, que había ido guardando, quitándose de la boca tal vez un bocado de pan cada día, y salió

á comprar el piano y la música que había visto y separado en la tienda de don Pablo Blanco. Era el instrumento una verdadera preciosidad, casi una miniatura, de cuatro octavas solamente; pero tan gracioso que daba gusto verlo.

La casa estaba adornada con cortinas y guirnaldas de papel; el suelo alfombrado de pino, y un hermoso ramo de flores blancas, obsequio de Leopoldo, se ostentaba en la mesa redonda de la sala. El retrato de María, rodeado de una corona de laurel, se había colocado sobre el piano.

Leopoldo, invitado por doña Micaela para pasar con ellas todo el día, había llegado con la debida anticipación, vestido con el uniforme de su colegio, obligatorio para todos los *venturinos* en los días de fiesta: levita cerrada azul, con botones dorados, cincho de charol y pantalón blanco, perfectamente alminonado: en la cabeza, kepi de paño azul con galón de oro y vicera de charol.

María llegó anhelante, saludó afable y pudorosamente á Leopoldo, y se arrojó en brazos de doña Micaela, quien la colmó de besos.

Pasados los primeros momentos de expansión, María tomó sus premios de manos de Luisita, que era quien los había llevado, y presentándolos á doña Micaela, con voz vibrante y reflejando en sus ojos el más legítimo orgullo, dijo:

—Mamá; aquí tienes el fruto de todos tus sacrificios: la niña malcriada, la insurrecta, la in-

corregible, la que no pasaba día sin que no sufriera algún castigo, ha tenido la gloria de demostrar con hechos que no tenían razón, y de vencer en la más leal y noble de las luchas á todas sus compañeras. Bien á despecho de las hermanas han tenido que adjudicarme los primeros premios y aquí te los traigo como una prueba de que no he perdido el tiempo. La satisfacción que hoy he sentido, no la volveré á sentir jamás; y lo que más me gloría, lo que más me ha llenado de regocijo, es que he hecho llorar á Sor Vanpuyfelick, quien casi me ha pedido perdón y ha reconocido todas sus injusticias para conmigo.

Doña Micaela, vivamente emocionada, volvió á abrazar á su hija y encaminándola al sitio donde había colocado el piano la dijo:

—Pues yo también te tengo aquí tu premio, y ese supongo que te será más grato que los que en el colegio te han dado, porque yo te lo doy, no á mi despecho, sino con toda mi alma, con todo mi corazón y sintiendo no tener nada mejor que ofrecerte.

Leopoldo tomó de sobre la mesa el ramo que había llevado, y lo presentó con timidez á María, diciendo:

—Permítame usted, María, que yo también haga este público tributo de mi admiración y mi respeto hacia usted, ofreciéndole estos pobres nardos, emblema de su inocencia y su pureza.

María agradecida y profundamente emocionada no sabía que contestar; la situación se hacía embarazosa, las lágrimas asomaban á los ojos, los corazones estaban oprimidos, y doña Micaela temió que un día que debía ser de tanta alegría, se convirtiera en día de duelo. Para dar, pues, nuevo curso á las ideas, dijo:

—Vaya, hija mía, hoy es día de regocijo y debemos aprovecharlo todo entero; pero ya no quiero verte con ese traje de uniforme que me recuerda todos nuestros sufrimientos: entra en tu cuarto y quítatelo para no volvértelo á poner nunca. En su lugar ponte el que encontrarás sobre tu cama, el que te he hecho yo misma para que te lo estrenaras hoy.

María obedeció y algunos momentos después se presentó á la vista de su amante madre y de su no menos amante enamorado, con un vistoso vestido de merino azul celeste con florecitas blancas, que cuadraba perfectamente á su belleza y hacía resaltar más la nítida blancura de sus lindos brazos y su garganta de cisne.

—Mamá, salió diciendo, entre risueña y enojada: te voy á regañar por este derroche, de esta hecha te has arruinado por completo, y yo no sé cómo vas á salir con tanto gasto.

El día fué completo: nada hubo que turbara ni un momento la pura alegría que reinó en aquel recinto donde se cobijaba la inocencia: se

conversó sobre diversos asuntos, María tocó al piano con verdadera maestría varias piezas de baile y de concierto; pero no quiso cantar. Leopoldo hizo derroches de gracia y acabó de conquistar las simpatías de aquella honrada familia: ¡cuánta finura en sus modales, cuánta corrección en sus formas, cuánta discreción en sus razonamientos! María por su parte, ahondó más, si eso era posible, la impresión que causara en el corazón de Leopoldo: nunca se había presentado á sus ojos tan encantadora; nunca había tenido ocasión de conocer en toda su extensión el admirable conjunto de bellas cualidades que la adornaban: en sus visitas dominicales había admirado su belleza, su virtud y la candorosidad de su alma; pero todo eso á medias, porque en una simple visita no son nunca posibles las verdaderas expansiones; mientras que ahora, habiendo pasado al lado de ella todo el día, tuvo más oportunidad de conocerla hasta en sus menores detalles. Bella hasta la exageración; virtuosa sin mogigatería; candorosa sin vulgaridad; de conversación amena, agradable y algunas veces chispeante; de palabra fácil y atractiva; ligera en sus movimientos y hasta un poco coqueta, con esa coquetería encantadora que, contenida dentro de ciertos límites, sienta tan bien á la mujer bien educada.—Doña Micaela los contemplaba con embelezamiento, y más de una vez se

dijo en su interior: "¡qué diera yo porque los dos fueran mis hijos!"

Dieron las cuatro de la tarde, hora en que doña Micaela hacía su acostumbrada visita á Nuestro Amo: esta vez tenía que tardar más que la anterior, porque el jubileo Circular estaba en San Sebastián. Tomó su pañolón y salió, sin acordarse siquiera de recomendar á Marcela que vigilara á los jóvenes. ¿Para qué? Estaba tan segura de Leopoldo, que no una, sus dos manos habría dejado quemar para garantizar su hidalguía.

María tembló, temerosa de que durante la ausencia de su madre, Leopoldo volviera á hablarle de su amor. Pero muy pronto se tranquilizó: Leopoldo se portó como un héroe: supo dominarse: no desmintió ni un momento la idea que de su caballerosidad tenían ya las dos mujeres tan bien cimentada: María le había prohibido que le hablara de amor, y obedeció. Semejante conducta encantó á María, porque comprendía perfectamente cuánto se violentaba el joven, para obedecerla, y además había observado más de una vez en la frente de Leopoldo, nubes sombrías de infinita tristeza.

—¡Pobrecito!, se dijo á sí misma. ¡Cuánto me ama, y cuánto sufre por no podérmelo decir! Pero no lo amo menos yo: voy á recompensarlo dentro de un rato; voy á darle una prueba de

mi amor: será la única, y jamás en mi vida volveré á faltar á mi juramento. Si ahora me comprende, me alegraré; si no, yo habré puesto cuanto estaba de mi parte para darle algún consuelo.

Un rato después volvió doña Micaela, y la tarde continuó deslizándose tranquila y dulcemente.

Las mujeres tienen doscientos mil secretos, sólo por ellas conocidos para sin dar á conocer que lo desean, hacer que se haga lo que ellas quieren. María procuró pues, por medios sumamente discretos obligar á Leopoldo á que volviera á suplicarla que cantase. Y lo consiguió, porque cuando ya se acercaba la hora de retirarse el joven se dirigió á María con timidez y la dijo:

—Por fin, Mariita; ¿consiente usted en que yo me vaya sin el gusto de oirla cantar?

María fingió cierta repugnancia y como violentándose repuso:

—Pero si no es cierto que yo cante tan bien como dicen; yo no sé de donde han sacado semejante disparate. Pero no quiero que usted me juzgue embustera, porque comprendo lo ridículo que es hacerse *de* rogar cuando se tiene alguna pequeña habilidad. Voy á complacerlo; pero le advierto que va Ud. á tener un desengaño.

Y se acercó al piano, y después de preludiar con mano maestra, comenzó á cantar, al principio con timidez y luego con entonación vigorosa, con voz dulce y conmovedora y sobre todo con infinita pasión, la tierna y sentidísima composición poética del doctor don José Farfán, que aunque es generalmente conocida, vamos á insertar aquí íntegra, por haberse publicado recientemente en un libro que ha circulado mucho con errores muy notables que le quitan todo su mérito, habiendo pasajes que carecen hasta de sentido común. Dice así:

¡Oh cuán triste es vivir, vivir penando
Y sentir siempre ardiendo el corazón;
Dentro del pecho amante, estar luchando
Contra el deber la indómita pasión!

¡Ah! Yo te ví, *mi bien*, [1] vi tu hermosura,
Vi tus hechizos mil, y me perdí;
Y ciego desde entonces, sin ventura,
Todo es pesar, tristeza para mí.

Si; todo es triste para el alma mía:
Triste veo del alba el arrebol;
Triste veo pasar el claro día
Y triste veo, al fin, ponerse el sol.

Sigue la noche que adormece al mundo;
Todos descansan, todos, menos yo,

(1) La composicion original dice "mujer"; pero María, para expresar mejor su pensamiento, que iba todo dirigido a Leopoldo, sustituyo la palabra "mujer" por "mi bien", para que por ningun concepto dejara de comprenderla.

Porque mi pena, mi dolor profundo
No me dan tregua un solo instante, no.

Por mi semblante, pálido y marchito
Corre mi amargo llanto sin cesar;
Ora lánguido estoy, ora me agito,
Ora siento mis días acabar.

Mas ¿por qué me lamento de mi suerte,
Si la beldad que adoro me juró
Ser mía siempre, amarme hasta la muerte?
¡Oh, loco amor, yo no te entiendo, no!

Cuando María acabó de cantar, todos lloraban, tan sublime, tan conmovedora había estado. Cantó con toda su alma; y como se había identificado con el poeta y aquellas sentidas frases iban todas dirigidas á Leopoldo, brotaron de sus lábios torrentes de ternura, y de sus ojos rios de lágrimas.

Pasada la emoción, Leopoldo la felicitó calurosamente, y como era ya muy tarde, tuvo que hacer el sacrificio de marcharse: al despedirse de ella apretó su mano con pasión y para darle á entender que la había comprendido y que le agradecía en lo íntimo de su alma lo que en su canto había querido significarle, la dijo en voz baja, sólo por ella oida:

—Adiós, amor mío.

Pero ella, que había tenido tiempo de repo-

nerse y que casi se arrepentía de lo que había hecho, le contestó con marcada entonación:

—Adiós, hermano mío, hasta mañana.

¿Habrían acabado ya de padecer aquellos séres tan dignos de ser dichosos? ¿El destino se habría cansado ya de perseguirlos? ¿Comenzarían ya para ellos los días de bonanza? Todo lo hacía creer así, y doña Micaela, bendiciendo de todo corazón á Dios, así lo creía; pero María y Leopoldo, en medio de los puros goces de aquel día, habían sentido en el corazón horribles punzadas, la fatídica sombra de Josefina había turbado á ratos su dicha, y María había recordado más de una vez el terrible brazo de su sueño.

VIII.

LA OBRA DEL MAL

Llegó el último del mes, día en que doña Micaela mandaba percibir de don Timoteo Ortiz los veinticinco pesos con que tenía asegurada su existencia. Nunca con más gusto que entonces firmó la pobre señora el recibo, porque se decía, y con razón: "Si con doce pesos y medio, bien que ayudada con el producto de mis costuras y cigarros, he podido vivir como ahora, ¿cómo no he de poder vivir en lo sucesivo con el doble, es decir, con los veinticinco pesos, y con el producto del trabajo de mi hija unido al mio? ¡Oh! Vamos á ser verdaderamente ricas, vamos á vivir en la opulencia!"—Y resplandeciente de alegría entregó el recibo á Marcela para que lo fuera á cobrar.

Don Timoteo al recibir el documento se asombró.

—Pero esta doña Micaela, dijo, es probable que haya perdido el juicio. ¿Qué veinticinco pesos voy á mandarle si hace ya un mes que por orden de ella misma he entregado su dinero? Dígale usted, agregó dirigiéndose á Marcela, que si no se acuerda que el día 3 de este mes ha

mandado por su dinero, el cual no tuve inconveniente en entregar, en vista de los documentos que se me presentaron, los que guardo en mi poder para mi seguridad? Dígale usted también que me llama mucho la atención el olvido que aparenta, porque no se trata de cuatro ni cinco pesos, sino de una cantidad muy respetable; y que si está creyendo que porque no me ha entregado el recibo que le di y el cual ahora comprendo por qué ha tratado de hacer perdedizo, puede molestarme, que está muy equivocada: que la escritura pública que yo tengo está en toda regla, y que no se exponga porque le puede ir muy mal.

Marcela trasmitió al pie de la letra á doña Micaela el recado de don Timoteo y la pobre señora, al oirlo, quedó muda de estupor: se lo hizo repetir varias veces, porque no lo comprendía, y no dando crédito á lo qne oía, creyendo que Marcela habría sufrido alguna equivocación, se trasladó ella misma á casa de don Timoteo para averiguar lo que pasaba, porque no era posible lo que estaba oyendo de labios de su sirvienta: se creía presa de un sueño, y se pellizcaba y se mordía los labios para despertar. Se hizo acompañar de María, quien desde el principio vió claro en el asunto; pero no quiso decir nada á su madre de lo que sospechaba: abrigaba una vaga esperanza de que no fuera cierto;

pero al llegar á casa de don Timoteo, conocieron ambas la terrible verdad.

Este señor, quien es preciso decir de una vez que había procedido en esto de muy buena fe, les manifestó, al principio colérico, pero calmándose cuando observó que aquella pobre señora había sido víctima de un horrible complot, que el día 3 de noviembre se había presentado en su casa don Basilio Salvatierra, sujeto á quien veía por primera vez y que parecía español, decentemente vestido y sin revelar en su persona nada que lo hiciera aparecer sospechoso, y le había exhibido el testimonio de una escritura pública otorgada por doña Micaela ante el Escribano Nacional don Juan de Jesús Arana, en la cual se reconocía deudora del expresado Salvatierra por la cantidad de diez mil pesos y réditos, procedente de mercaderías que en otro tiempo le había vendido para la tienda de comercio que tuvo en Quezaltenango: que no habiendo podido pagar y queriendo verificarlo para no gravarse más en los intereses, que al 6% anual en 7 años que hacía que la deuda se había contraído, ascendían ya á la respetable suma de cuatro mil doscientos pesos, había dispuesto desde luego dar por cuenta del crédito al señor Salvatierra los cinco mil pesos en efectivo que tenía depositados en poder de don Timoteo y se comprometía á pagar los cinco mil restantes,

porque el señor Salvatierra tenía la generosidad de perdonarle los intereses, el día 3 de diciembre siguiente, es decir, un mes después de la fecha de la escritura, hipotecando en garantía la casa de su propiedad sita en la plazuela de las Beatas de Belén. Además de ese testimonio, agregó don Timoteo que el español ó lo que fuera, le había presentado una carta escrita de puño y letra de doña Micaela, en la que le suplicaba entregara sin demora al señor Salvatierra los cinco mil pesos, porque le era muy vergonzoso haber retardado por tanto tiempo el pago de aquella deuda, y que aunque no le devolvía en el acto el recibo que él, don Timoteo, había firmado en favor de doña Micaela al hacerse cargo del depósito, era porque se le había extraviado entre sus papeles; pero que le ofrecía devolvérselo en cuanto lo encontrara.

—Ya ve usted, concluyó diciendo don Timoteo, que yo no podía demorar ni un momento el entero de esa cantidad, y por cierto que sufrí verdadero perjuicio, porque no habiendo recibido aviso con alguna anticipación, como es de estilo, tuve de momento que echar mano de fondos de otro cliente que tenía destinados para hacer una buena negociación; pero aunque los dos documentos dichos, es decir, el testimonio y la carta, eran para mí más que suficientes para hacer la entrega del dinero sin ninguna respon-

sabilidad, no lo verifiqué sin asegurarme todavía más: exigí que se hiciera ante el mismo Escribano y testigos que autorizaron la escritura, y así se hizo. Aquí tiene usted, señora, los documentos á que me he referido.—Y levantándose, extrajo de un cajón de su escritorio los papeles que presentó á doña Micaela.

—Pero, señor, dijo la infeliz madre casi moribunda, si yo no conozco á ese don Basilio, ni á ese don Juan de Jesús, ni lo he visto nunca, ni le he debido jamás á nadie nada.

—¿De modo que usted no ha firmado la escritura á que se refiere este testimonio?

—No, señor.

—¿Ni es de usted esta carta?

—La carta,-dijo doña Micaela, examinándola, más blanca que una estatua de cera,-la carta, yo no me atrevería á negar que es de mi letra, pero juro ante Dios que no la he escrito yo.

—Examínela usted bien, señora.

—Es inútil; la he examinado y es mi letra, pero yo no la he escrito.

—Mamá,- dijo María, que hasta entonces había permanecido en silencio,- creo haberlo comprendido todo: vámonos, nada tenemos ya que hacer aquí, y estamos molestando al señor.

—Señorita,- dijo don Timoteo, -¿esas palabras envuelven una censura contra mí?

—Contra usted, no, señor: usted también ha

sido villanamente engañado, pero nosotras somos las verdaderas víctimas; hemos sido estafadas por una miserable que ha falsificado la letra y firma de mi madre.

Salieron, y ya en la calle María explicó su pensamiento y dijo á doña Micaela:

—Desengáñate, madre, estamos perdidas y es inútil empeñarnos en buscar remedio á lo que no lo tiene: esta es una trama tan bien urdida, que me parece imposible salvarnos: todo es obra de Josefina, quien ha falsificado ó hecho falsificar tu letra: no para otra cosa quería la carta que te arrancó cuando estuviste á verme en el colegio y no pudiste hacerlo porque yo estaba encerrada.

—¿Pero esa criatura es un engendro del demonio! dijo doña Micaela próxima á desfallecer.

—¡Es el demonio mismo, repuso María, que ha desencadenado contra nosotras todas las fuerzas del infierno para aniquilarnos!

—¡Pero Dios mío, Dios mío, esto es atroz! ¿Qué daño le hemos hecho para que nos castigue de ese modo? No, no puede ser: yo creo que estoy soñando, creo que me vuelvo loca. ¡Y esa es mi ahijada, la niña que se crió en mi casa, á quien di mi cariño, á quien hice partícipe de tus contemplaciones, de la sangre de mis venas con que te alimentaba á tí! ¡Señor, Señor! Ten lástima, ten misericordia de nosotras!

Y la pobre señora se retorcía en la más amarga desesperación y se sentía morir.

María más serena, aunque no menos afligida procuraba calmarla, y á fuerza de súplicas y de cristianas observaciones logró después de mucho rato, conseguir que recobrara un poco de tranquilidad.

Era necesario, sin embargo, hacer algo: no era posible cruzarse indolentemente de brazos y dejar que le arrebataran sin defenderse, sus escasos medios de fortuna, el triste y amargo pan con que alimentaban su miserable existencia: era preciso mover el cielo y la tierra para impedir que se llevara á cabo tan negra ingratitud. Y doña Micaela, con una actividad impropia de sus años y de su quebrantada salud, pero justificada por lo extraordinario de las circunstancias; con una energía propia sólo de una madre cariñosa que defiende el porvenir y el pan de su hija, se lanzó á la calle, y no tuvo un momento de descanso durante tres días; pero todos sus pasos eran infructuosos: consultó á los abogados de más fama, y ninguno la daba una esperanza siquiera, de salir bien: en su desesperación se atrevió á ir hasta al Regente de la Corte, quien la oyó con benevolencia é interés, pero no obtuvo mejor éxito. El Regente era una persona bondadosa, un juez recto é incorruptible, como lo eran todos los de aquella época, y un abogado

notable; y aunque su posición oficial no le permitía ocuparse en asuntos de esa especie, leyó tanta desesperación en el rostro de la infeliz señora, que se prestó gustoso á buscar extrajudicialmente se entiende, la manera de ver si se podía desenredar aquella infernal madeja. Llamó al Escribano Arana, examinó su protocolo y encontró en él la fatal escritura firmada de puño y letra de doña Micaela: hizo examinar aquella firma por los pendolistas de más fama, y todos ellos, comparándola con otras anténticas de la señora, encontraron perfecta identidad; ni una línea, ni el más lijero perfíl se encontraba diferente, siendo en consecuencia de todo punto imposible probar la falsificación: la misma señora decía que no podía negar que la firma era exactamente igual á la suya, pero que ella juraba que no la había puesto. El Regente hizo más todavía: careó al escribano y sus testigos con doña Micaela. Ella sostuvo con toda la energía de la honradez que nunca había visto á aquellos hombres; pero ellos firmes, sin inmutarse en lo más leve y con un cinismo sin ejemplo, sostuvieron lo contrario, es decir, que la señora que tenían delante, había firmado el día 3 de noviembre á las 12 del día la escritura en cuestión; y el escribano para dar un golpe teatral á aquella escena, agregó con el acento de la dignidad ofendida:

—Si usted no fuera mujer, señora, y no estuviéramos en la respetable presencia del señor Regente, yo sabría castigar la osadía con que se pone en tela de juicio mi honorabilidad. Yo no he traicionado jamás la fe pública que en mi descansa, y esta es la primera ocasión que se me infiere una injuria tan atroz.

—Basta; puede usted retirarse, señor Arana, y ustedes también, señores, -dijo el Regente á aquellos tres infames, y luego que estuvo solo con doña Micaela, agregó:- no hay remedio, señora, está usted completamente perdida. Este sujeto que acaba de salir es el hombre más miserable que existe en Guatemala; le llaman el Escribano Araña, y en verdad que nunca había tejido una tela tan bien como ahora. ¿Dónde estaba usted, podría recordarlo, el 3 de noviembre á las doce del día?

—Indudablemente en mi casa, porque nunca salgo de ella.

— ¿Y eso podría probarlo con testigos?

—Si, señor, con mi criada Marcela.

—No basta, señora, no basta; no se destruye fácilmente la fuerza de una escritura pública. Usted tiene sin duda un enemigo muy ruin y miserable, porque se conoce que han trabajado con mucha sagacidad y mucha infamia, sin dejar ni el más pequeño resquicio por donde pueda usted librarse de sus garras. Una esperanza me queda

sin embargo; pero es tan remota, que casi no me atrevo á comunicársela á usted. En la escritura se dice que usted queda obligada á pagar el 3 de diciembre, es decir, hoy, los otros cinco mil pesos, completo de la deuda: no dude usted pues, que muy pronto, tal vez mañana mismo, la ejecutarán judicialmente; y entonces sabremos quien es ese don Basilio, y tal vez podremos encontrar algún hilo de la madeja que nos ayude á desenredar la enmaraña. Pero le repito que no abrigue usted mucha esperanza; sería peor el desengaño.

El Regente, con la rudeza que da la convicción y la rectitud del hombre honrado, hacía pedazos el corazón de doña Micaela.

— ¿Es decir que estoy perdida sin remedio, que no hay consuelo ninguno para mi?

—Yo así lo creo, señora, pero puedo equivocarme: consulte usted á otras personas, ponga usted su negocio en manos de un buen abogado y tal vez él encuentre medios de salvar á usted.

—No; ¿para qué? Yo había ocurrido á usted como á mi última tabla de salvación; usted me dice que no hay remedio, y así lo creo yo también. Adiós, señor: perdone usted mi atrevimiento de haberlo molestado, y reciba las gracias más rendidas que le doy por el interés con que procuró ayudarme.

Y se retiró, dejando al digno funcionario verdaderamente consternado.

Así como había sido la energía de doña Micaela en los tres días anteriores, así fué su desaliento al salir de casa del Regente. Cuando llegó á la suya nada dijo; pero María leyó en sus ojos que se había perdido la última esperanza.

Como lo habia previsto el Regente, pocos días después, se presentaron los ministros de justicia en casa de doña Micaela á requerirla de pago; y no habiéndolo verificado, trabaron embargo en la casa de su propiedad. Pero la última esperanza del Regente salió fallida: don Basilio Salvatierra, el supuesto acreedor, había tenido que ausentarse de la República por causa de sus negocios, dejando poder *amplio, cumplido y bastante* á don Rosalío Sagastume, otro de los pasantes de don Juan de Jesús, para que percibiera de doña Micaela la cantidad que le debía, y en caso necesario la ejecutase.

Y el horrendo crimen se consumó: como la pobre señora no se defendió, el juicio ejecutivo corrió todos sus trámites con inusitada rapidez.

La víspera del remate, por la noche, Josefina que estaba más hermosa que nunca, que reinaba en su casa como soberana absoluta, porque su padre la adoraba, entró en el despacho de éste llevando en la mano el último número de la Gaceta; y sentándose en sus rodillas, le dió un beso

en la frente, y con una de sus más seductoras sonrisas, le dijo:

—Papá; hace mucho tiempo que acaricio la idea de que tengamos una casita propia donde vivir tranquilos y felices, libres de las molestias que ocasionan los dueños de casas con sus impertinencias casi diarias: esta casa tan fea, tan vieja, y tan llena de incomodidades, te cuesta un dineral todos los meses; con lo que has pagado de alquileres, ya podías haber comprado una en mejor punto, más bonita y con la ventaja de poder hacer en ella todo lo que se quiera, acomodándola á nuestras circunstancias especiales. ¿Por qué no compras una casa para que nos quitemos de molestias?

—No creas que he dejado de pensar muchas veces en eso, hija mía, —contestó el General,— pero no siempre se puede realizar lo que uno desea. La primera y principal dificultad consiste en que no hay casas que comprar: los propietarios no venden las suyas, y si es que alguna vez lo intentan, quieren precios tan exorbitantes, que no dan ganas de pensar en comprarlas.

—Pues ahora se presenta; —repuso Josefina,— una oportunidad magnífica que no hay que desperdiciar. Leyendo el otro dia la Gaceta, encontré este aviso, y como mi sueño dorado ha sido siempre llamarme propietaria, sin decirte nada encargué á varios de nuestros amigos que fueran

á ver la casa cuya venta se anuncia y me informaran de sus condiciones; y todos dicen que es inmejorable: aunque no es muy grande ni muy nueva, tampoco es tan pequeña ni tan vieja que no se pueda vivir en ella con decencia; con muy poco gasto se le pueden hacer algunas modificaciones y seremos dueños de una preciosidad. Pero sobre todo, fíjate en el precio: todos dicen que lo menos, menos vale diez mil pesos, y, mira el anuncio: va á rematarse por cinco mil, es decir, por la mitad. ¿No te parece que es una ganga? ¿No serías un verdadero criminal en perder esta ocasión?

. El General encantado con las zalamerías de su hija y más que todo con la idea de darle una nueva muestra de su ternura paternal comprando para ella la casa, dijo:

—Pero si la casa es, como dices, de tan buenas condiciones, no faltarán postores que la pujen y la hagan subir de precio.

—No lo creo; pero sobre todo tú tienes bastante influencia y buenas relaciones para impedirlo.

—Está bien, hija mia; ya sabes que no soy capaz de negarte nada; y como esta vez tu capricho es bastante razonable, quedarás complacida: mañana iré al remate y la casa será tuya.

—Ya sabía yo, —dijo adorablemente Josefina— que mi viejo querido me concedería este nuevo

favor. ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero!

El día siguiente muy temprano corrió la voz entre los curiales del Juzgado de que el General Carrera quería comprar la casa, y que se había valido para ello del General Velarde. Llegada la hora del remate, aquel rumor se extendió entre los concurrentes y en tal virtud no hubo postores, con excepción del General Velarde que ofreció la base: á las tres en punto de la tarde se le hizo el apercibimiento de ley, y el remate fincó en él. La infame Josefina, pues, ejerció su venganza con todos los refinamientos de la crueldad. No sólo quitó su casa á aquellas infelices, sino que impidió con sus arteros manejos que hubiera postores que hicieran subir el valor de la casa, es decir que quitó á sus inocentes víctimas hasta el último mendrugo de pan que les pudiera quedar para llevarse á la boca.

Doce días después, cuando aprobado el remate, el Juzgado otorgó la escritura de traspaso en rebeldía de doña Micaela, el General, ébrio de satisfacción, puso en las lindas manos de su hija el título que la acreditaba dueña de la casa. Josefina estuvo á punto de morir de alegría. Su venganza comenzaba á realizarse!

De los diez mil pesos que produjo aquella infamia, fueron distribuidos por iguales partes entre el escribano y sus cómplices cinco mil; y los otros cinco mil entre Josefina y Tomás. ¡No

de otro modo se repartieron los judíos al pie de la cruz los despojos del Justo que habían sacrificado!

En la tarde del mismo día en que Josefina recibió la escritura de manos de su padre, Marcela entregó á doña Micaela una carta que un mozo de cordel había dejado en ese momento. La desgraciada madre la abrió temblando y juntamente con María leyeron lo que sigue:

" Muy señora mía:

Sabrá usted que mi buen padre el General D. Faustino Velarde ha comprado para mí la casa que había sido de la propiedad de usted.

La cantidad, precio de la casa, ha sido entregada al Juzgado y la escritura de propiedad otorgada con todos los requisitos legales á mi favor, obra desde esta mañana en mi poder. En consecuencia, soy desde ahora dueña legítima de la expresada casa, lo que pongo en conocimiento de usted.

Como mi señor padre y yo hemos dispuesto proceder cuanto antes á hacer en ella las reparaciones que necesita para podernos trasladar, espero de usted se sirva desocuparla lo más pronto posible, en la inteligencia de que no podré conceder á usted un plazo mayor de quince días, pasados los cuales, sin perjuicio de pedir judicialmente la desocupación de la casa, tendrá usted

que pagar por vía de arrendamiento, cinco pesos diarios, ó sean ciento cincuenta mensuales.

Soy de usted, señora, con toda consideración,

Atenta servidora,

JOSEFINA VELARDE."

Al acabar de leer doña Mícaela, sintió un golpe mortal en el corazón, y estuvo á punto de perder el sentido; pero se repuso violentamente al grito de furor lanzado por María, quien en una explosión de ira que jamás había sentido, dijo:

—¡Madre! no son estos momentos de mostrar debilidad; tiempo nos queda para llorar nuestra desgracia. Ni un momento más debemos permanecer en esta casa! Se nos roba, se nos estafa y luego se nos echa como á dos miserables vagabundas! Salgamos pues, pero salgamos inmediatamente: no debemos aceptar, sin envilecernos, el favor de la hospitalidad con que se nos ultraja.

Y trémula, loca, sin saber lo que hacía, salió á la calle, volviendo poco después acompañada por algunos mozos de cordel.

En menos de un cuarto de hora estuvo arreglada la desocupación, tal fué la energía extraordinaria desplegada por la joven.

Así se consumó el despojo más inícuo que se puede imaginar.

Salieron á la calle, dejando la casa en que

tantos momentos de felicidad habían disfrutado, seguidás de los mozos que cargaban sus objetos.

¿A dónde iban?

Ni ellas mismas lo sabían.

En la esquina de la casa encontraron á Leopoldo, que iba á hacerles su visita cuotidiana, y al saber lo que ocurría, quedó abrumado por el peso del más cruel dolor.

Los momentos eran supremos, y urgía tomar una resolución: no habían de estar en la calle mucho tiempo, en aquella situación anómala, llamando la atención de los transeuntes. Leopoldo que ya había dejado el colegio, propuso que fueran á su casa, donde se entraría en cualquier arreglo con la patrona, y podrían permanecer algunos días, mientras con calma se disponía lo que mejor conviniera; pero María no lo consintió: aunque no lo dijo, no le parecía digno de su decoro vivir, ni un solo día, en la misma casa habitada por el hombre que la amaba. Por fin después de muchas vacilaciones, se resolvieron á hospedarse en un mesón; y dirigiéndose al de San Agustín, tomaron dos cuartos: en uno amontonaron todos sus trastos; y en el otro se arreglaron para pasar la noche, del modo que se pudiera, las cuatro mujeres.

La dignidad estaba salvada: María seguía triunfando moralmente. A las siete de la noche

de aquel amargo día, las llaves de la casa estaban en poder de Josefina.

Pocos días más tarde Marcela y sú hija se habían trasladado á una casita de su propiedad que estaba situada en uno de los callejones más desolados de Jocotenango. Marcela dijo que ya no quería servir más, tanto porque estaba cansada, como porque no encontraría en la vida otra señora como doña Micaela. Se despidió pues, llorando de sus amas, y se fué á su casita á vivir con el producto de sus tortillas, oficio á que pensaba dedicarse.

Doña Micaela y María, después de haber vendido cuanto tenían y reservádose lo absolutamente necesario para pasar la vida en la nueva situación en que las colocaba su adversa suerte, se instalaron en un caserón destartalado y sucio, de paredes grietosas y desplomadas que por dos pesos mensuales tuvieron la dicha de encontrar en el barrio más apartado de la ciudad: en la Candelaria.

Josefina en cambio, después de hacer algunas reformas muy ligeras en la casa que se había robado, vivía espléndidamente, insultando á la sociedad con un lujo deslumbrador, tanto más escandaloso, cuanto que en aquella época, todas las familias de Guatemala, aun las más ricas, vivían con verdadera modestia.

IX.

VIA CRUCIS

Nada hay en la vida más terriblemente conmovedor que la pobreza vergonzante: no hay en el mundo seres más desventurados que los pobres de levita.

Los que sin poder trabajar porque carecen de los elementos necesarios; y sin poder pedir limosna porque conservan su dignidad y su vergüenza, encubren su pobreza y devoran sus amarguras en silencio; los que se presentan ante sus conocidos con la sonrisa en los labios, y llevan en el alma sin quejarse la terrible amargura que producen las injustias de la suerte; los que sin haberlo merecido, porque su conducta ha sido siempre honrada, no tienen tal vez un pan que llevar á la boca y no pueden ganarlo ni pedirlo, esos son los verdaderos pobres, esos son los acreedores á la compasión y á todas las consideraciones de la sociedad.

Oh! si los ricos, si nuestros modernos Cresos pudieran descender un día, un solo día al estado de miseria angustiosa en que se encuentran en

el mundo más de las cuatro quintas partes de la humanidad, ¡cómo cambiarían de conducta! En lugar del despilfarro y del boato ultrajante con que insultan diariamente á la miseria honrada, se reglamentaría como debe ser el ejercicio de la caridad!

Pero no escribimos una novela á lo Ayguals de Izco; no somos socialistas ni reformadores, ni, aunque lo fuéramos, adelantaríamos gran cosa en nuestra propaganda: el mundo siempre es mundo y siempre irá de mal en peor. El vicio triunfante; la virtud perseguida. Adelante! La humanidad no se detiene. El mundo marcha....á su descomposición; lleguemos al abismo, y después...Dios dirá. Simples narradores de los infortunios de una mártir, terminemos nuestra tarea, si el lector quiere acompañarnos hasta el fin.

La vida de nuestras dos amigas había cambiado por completo: Es verdad que pasados los primeros momentos de dolor habían encontrado el alivio que da la resignación, esa bendita compañera de las almas cristianas y virtuosas; pero no por eso dejaban de padecer, encontrándose víctimas de la más amarga é inmerecida infelicidad. Suspiraban por su casita, extrañando las dulces comodidades de que habían disfrutado en ella, y recordando con tristeza los ratos de inocente alegría de que gozaron: lloraban á veces, sin poder evitarlo, comparando la situación angustiosísima

en que se encontraban, con la que habían tenido, pobre también, pero de encantadora placidez, en aquel nido de amor, que no de otro modo podían llamar al querido albergue donde nació doña Micaela y donde María trabó conocimiento con el dulce objeto de su oculta adoración.

La que tenía ratos de mayor desaliento era la pobre María, quien veía acercarse la miseria con pasos de gigante. Ella resistía ahora todo el peso de la casa: su mamá, cada dia más vieja y maltratada por tantos y tan crueles sufrimientos, desfallecida por completo y sin fuerzas para resistir más; y afectada seriamente del corazón por una lesión orgánica, ya casi no podía trabajar. María era, pues, el único sostén de la casa; pero ¿qué podía hacer la pobre niña en tan miserable situación? debía rodear á su adorada madre de todas las comodidades que exigía su terrible enfermedad; tenía que comprar las medicinas de que no se podía prescindir, y tenía también que proveer á la subsistencia de las dos. ¿Y cómo era posible todo eso, Dios santo, si su trabajo no daba ni para los gastos más precisos, si los cigarros no se vendían, si las costuras apenas las pagaban?

Animo y decisión no le faltaban; su actividad era incansable y tenía tiempo para todo. Habia rodeado á doña Micaela de todas las contemplaciones que podía proporcionarle en medio de su pobreza; ejecutaba todos los oficios domésticos,

manteniendo la casa en un estado de perfecta limpieza, confeccionando sus modestos alimentos, lavando y planchando y remendando la ropa; y el tiempo que le sobraba, que era la mayor parte del dia, lo empleaba en trabajar para ganarse la vida y la de su madre. Pero ¡esto era lo aterrador! Su trabajo no le producía lo bastante.

Ya no tenían que vender: todo su mueblaje consistía en dos catres de tijera, una mesita de pino y cuatro sillas: un enorme cofre donde se guardaba la ropa de ambas, y el pianito. Este no lo hubiera vendido María por ningún tesoro del mundo: representaba para ella las privaciones á que se había sujetado su madre para comprárselo, y tenía á sus ojos un inestimable valor. —" Todo, había dicho, todo se venderá, menos mi piano; primero me arrancarán el corazón."—Y el pianito se conservó, formando un notable contraste con todo lo demás que las rodeaba.

Algunas veces, cuando estaba contenta, cuando había logrado ganar un real y asegurar con él el pan del día siguiente, tocaba y cantaba algo que gustara á su madre, algo que la distrajera, un momento siquiera de sus tristes pensamientos.

Leopoldo ya no las visitaba con la frecuencia de otros tiempos: durante el dia no se lo permitían sus clases, y por la noche no se lo consentía doña Micaela.

—Este barrio es muy apartado y muy silen-

cio,—le había dicho,— y yo no quiero que usted se exponga á los peligros: yo no me perdonaría nunca que por causa nuestra le sucediera alguna desgracia.

Sólo iba, pues á verlas, los jueves por la tarde y los domingos durante casi todo el dia.

Y así pasaba el tiempo lánguido y monótono para aquellas desventuradas mujeres, mientras la autora de sus infortunios gozaba en medio de las alegrías del mundo.

Un dia tuvo María un verdadero placer: había encargado á Leopoldo que le buscara con empeño una ocupación cualquiera en la ciudad. Ella no podía hacerlo porque un minuto que abandonara su trabajo causaría un positivo trastorno en su modo de ser; tal vez sería la pérdida del pan de su mamá; pero él, con sus amigos, con sus conocidos, dando encargos, podría ser que encontrara donde pudiera ella trabajar con más provecho que en su casa. En cuanto á la clase de trabajo, estaba dispuesta á todo: cajera de una tienda, costurera, cocinera, lavandera, *de adentro*, todo, todo, estaba dispuesta á ser, con tal de ganar de cualquier manera, siempre que fuera con honra, la subsistencia de su adorada madre. Leopoldo cumplió, y durante muchos dias sus pasos fueron infructuosos; pero por fin una tarde, por medio de su patrona, logró conseguir en el taller de una modista francesa que acababa

de establecerse, una plaza para su adorada. La modista puso algunas dificultades al principio; pero mediante las protestas que se le hicieron del buen comportamiento de la joven y de sus conocimientos en el arte, se resolvió á admitirla, concertando que desde el dia siguiente, si quería, podía comenzar á llegar desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, teniendo libre la hora de las once á las doce para almorzar, ganando cuatro reales diarios que le serían pagados los sábados antes de dejar el taller, y comiendo por su cuenta.

Leopoldo en cuanto tuvo esta buena noticia, corrió á camunicársela á María, pero como manifestase cierta timidez al hacerlo, porque le parecía escaso el jornal de cuatro reales, la joven dando un salto sobre su silla, le interrumpió diciendo:

—¡Caramba! ¡Cuatro reales diarios! Esa es una viña, amigo mio; esa es una riqueza inesperada! Figúrese usted si noserá para mi una riqueza, si el dia que gano un real ó real y medio, me considero dichosa. ¡Oh! ¡Bendito sea Dios y bendito sea usted por el favor que me hacen!

—Pues entonces, –dijo Leopoldo, presentándole una tarjeta que para el efecto le había dado Madame Sans-Soucí, que era el nombre de la modista,– aquí tiene usted el medio para presen-

tarse á esa señora: el dia que guste puede comenzar á ir; desde mañana, si así le parece.

Pues desde mañana, porque no puedo perder tiempo. Dios se lo pague á usted, amigo mio.

Doña Micaela no pudo poner ninguna resistencia á la determinación de María. ¿Qué se había de hacer? Su pobre hija se estaba matando en el trabajo sin ningún provecho: era necesario pues hacer el sacrificio de separarse durante el dia. Se juntarían por las noches y ya esas noches serían tranquilas, ya podrían dormir con la confianza de que estaba asegurado el pan del dia siguiente.

¡Oh y cómo cambió la situación de las dos mujeres desde entonces! Con los cuatro reales diarios que ganaba María hacía verdaderos prodigios: apenas tomaba de ellos lo estrictamente necesario para comer en el taller, cualquier cosa, un pedazo de pan y un poco de queso; y lo demás lo dedicaba á su madre. Nunca madre alguna estuvo más contemplada ni mejor servida por su hija que doña Micaela.

Y no vaya á creerse que porque María estaba todo el dia en el taller, hubiera abandonado el servicio de su casa; nada menos que eso, porque aquella niña admirable, en todo pensaba y para todo le sobraba el tiempo. Se levantaba antes del alba; barria, ponia en orden lo que en la noche anterior habia quedado fuera de su sitio

y preparaba el modesto desayuno: café para ella y chocolate para doña Micaela; y mientras esta se levantaba, que era ordinariamente á las siete, se ponia á hacer cigarros ó á coser, sin perjuicio de estar preparando el sencillo almuerzo de su mamá, á fin de que ella no tuviera después más trabajo que el de calentarlo: á las siete en punto se desayunaba, y luego se iba, alegre como la primavera á su taller, donde permanecia hasta las cinco de la tarde: á las seis estaba de vuelta en su casa; y después de comer lo que encontraba se ponia á lavar, planchar ó remendar su ropa, oficios en que se ocupaba por lo regular hasta las ocho, hora en que leia algún trozo del año cristiano á su mamá, ó le cantaba acompañandose en el piano alguna de sus *tonadas* favoritas, y á las nueve en punto se acostaba, quedándose en el acto profundamente dormida para no despertar sino hasta las cuatro de la mañana siguiente.

Y la calma había vuelto á reinar en aquel hogar tan violentamente sacudido por las injusticias de la suerte; y las dos mujeres se consideraban otra vez, si no felices, por lo menos á cubierto de la miseria. No se acordaban de sus penas anteriores, sino para bendecir á Dios porque habían terminado; y cuando el recuerdo de su antígua desahogada posición venía á turbar su tranquilidad actual, buscaban el consuelo en sus sentimientos religiosos.

—Dios lo da y Dios lo quita, –decía doña Micaela; –que se haga su voluntad.

—Que nos dure lo que hoy tenemos, –respondía María,– y estoy contenta: yo no deseo sino que no me falte nunca el trabajo. Por lo demás, ni aspiro á nada ni ambiciono nada. Salud, paz y un pedazo de pan con la conciencia tranquila es para mi lo suficiente para llamarme feliz.

Y se creía feliz en realidad. ¿Qué mayor felicidad para ella que la de devolver á su madre, aun cuando fuera en pequeñísima parte, los cuidados que recibiera de ella en su niñez?

Y siempre digna, siempre honrada; sin desmerecer en nada la estimación de sí misma, sin tener en su conciencia nada que le causara el menor remordimiento, se sentía superior, en su pobreza, á tantas Mesalinas, á tantas criminales que ocultan el lodo de su corazón con el esplendor de la opulencia.

Más de una vez había recibido proposiciones infames de parte de los muchos que la perseguían atraidos por sus infinitos atractivos. Como tenía que atravesar sola, dos veces al dia, casi toda la ciudad, siempre la seguian, molestándola con sus impúdicas chanzas y galanterías de mal género, multitud de pisaverdes sin educación y sin oficio, de esos que tanto abundan en todas las ciudades. A todos los veía con desprecio, á todos los rechazaba con digna severidad. Nunca quiso

recibir una carta, jamás consintió que se le acercase ningún desconocido. Siempre andaba de prisa y buscando las calles más concurridas para evitar peligros.

Una vez, al entrar en su casa se le acercó un *patojito* y le entregó una carta: quiso ella rechazarla, pero el muchacho salió corriendo, dejándola con la carta en la mano: iba ya á romperla, pero un sentimiento de curiosidad irresistible la impulsó á abrirla y leyó enrojecida por la ira y la vergüenza lo que sigue:

"Señorita María:

Está usted en la miseria porque quiere: otras que valen mucho menos que usted, ocupan en la sociedad posición muy envidiable, sólo porque no son mogigatas ni hurañas como usted, único defecto que usted tiene. ¡Qué lástima que tantos seductores atractivos y tantas gracias encantadoras que la adornan, los eche usted á perder con ese carácter tan esquivo con que ahuyenta á sus apasionados, que son muchos.

Si usted consiente en ser mia, cambiará por completo la situación de usted: será usted rica y la envidiarán todas las que hoy la desprecian. Considere que su señora madre necesita cuidados que usted no le puede proporcionar en la situación penosa en que se halla. Yo la quiero á usted con toda mi alma, y como amigo y apasio-

nado de sus gracias, le doy este consejo. Sea usted mi querida, y no tendrá por qué arrepentirse.

Si consiente, lo que no dudo, porque la juzgo bastante racional para no tratar de salir con tanta facilidad como se le ofrece de la miseria, la espero mañana á las seis de la tarde en el Cerrito del Carmen, cerca de los pozos, frente al potrero.

Su apasionado y rendido admirador,

T. O."

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de María y surcaron quemando sus mejillas al acabar de leer aquel asqueroso anónimo, y haciéndolo mil pedazos, trémula de furor, exclamó:

—¡Miserable! ¡Era lo último que me faltaba para completar mi desgracia! ¡No me bastaba ser pobre; era necesario también que recibiera este ultraje! ¡Oh Josefina, Josefina; sea quien fuere el autor de esta infame carta, tú eres la principal causa de todo! ¡Maldita seas un millón de veces!

Y presa de una convulsión terrible, se arrojó en la cama y prorrumpió en amargo llanto.

Pocos dias después, un domingo, recibió con gran sorpresa suya la visita de Emma, á quien no había visto desde su salida del colegio. Como recordarán nuestros lectores, Emma figuraba en el bando *josefinista*, y por consiguiente no ha-

bía sido grande amiga de María; pero así y todo ésta, que no era rencorosa, la recibió con verdadero placer.

—Este si que es un milagro, –dijo estrechándola en sus brazos,– digno de señalarlo con una raya en el agua. Qué grata sorpresa me das con tus vistas, y cuánto te la agradezco!

—¡Ay hija!–repuso Emma, abanicándose con su pañuelo;–aunque una quisiera visitarte con frecuencia, no lo podría hacer, si vives en el quinto infierno. Muchas veces hemos querido con varias amigas venir á verte, pero nos hemos abstenido de hacerlo, al sólo considerar la distancia que teníamos que recorrer.

—Verdaderamente vivo lejos, – dijo María resentida por aquellas palabras; – pero no está en mi mano remediarlo. Si yo pudiera, te aseguro que viviría en el centro de la ciudad, sólo por no privarme del gusto de ver á las personas de mi cariño.

—Pero no siempre se puede hacer lo que se quiere, – repuso Emma con entonación filosófica. En fin, paciencia y barajar, que el mundo marcha, como ha dicho no sé quien, creo que Castelar ó Víctor Hugo; y detrás de unos tiempos vienen otros. En fin, querida, no puedo perder mucho tiempo, porque tu casa está tan lejos, que sólo para regresar á la mia necesito dos horas: voy, pues, al grano; no me agradezcas la visita,

porque hoy no vengo por mi, sino por cuenta de de otro; otro dia vendré sólo por el gusto de verte; hoy vengo de embajadora. Me envía mi hermano Tomás, que está perdidamente enamorado de ti, á hacerte proposiciones que no dudo aceptarás, porque, hija, es preciso ver las cosas por el lado positivo y prescindir de sentimentalismos que, cuando no se tienen medios de fortuna, no pueden conducir más que al hambre. Tomás te quiere, te adora, es capaz de hacer por ti los imposibles: pone á tu disposición una fortuna entera, de la cual te manda una muestra que te suplica aceptes bondadosa, pidiéndote en cambio una cosa muy fácil de concederle: tu amor; que le permitas visitarte por las noches y que consientas en ser suya, como él será tuyo en cuerpo y alma hasta la muerte.

Y diciendo esto, con la sonrisa más zalamera que pudo encontrar en su repertorio de coqueterías cursis, porque era muy fea, alargó la mano presentando á María un abultado paquete, no sin haberle roto una punta del papel que lo envolvía, para que se viera que contenía onzas de oro.

María estaba lívida: en la larga serie de desgracias que la habían afligido durante toda su vida, jamás había experimentado dolores iguales á los que estaba sufriendo desde la tarde del anónimo. Los azotes injustos del colegio, los encierros casi diarios, los desprecios y tiranías

de Josefina, la misma miseria en que se encontraba, nada valían ya á sus ojos delante de sus nuevos padecimientos.

Dominándose cuanto pudo y con voz ronca por la cólera contestó:

—Ni tú ni nadie en el mundo tienen derecho para insultarme; ni tú ni nadie me han visto jamás vendiendo mi honra por las calles. Vete, Emma; hazme favor de salir inmediatamente de mi casa: respeta mi desgracia que es honrada; y hazte cargo de que en medio de la miseria en que me ves, valgo más, mil veces más que tú y todos los que piensan como tú. Llévate tu oro, y dile á tu hermano que lo disfrute con las rameras y los libertinos de su especie; que mi desprecio por él es tan grande, como grande ha sido su cobardía en insultarme. Vete; te he dicho que te vayas: estás en mi casa y no puedo hacerte daño; pero siento que la paciencia se me acaba y no sé si podré contenerme mucho tiempo. Si en otro lugar me hubieras hecho semejante ofensa, yo hubiera sabido arrancarte la lengua miserable con que me has injuriado.

—No te sulfures tanto, mujer, no te sulfures, dijo Emma levantándose, porque veía en el descompuesto semblante de María que era muy capaz de realizar sus amenazas.—Tiempo tendrás de pensarlo, porque estas cosas no se deciden en un momento. Vaya, adiós, y no quedes enojada

conmigo: cuando te entre la calma y reflexiones, verás que te has exaltado sin motivo. No se avienen en este mundo la miseria con el orgullo.

Y salió de la casa, sin que María pensase siquiera en acompañarla á la puerta.—Tomó la dirección del Cerro, donde Josefina, Hortensia y Teresa, acompañadas de Tomasito, la estaban esperando impacientes: momentos antes de que se acercara á ellas, había pasado por allí Leopoldo, que evidentemente se encaminaba á casa de María, y Josefina no pudo disimular su furor.

—Derrotada en toda la linea,— dijo Emma cuando estuvo cerca:—calabazas más estupendas que las que ha llevado mi hermanito, no creo que las haya recibido nadie en el mundo;—y refirió sin omitir ningún detalle su entrevista con María.

—¿Con que es decir,—rugió Josefina,—que la miserable mendiga todavía no se rinde? ¿Con que todavía está orgullosa? Pero yo triunfaré! Sigo contando con ustedes, amigas mias, y es preciso que en seguida pongamos en práctica el otro plan.

—Estamos á tus órdenes,—dijo Teresa;—te hemos ofrecido nuestro concurso incondicionalmente y si quieres, ahora mismo podemos realizarlo.

—Si, ahora mismo, porque ya veo que *la señorita* es indomable,—repuso Josefina, pensando

con rabia que en aquel momento estaban juntos Leopoldo y su aborrecida rival.

Y se dirigieron á casa de Madame Sans-Soucí.

A las seis de la tarde del dia anterior, cuando María ya no estaba en el taller, habían llegado acompañadas de sus respectivas criadas, llevando cada una preciosos géneros de raso para que se les hicieran varios trajes que necesitaban. La modista muy complaciente, viendo venir con aquellas graciosas señoritas una regular entrada de fondos en su caja, las recibió con toda la amabilidad del carácter francés, anotó sus nombres en su carnet y les suplicó que se tomasen la molestia de volver el lunes siguiente por la mañana, porque siendo ya tarde y habiéndose retirado las oficialas, no le era posible en aquel momento tomar las medidas del caso. Convinieron en ello y se retiraron dejando los géneros y á Madame Sans-Soucí muy satisfecha.

Pero el domingo, es decir, el dia siguiente, como fracasaran los proyectos de seducción intentados por Emma, obedeciendo al plan de Josefina, volvieron á presentarse las cuatro jóvenes en el taller de la modista, y fingiendo mucha contrariedad, exigieron la devolución de los géneros.

—¿Es que las señoguitas se han disgustado poj algo?—dijo la francesa, aterrada ante la idea de perder las ganancias con que ya contaba;—es

que piensan que yo no pueda sejviglas como megjesen?

—Al contrario, señora,—repuso Josefina,—ninguna persona podría satisfacer mejor que usted nuestros deseos; y habríamos tenido mucho gusto en hacernos vestir siempre por usted; pero nos es imposible desde el momento que hemos sabido cosas que usted me permitirá callar, porque no quiero en manera alguna molestar á usted.

—¿Pegjo qué cosas son esas que han sabido ustedes?—dijo la francesa montando en cólera.—Hágame usted el placer de exprimijse con claridad, pojque esas geticencías son ofensivas á mi honoj.

—Sucede, señora, —dijo hipócritamente Hortensia,— qne ayer al salir de aquí, platicando con algunas amigas les referimos que acabábamos de entregar á usted nuestros géneros para que nos hiciera los vestidos que necesitamos; y ellas nos manifestaron que otro tanto habrían hecho ellas y la mayor parte de la sociedad de Guatemala, si no fuera que usted tiene en su establecimiento una persona que... vamos, que no le hace mucho honor. Parece que usted tiene empleada á una joven, una señorita María, que no goza de muy buen concepto en el público; y como nosotras pertenecemos á familias honradas y no queremos desmerecer en el aprecio de la sociedad, hemos resuelto privarnos del gusto de

ser vestidas por usted, antes que tener ni el más pequeño contacto con una joven que por su *conducta libre*, no puede ser bien aceptada en ninguna parte donde haya personas que se estimen.

—¡Oh! –exclamó la modista llena de furor,– yo no sabía eso, yo no sabía eso! Yo jugo á ustedes, señoguitas, que yo soy inocente. Yo no podía pgesumij que estándome tan gecomendada como vino, fuega capaz decompjometej la honjga de mi establecimiento. Mañana mismo segá despedida, señoguitas, mañana mismo segá despedida, pego no me getiguen ustedes su confianza.

—Sentimos mucho perjudicar á esa joven,–dijo Josefina,–porque no era ese nuestro objeto; pero usted comprenderá, señora, que una señorita de nuestra clase, no podía hacer otra cosa. Consentimos, pues en que queden en manos de usted nuestros vestidos, siempre que ella no tenga ningún contacto con nosotras.

Y después de muchas disculpas de parte de las jóvenes y nuevos y enérgicos ofrecimientos de la francesa, se despidieron aquellas, saliendo muy complacidas del buen éxito de sus intrigas.

María, como de costumbre, se presentó el lunes temprano en el establecimiento y, ¿cuál no sería su asombro al oír á la modista que con su gangoso acento francés y áspero tono, le dijo:

—Ya no hay aquí tgabaco paga usted, señoguita Maggía.

—¿Por qué, señora?—preguntó asustada la pobre niña.

—Pojque yo ya no quiegjo dájselo á usted, pojque no me conviene tenejla más en mi casa.

—Perdone usted que insista en preguntarle la causa, señora; pero yo creo que al despedirme usted de su servicio, está en el deber de explicarme el motivo.

—¿Lo exique usted?

—Si es necerario, lo exijo.

—Pues la despido á usted pojque me está desacgeditando mi establecimiento, pojque me está usted alejando mi clientela, pojque es usted una ....una.... *fille publique*, me comgende usteg?

—¡Señora!—balbuceó María más blanca que la cera,—usted me asesina! usted no tiene ningún motivo para injuriarme así! Por ese insulto tan atroz yo debería llevarla á Ud. ante los tribunales.

—Y tendgía usted que llevaj también á lo más selecto de la sociedad guatemalana, tendgía que llevaj á la señoguita Hojtensía Figuegoa, á la señoguita Cosefina Velajde, á la señoguita....

—¡Basta!—interrumpió María, comprendiéndo lo que había pasado;—no prosiga usted. Ya sé de donde viene mi desgracia. ¡Señor, Señor!—añadió levantando los ojos al cielo y retorciendo sus brazos en un arranque de infinita desesperación. ¿Hasta cuándo te compadecerás de mi, hasta cuando veré brillar un rayo de tu justicia!

Y salió del establecimiento tambaleándose y sin saber á dónde dirigirse.

—¡También la honra! – se decía.– ¡No le basta mi dinero! ¡No está contenta con haberme reducido á la indigencia! ¡También me arrebata lo que la mujer tiene de más sagrado, la honra!– Y presa de mortal angustia, sintiendo que las fuerzas la abandonaban por completo, entró en la primera iglesia que encontró abierta, y dejándose caer sobre un reclinatorio, lloró amargamente.

El llanto la alivió, y pudo darse cuenta del estado en que quedaba. Otra vez se presentaba á sus ojos el espectro de la miseria: volverían de nuevo aquellas largas noches sin luz, aquellos tremendos dias sin pan!.... ¡Y su pobrecita madre que estaba ya tan resignada, que había ido recobrando poco á poco la salud, cómo recibiría la noticia? ¡No! Era preciso ocultársela á todo trance. Ella no sabría nada, porque sería matarla! Pero ¿qué iba á hacer la infeliz niña?....Pediría limosna, iria de puerta en puerta, mendigando un pedazo de pan para su madre desvalida!.... Pero ¿se lo darían? Ella, tan joven, tan fuerte y tan *bonita*, podía pedir limosna sin exponerse á que la creyeran una vagabunda sin vergüenza ó, lo que era peor, que andaba vendiendo su honra? Y al pensar así, se le representaban las onzas de oro que había visto brillar ante sus ojos el dia anterior; y hubo un momento, uno solo,

en que sintió que vacilaba; pero reponiéndose pronto, se sonrojó y dijo respondiendo á su propio pensamiento:

—¡Jamás! Primero morir, primero el martirio! Mi madre no me lo perdonaría nunca y moriría maldiciéndome! Yo misma me maldeciría! Si mi madre necesita mi vida para prolongar sus dias, le daré mi sangre gota á gota en pago de la leche de sus pechos con que ella me alimentó y me dió la vida; pero mi honra no es de ella, es de Dios!

Y saliendo de la iglesia, se dirigió á la casa de la buena Marcela, único refugio que por entonces encontró.

—Señora Marcela, —dijo al entrar:—me han despedido del taller, y me encuentro otra vez sin trabajo, y por consiguiente sin pan para mamá. Hágame favor por vida suya de interesarse cuanto pueda en las casas donde lleva tortillas, por conseguirme un acomodo. Ya le he dicho en otras ocasiones que no me avergüenza ningún trabajo: sea cual fuere lo acepto sin repugnancia con tal que sin perder mi honra me permita sostener á mi pobre madre; así es que no tenga embarazo en proponerme para cualquier servicio

Y desde ese momento, sin perjuicio de lo que pudiera conseguir Marcela, comenzó una angustiosa peregrinación por toda la ciudad. Salía temprano de su casa, haciendo creer á su madre

que iba al taller, y recorría todas las calles y todas las avenidas, presentándose de casa en casa en busca de acomodo; pero todas las puertas las encontró cerradas.

Josefina, Hortensia, Teresa, Susana, en una palabra, todas las josefinistas del colegio habían hecho contra la honra inmaculada de la pobre niña una propaganda terrible: en muchas partes se sabía ya la escena del taller de Madame Sans-Soucí; y de todas esas casas donde la conocían, era rechazada sin piedad.

En otras, á donde no habían podido llegar los efectos de la calumnia, no tenían ocupación que darle que estuviese de acuerdo con sus condiciones: la veían *de túnico*, y aunque no se atrevían á decírselo, no la consideraban aparente para el servicio doméstico.

Todos se admiraban de ver aquella niña tan joven, tan bonita, tan agraciada, tan bien vestida, ofreciendo sus servicios para poder vivir, y se burlaban de ella; otros la compadecían, otros le pedían recomendaciones y nadie la amparaba.

En una casa necesitaban una niñera: saberlo y correr allá todo fué uno para la desgraciada niña; pero tampoco halló consuelo. La señora le dijo:

—Usted por su edad y por sus condiciones de modestia y honradez que no puede menos de reconocerse en usted á primera vista, me conven-

dria para *china* de mi hija; pero tiene usted, al menos para mí en este caso, un gran defecto, y es el de ser muy bonita. En esta casa hay hombres, y ya ve usted, mis hijos, mi marido...

—Pero señora,—interrumpió Maria,—yo no sería capaz de faltar en nada á mis deberes. Aunque sea yo *bonita*, como usted dice; tambien ha dicho que se me conoce la honradez. En efecto, señora, soy honrada y sabría hacerme respetar.

—Pero tal vez no la respetarían,—dijo la señora,—y tendría usted una serie de disgustos y yo un sinnúmero de inquietudes. No es posible pues; lo siento mucho, pero no es posible.

Y mientras tanto la semana tocaba á su fin: era viernes, y el dia siguiente, sábado, le era preciso llevar tres pesos á su casa, so pena de que su madre supiese la terrible verdad y se muriera de angustia. Ese dia se debían pagar las cuentas de la semana, y si no se pagaban, ¡qué vergüenza y qué pena! Desde el dia siguiente carecerían de pan.

—¡Señora Marcela, qué hacemos, por Dios!—dijo á la buena mujer al entrar en su casa, á donde iba todas las tardes en busca de noticias, después de sus infructuosas diligencias.—¿No ha podido usted consegir nada?

—Nada, niña, nada,—contestó Marcela casi llorando:—y no *creya usté* que ha quedado por *deligencia*. Hasta en las casas *onde* no *entriego*

tortillas he ido, pero todo ha sido *denvalde*.

—¡Dios mío, qué hago yo!– repuso desesperada la infeliz.–¡Y mañana es sábado y no tengo que llevarle á mamá!

—Pues mire, niña,– continuó Marcela:– yo no quisiera decírselo por no darle un disgusto, pero la miro tan desesperada, que le voy á contar una cosa, siquiera para que veya que no son mentiras que he hecho todo lo posible por conseguirle acomodo. Onde la niña Josefina me dijeron desde el martes que sí la reciben desde el dia que usté quiera; pero además de que yo creyo que usté nunca iría con gusto á servir á esa casa, ponen una condición que de ninguna manera debe de *acectar*.

—¿Qué condición?– dijo María sobresaltada, creyendo que se trataba de un nuevo ataque á su honra.

—Que usté se quite los zapatos y se vista de mengala.

María sonrió nerviosamente y se puso más pálida de lo que estaba.

—Extraña condición, por cierto, – dijo: –¿y qué razón tiene la señorita Josefina para querer que yo ande descalza? ¿habló usted con ella misma?

—Si, con ella misma hablé, – dijo Marcela,–y veya, niña, tal vez no seya tan extraña como usté se *afigura* la condición que pone; tal vez tiene razón, al menos en cuanto al vestido, porque

en *rialidá*, una criada *de túnico*, y más una de adentro, que hace oficios tan humildes, que va á la plaza, que tiene que cargar canastos, no se ha visto nunca en Guatemala. Como le decía, hablé con la misma niña Josefina, y cuando supo que era usté la que se acomodaba me dijo: "Yo no tendría *inconviniente* en recibirla, si fuera descalza, porque á papá no le gustan las criadas con zapatos: dice que en vez de sirvientas son amas á quienes servir, que son muy remilgadas y muy *chucanas*, así es que es imposible." Y como yo le dije que usté no seria lo que dice su papá, porque teniendo usté tanta necesidá como tiene, sabría cumplir muy bien con todas sus obligaciones, me contestó: "Es imposible, Marcela, papá tiene sus ideyas y nadie se las quita de la cabeza: el otro dia vino una muchacha con muy buenas recomendaciones, mengala y de rebozo, pero tenía zapatos, y sólo por esa *circustancia* no quiso *almitirla*; figúrate tú, pues, si querrá *almitir* á una señorita de *saco y pañuelón?*" Desengáñese, niña, – continuó Marcela:– esa debe de ser la razón *prencipal* de que no la *haigan almitido* á usté en ninguna parte. Todos poco más ó menos tienen las mismas ideyas que el señor general.

—No es el General quien piensa así, Marcela, dijo María, – es Josefina; no creo que el General se ocupe en esas cosas. Pero dice usted que

desde el martes tuvo lugar esa conversación?

—Si.

—Hoy es viernes, del martes á hoy, ¿no habrán encontrado todavía de adentro?

—No, ni creo que encuentren en mucho tiempo, porque como la niña tiene tan mal carácter, ninguna quiere ir. Hoy me lo decía la señora Juana, la cocinera, quien ya está aburrida por estar sola, y todos los dias me da encargo de que busque con empeño quien vaya.

—¿Qué salario pagan?

—Cuatro pesos y *el medio del pan.*

—Cuatro pesos y el medio del pan, es decir, en un mes, con corta diferencia, los seis pesos que hoy le llevo en dos semanas á mamá. Está bien, Marcela, muchas gracias por las noticias que me ha dado. Hasta mañana.

Llegó á su casa á la hora de costumbre, y tuvo necesidad de ocultar su turbación para que su madre no se apercibiera de nada: tuvo valor para cantar *tonadas* alegres, porque la señora, afectada del corazón como estaba, no podía soportar nada triste; y llegada la hora de recogersedándose las buenas noches, fueron cada una á su cama: doña Micaela á descansar con el sueño que da la tranquilidad de la conciencia, y María á desahogar su corazón, llorando en silencio, arrebujada entre las sábanas para que su mamá no la sintiese.

X.

LA VENGANZA. — PRIMERA PARTE.

María no pudo dormir en toda la noche: su cabeza ardía hecha un volcán y no le era posible coordinar sus ideas. Le urgía tomar una resolución pronta, inmediata, porque el dia siguiente ya no era tiempo de pensar, sino de obrar: cuando volviera por la tarde á su casa, debería traer á su madre ó los tres pesos con que aseguraría su subsistencia por una semana más, ó la fatal noticia de que estaban otra vez en la indigencia. ¡No! Esto no lo haría de ninguna manera! preferiría huir, no volverse á presentar jamás ante la pobre señora, antes que decirle "ya no tengo pan para que mates tu hambre."–Había pues, que decidirse por el primer extremo; debía darle pan á su madre y se lo daría, costara lo que costara. Daría gusto á la infernal Josefina, prestándose á satisfacer aquel satánico placer, cuyo alcance sólo ella comprendía. "Serás lo que yo fuí,–le había dicho;–has de llegar al grado de envilecimiento en que yo me vi en mis primeros años, y sólo entonces estaré satisfecha."

—¡Pues bien, Josefina, has triunfado!–decía en su interior la desgraciada víctima.–Ya soy lo

que tú fuiste: mañana me verás, *descalza*, á tus órdenes, para que con el mezquino salario que vas á darme, pueda yo prolongar los dias de mi madre, de la que en otro tiempo te alimentó á ti con la leche de sus pechos! Mañana seré tu *criada* y tú serás mi *señora*, y, ¡gloríate! tu triunfo es mayor de lo que tú piensas, porque mi envilecimiento es más grande que el que tú llamas tu pasado envilecimiento: tú serviste en casa de una familia digna, mientras que yo voy á servirte á ti, que eres la más vil y despreciable de todas las criaturas!— Pero....¿será fructuoso mi sacrificio? ¿Es posible, Dios mio, que con cuatro pesos cada mes, llene yo todas las necesidades de mi pobre madre?

Y aquí volvía su llanto, y su cabeza volvía á encontrarse llena de confusiones y dificultades. Por fin creyó encontrar una solución, y tranquilizándose algún tanto, cansada de aquella lucha gigantesca que había sostenido su espíritu durante toda la noche, se aletargó cuando el reloj de la vecina iglesia daba las tres de la mañana.

La costumbre de levantarse á las cuatro la hizo despertar de su letargo: ya estaba serena. Se vistió como siempre, se lavó la cara con agua fría para borrar de su semblante las huellas del insomnio y se puso á ejecutar sus faenas cuotidianas.

Hemos dicho que doña Micaela se levantaba

ordinariamente á las siete, pero los sábados hacía una excepción: ese dia lo consagran los católicos al culto de la Madre de Dios, y la piadosa señora no podía dejar de hacer otro tanto: iba pues, á la misa de las seis y comulgaba, y después de cumplir esos deberes, regresaba á su casa, donde su angelical María la estaba aguardando con el frugal desayuno. Aquella mañana al levantarse la señora sintió algo extraño en su corazón, ya bastante aliviado desde que María había encontrado colocación con la francesa. No dejó de alarmarse, pero procuró tranquilizarse pensando que aquello no sería nada: la atmósfera estaba muy húmeda esa mañana, y probablemente cuando saliera el sol y se desentumecieran sus nervios, desaparecería también la opresión de su pecho. Fué, pues, á oir su misa y á recibir el alimento de su alma con el Pan Eucarístico, y cuando regresó á su casa, el gusto de ver á su María tan bonita, la hizo olvidar por completo su indisposición.

Efectivamente se había puesto bonita la niña aquella mañana. Se vistió con una falda de indiana azul celeste, lisa y sin ningún adorno, la que entre sus vestidos tenia más semejanza con las enaguas de las mengalas; y un sencillo saco ó blusa blanca, chambra, que llaman los españoles. Dividió su pelo en dos gruesas y hermosas trenzas; y como sólo esperaba á su mamá para des-

ayunarse y marcharse á la calle, estaba ya tapada con un lujoso pañolón de burato aplomado, casi nuevo, resto de su pasado bienestar, que pocas veces se había puesto.

A doña Micaela no dejó de llamarle la atención aquel inusitado procedimiento de su hija; pero la cosa no valía la pena de pensar mucho en ella; creyó que serían caprichos suyos, tan comunes en las jóvenes de su edad, ó que tal vez tendría que desempeñar alguna comisión de la francesa y quería presentarse bien; y no volvió á acordarse del asunto. Se desayunaron, pues en paz de Dios, y en seguida, dándose el beso de despedida que se daban todos los dias al separarse, Maria se fué á sus quehaceres, y doña Micaela se quedó, sin saber por qué, más triste que nunca.

María había pensado la tarde anterior, al retirarse á su casa, emplear el mayor tiempo posible del siguiente dia en hacer las últimas diligencias en busca de acomodo; pero ahora que su resolución estaba tomada, se decía:

—¿Para qué? Sería todo en vano, como han sido en vano todos mis pasos de la semana. ¿No tiene razón Marcela? ¿No soy todavía la señorita *de túnico*, impropia para los servicios domésticos? Mañana, esta tarde ya será otra cosa: habré salido del gremio privilegiado, seré la muchacha del pueblo, descalza y de rebozo, y ya nadie se avergonzará de recibirme á su servicio. Porque eso es

lo que hay: no es cierto que teman que una señorita no tenga las aptitudes necesarias para servir bien; no es cierto que crean que una criada de túnico tenga exigencias indebidas; es que se avergüenzan de que una de sus iguales esté sujeta al trabajo de sus manos para vivir; es que piensan que el traje de la aristocracia se degrada con el trabajo de la honrada menestrala! ¡Pues bien, raza de víboras: me árrojáis de vuestro lado, me expulsáis de vuestro gremio porque no me creéis digna de figurar en él: voy á dejarlo con gusto! Voy á confundirme con las humildes hijas del pueblo, voy á bajar un escalón más en la gerarquía social; pero desde el nuevo puesto que mi negra suerte me señala, seguiré siendo superior á vosotras por la virtud y la honradez.

Es evidente que María al apostrofar de ese modo á las aristócratas del traje que, según su modo de pensar, la arrojaban de su seno, se dirigía á las Hortensias y á las Josefinas que tanto abundan por desgracia en todas las sociedadas; y no en manera alguna á las distinguidas señoritas que son el reverso de aquellos repugnantes tipos y que, por fortuna también existen en abundancia en todas partes.

María anduvo errante por las calles, embargada por sus tristes pensamientos, esperando que fueran las diez, hora en que comenzaban á abrirse por entonces las tiendas del comercio. Tan lue-

go como las oyó dar, se dirigió á la tienda de la *niña Nicolasita*, situada en la calle de Santa Rosa, frente al Sagrario y pidió que le enseñaran unas camisas de mengala: como era modista y tenía *buen ojo*, no necesitó más que verlas para calificar las que le vendrían bien, trató dos por siete pesos, y las dejó apartadas: de allí se encaminó al portal *del Señor* y entró en una tienda donde se vendían objetos de segunda mano: un maremagnum, una especie de bazar en que se encontraba siempre todo cuanto se quería: habló durante un rato con el propietario, convinieron en algo, y luego salió dirigiéndose á casa de Marcela.

—Aquí vengo á pasar todo el dia, con usted, señora Marcela, – le dijo al entrar; – pero como necesito de usted y me precisa que se desocupe pronto, la voy á ayudar: mientras usted echa las tortillas yo muelo, ó viceversa. Dígame que le gusta más que yo haga.

—¡Ave María, niña! – dijo la Marcela. – ¿Cómo había yo de consentir que sus manitas tan delicadas cogieran la piedra? Voy á apurarme, que ya poco me falta, y acabaré pronto.

—No, no; si yo quiero ayudarla, si quiero empezar á acostumbrarme á mi futuro estado. ¿Ha olvidado usted que voy á ser criada? – Y arrodillándose frente á la piedra, se arremangó las mangas de su blusa y se puso á moler con gran sentimiento de Marcela.

Terminaron pronto su tarea, y cuando la buena mujer estuvo lista para salir á hacer sus *entriegos*, María dobló cuidadosamente su pañolón, lo envolvió en un papel y exhalando un profundo suspiro, se lo dió á Marcela diciéndole:

—Cuando usted haya concluido de repartir sus tortillas, me va á hacer el favor de ir á la tienda de don Mariano en el portal del Señor, y le entrega este pañolón. Ya está tratado y le ha de dar por él cuarenta pesos: con ese dinero me compra en uno de los *cajones* de la plaza una faja de seda y un rebozo de hilo, procurando que sea bonito y que no le cueste mucho; y luego va donde la niña Nicolasita Reyes, frente al Sagrario, y le pide dos camisas que dejé apartadas, dándole siete pesos en que las traté.

Marcela la miraba absorta, y con las lágrimas próximas á saltarle de los ojos, dijo:

—¡Es decir que ya está usté resuelta, niña!

—Si, —dijo María, — tan resuelta, que aunque en este momento me cayera un tesoro del cielo, no por eso dejaría de vestir el traje humilde que con todo mi corazón he adoptado, y que va á establecer una marcada línea de diferencia entre Josefina y yo; y á propósito de esa mujer, cuando lleve las tortillas á su casa, dígale que he aceptado sin vacilar la condición que impone para recibirme á su servicio, y que sólo le suplico, si

no hay inconveniente, me permita no llegar sino hasta el jueves de la semana entrante.

—¡Pobrecita de mi vida! ¿quién lo había de decir? – dijo amargamente la tortillera, y salió á la calle, dejando á María en compañía de Luisa.

Mientras regresaba Marcela, María para no perder el tiempo tomó del canasto de costura de la buena mujer aguja y tijeras, se quitó el vestido, lo arregló convenientemente, haciendo en él algunos cortes con la habilidad de su oficio, levantando unas alforzas, y lo dejó convertido en las populares *naguas* de las mengalas.

Marcela regresó á las cuatro de la tarde con todos los encargos de María, y al entregárselos le dijo:

—¡Dios quiera que le guste el rebozo, pero no había otro mejor ni más barato: me costó dieziocho *riales* y la faja seis: esos tres pesos y los siete que le di á la niña Nicolasa por las camisas, son diez: aquí están los otros treinta que sobraron de los cuarenta del pañuelón. Díce la niña Josefina que *onque* tiene mucha necesidá de la de adentro en *ausequio* de usté consiente en aguardarla hasta el jueves.

—Es preciso confesar que es muy generosa mi futura señorita, –dijo irónicamente María, contemplando con tristeza las prendas de su nuevo traje; y haciendo un heróico esfuerzo sobre sí misma, para consumar su sacrificio, procedió sin

demora á su transformación.

Arrojó en un rincón sus zapatos y sus medias, teniendo cuidado de destrozarlos con las tijeras para no dar lugar al arrepentimiento; puso en contacto inmediato con el frio y duro suelo sus preciosos pies, aquellos dos pedazos de alabastro, dignos de pisar sólo las mullidas alfombras de un palacio; vistió la humilde camisa, echando al aire sus lindísimos brazos de reina; y ciñó su fina cintura con la clásica faja, distintivo el más característico de la mengala de pura sangre; y descendiendo del puesto de la escala social en que la colocara su nacimiento, quedó convertida en la humilde hija del pueblo; pero al mismo tiempo en la mengala más deliciosa que se ha paseado por las calles de Guatemala.

Ella misma se gustó: aunque no podía contemplarse en un espejo, mueble desconocido en casa de la pobre tortillera, lo hizo inclinando hacia todos lados la cabeza, y se sintió bonita; y con una mezcla de rubor y de satisfacción, entre risueña y acongojada, dijo:

—¿Qué tal, señora Marcela?

—¡Lindísima, niña, divina como siempre!— exclamó entusiasmada la buena mujer. —De cualquier modo que usté se presente está lindísima;— y sin comprender la barbaridad que iba á decir, agregó:—desnuda en pelota que usté estuviera, siempre sería lo que es, la reina de la hermosura!

María se sonrió ante aquella candidez y encantada de ver el efecto que producía, dijo:

—¿De veras le parezco á usted bien? ¿No se burlarán de mi cuando me vean de este modo?

—¡Ave María Purísima! ¡Qué barbaridá! ¿Quién se había de burlar de usté, criatura de Dios? Los que comprendan su sacrificio la venerarán como á una santa, y los que no lo sepan ó no lo quieran comprender, siempre encontrarán en usté á la muchacha mas preciosa de la capital y la almirarán. ¡Oh si está usté muy linda, créalo usté.! ¡Qué orgullosas se van á poner todas las mengalas al ver la *chulada* que se viene con ellas, y más cuando conozcan todas las virtudes de su alma, porque eso si, las conocerán y muy pronto, porque yo se los voy á contar todo á todas mis amigas, y no habrá una sola que no la quiera y la respete!

—Bien, – dijo María enternecida: – le agradezco á usted con toda mi alma ese consuelo que me da, porque, créalo usted, es un verdadero bálsamo el que ha derramado en mi corazón. Pero hablemos ahora de otra cosa para mí muy interesante. El sacrificio que acabo de hacer sería enteramente infructuoso si usted no me ayudara; pero como usted es tan buena, he creido que podía contar con su cooperación, no negándose á prestarme el favor que voy á pedirle. Como Ud. sabe, sólo voy á ganar cuatro pesos de salario,

que con el medio del pan, que no pienso gastar en mi persona, hacen escasamente seis pesos, que es todo lo que le puedo dar á mi mamá, es decir, lo estrictamente necesario para que no se muera de hambre, porque con real y medio diarios no se paga al casero, ni se compran los remedios de la botica, ni se llenan las mil y mil necesidades de una casa, por muy pobre que sea. Además, tendré que separarme de ella por completo, ya no la veré sino cada cuando, porque no sé si en esa casa darán licencia para salir los domingos; y me aterra la idea de que pase solita las noches sin quien la cuide, sin quien le preste algún servicio si llega á necesitarlo. ¿Quiere usted hacerme el favor de darle l i c e n c i a para que se venga á vivir con usted? Ocupa tan poco lugar la pobrecita, que no será muy molesta. Usted la consolará en su soledad, le prestará sus auxilios cuando los necesite, y me dará noticias de ella todos los días cuando vaya á dejar las tortillas á la casa de la señorita. ¿Quiere usted hacerme ese favor?

Marcela, bañada en llanto, contestó:

—Eso no se pregunta, niña, por el amor de Dios, eso no se pregunta, eso se hace sin decirlo, porque ustedes son dueñas de mi casa, de mi persona y de todo lo que yo tengo: muy pobre soy, como usté lo ve, pero tengo mucha gratitú, y no olvidaré nunca que mi señora no fué

para mí ama sino madre; muy pobre soy, pero la tortilla que como la partiré con gusto con ella, si ella se aviene á compartir conmigo mi pobreza. Además, tengo algunas economías, porque yo no me gasto todo lo que gano, y voy guardando lo que me sobra; serán siete ú ocho pesos nada más, pero si de algo le sirven, están á la disposición de usté.

—¡Gracias, buena Marcela, muchas gracias!—contestó María llorando á su vez.—No esperaba yo menos de usted. Por ahora no necesito más que la posada para mamá, ¿no ve usted que ahora estoy rica?—agregó con una adorable sonrisa.—Pero acepto sus favores para más tarde, si llega la necesidad. Estos treinta pesos van á servirme para pagar lo que debemos en las tiendas, para pasar al lado de mi mamá los cuatro días de licencia de que puedo disfrutar hasta el jueves, para comprarle algunas cositas que le hacen falta y para dejarle asegurada la subsistencia durante el primer mes, mientras á mí me pagan mi primer salario: después le iré pasando religiosamente todo lo que gane; pero si alguna vez llega á necesitar alguna cosita, préstesela usted, Marcela, ya que usted me lo ofrece con tan buena voluntad; préstesela usted, que yo le pagaré, no con dinero porque usted sabe que no lo tendré nunca; pero sí con algún servicio que usted necesite; por ejemplo, por las noches des-

pués de mis quehaceres y cuando ya se hayan acostado *mis patrones*, voy á lavar mi ropa y la de mamá, porque yo no puedo pagar lavandera, y entonces también podría yo lavar la ropa de Luisita y la de usted.....

—¡Jesús, María y José!—exclamó Marcela, casi furiosa. ¡Pues no faltaba más! No me haga, niña, *tan* semejante injuria ¡Usté lavarme mi ropa! ¡usté servirme á mí! Si ustedes son mis amas y lo serán siempre; si ustedes pueden disponer de mí como se les antoje! No me vuelva á decir una cosa parecida; porque me incomodo, deveras. ¡Ave María Purísima! ¡Parece que la creyeran á una incapaz de hacer una buena *aición*! ¡Parece que no me conociera!

—¡Sí, corazón de oro, si la conozco á usted y sé todo lo que vale,! -dijo María, abrazándola tiernamente,- perdóneme si la ofendí, pero no fué esa mi intención. Yo sé que usted y con usted todas las humildes hijas del pueblo, á cuya clase pertenezco desde hoy con todo mi corazón, son más generosas, más buenas, más desinteresadas y más nobles que muchas de esas orgullosas aristócratas que se creen degradadas al sólo *dirigirnos* la palabra. Perdóneme usted, se lo repito, y acepto lo que usted pueda hacer por mi madre: yo no le pagaré, pero le pagará Dios.

Era ya tarde: María estaba dando tiempo á que obscureciera un poco, no atreviéndose á pre-

sentarse en la calle por la primera vez en su nuevo estado, con la plena luz del día; pero tenía que recorrer muy larga distancia desde Jocotenango hasta la Candelaria, pasando por el centro de la ciudad, porque no se animaba á tomar la línea recta, atravesando el Cerro, á causa del miedo que le infundían los hombres que por todas partes la asediaban, miedo que ahora tomaba mayores proporciones á consecuencia de su nuevo traje, que se prestaba más á los abusos y á la falta de consideración de los malvados. Entre los dos extremos, pues, tuvo que optar por el menos malo, es decir, por el de irse de dia. ¡Al fin y al cabo la había de ver muy pronto todo el mundo, sin que ella lo pudiera evitar!

Eran cerca de las seis de la tarde cuando salió de la casa de Marcela, ocultando sus facciones lo mejor que pudo con los pliegues de su rebozo: iba tímida, azorada, pero procuraba andar de prisa, todo lo de prisa que se lo permitían sus delicados pies, que por la primera vez en su vida pisaban desnudos las duras piedras de la calle. Tomó la via recta de Jocotenango hasta la antigua cárcel, y allí dobló tomando la calle de la Merced hasta Señor San José. En el atrio de la primera iglesia la aguardaba todas las tardes Leopoldo para decirle adiós. Nunca se había parado á conversar con él, ni menos le había per-

mitido que la acompañara; pero tenían el placer de verse, y eso bastaba.

Esa tarde Leopoldo estaba impaciente: había transcurrido ya más de media hora desde las cinco y media, en que irremisiblemente, pasaba María todos los dias por allí. ¿Qué le habría sucedido? Miraba fijamente á todas cuantas pasaban, temeroso de que se le escapara confundida entre los diversos grupos que de vez en cuando cruzaban la calle: la angustia comenzaba á apoderarse de él, porque no podía suponer otra cosa sino que le había ocurrido alguna desgracia á María. Mientras tanto ella bajaba por la esquina opuesta, y aunque comenzaba á obscurecer, todavía era bastante claro para distinguir á las personas. Ya Leopoldo la había visto, pero sin reconocerla, porque apenas se fijó en ella: él miraba con afán á todas las señoritas, que por cierto ya iban escaseando, pero á las mengalas ¿para qué? no había de estar entre ellas su adorada.

María pasó muy cerca de él sin ser reconocida, y cuando ya se había alejado algunos pasos, le dijo con su armoniosa voz:

—Adiós, Leopoldo.

Leopoldo sorprendido dió un salto terrible; oía la voz de María, pero no la veía á ella: dirigió la vista ansioso por todos lados y por fin la reconoció.

—¿Qué es esto, María?—preguntó asombrado.

¿Qué ha sucedido, por Dios?

—No me pregunte, porque no le puedo contestar aquí; mañana en casa lo sabrá todo.

—No, no; dígamelo ahora, porque me mataría la pena. ¿Qué pasa, por Dios? La veo así vestida y no lo creo. ¿Qué ha sucedido?

—No puedo detenerme; tengo que llegar á casa antes que se haga de noche.

—Voy á acompañarla y en el camino me explica.

—¡Imposible! Acuérdese que se lo he prohibido. Dirían que somos novios. ¡Ja ja ja! Adiós.

Y se alejó apresurada, dejando á Leopoldo transido de dolor: aquella carcajada histérica con que acompañó sus últimas palabras, y que hacía notable contraste con el estado de abatimiento que en ella se notaba, infundía pavor: Leopoldo pensó un momento en seguirla, pero se arrepintió; no quiso exponerse al riesgo de desagradarla y se retiró á su casa acongojado y casi llorando, porque la nueva situación en que acababa de ver al ídolo de su alma, le partía el corazón.

María mientras tanto seguía su camino, pero ya no podía andar de prisa, porque no se lo permitía el infernal empedrado que hay desde la iglesia de San José hasta la Candelaria. Por fin, á las siete y media de la noche, fatigada, sudorosa, con los pies echando sangre, las lágrimas en los ojos y el ánimo terriblemente quebran-

tado, llamaba, á la puerta de su casa, no sin haber procurado serenarse cuanto le fué posible, para poder presentarse ante su madre risueña, como siempre.

Dejamos á doña Micaela en la mañana de aquel dia sumida en una tristeza inexplicable para ella. La opresión que sintiera en su corazón al levantarse, y que desapareció momentaneamente con la vista de María, cuando regresó de misa, había vuelto á presentarse más fuerte que al principio.

¿Pero qué será esto, Dios mio?- se decía la señora.- Hoy no ha habido nada particular que justifique esta congoja, esta inquietud que experimento. Todo está lo mismo que siempre, y sin embargo yo estoy más oprimida que nunca. ¡Ay qué corazón, Dios mio, qué corazón tan loco! ¡Cuánto me hace sufrir!

Y efectivamente estaba loco el corazón de doña Micaela: en cuanto latía con violencia como queriendo romper el pecho que lo encerraba, quedaba quieto, casi paralizado, produciendo en la pobre señora horrible desasosiego. Así pasó todo el dia, hasta que oyendo dar las seis de la tarde en la vecina iglesia, pareció tranquilizarse un poco. Se acercaba el momento en que llegara

su hija y sus vistas eran para la pobre madre el más eficaz remedio de sus males. Ya no debia tardar; un minuto más, y su María estaría en sus brazos.....Pero el reloj dió las seis y media y la niña no llegaba....esto nunca había sucedido, ¿qué podría ser? María salía siempre á las cinco de la tarde de su taller; por muy despacio que anduviera, recorría la larga distancia que tenía que atravesar hasta su casa, en tres cuartos de hora; á lo sumo, en una hora: de suerte que á las seis, indefectiblemente, estaba en ella. Los sábados, sobre todo, procuraba llegar más temprano, porque siendo el dia en que los artesanos salen de sus obradores con el producto de su trabajo de la semana, ella temía encontrarse con los que, al salir, pasaban á saludar al dios de las viñas, que no eran pocos. Todo esto pensaba la infeliz señora, y su angustia aumentaba á cada momento: á las siete estaba casi moribunda: su corazón enteramente paralizado, ya no la dejaba respirar. Haciendo esfuerzos sobrehumanos pudo tomar algunas gotas de éter, que le produjeron momentanea calma, y por fin, cuando ya creía exhalar el último aliento, al dar el reloj las siete y media, el alegre repiqueteo del llamador de la puerta de calle, puso término á su mortal ansiedad. Su corazón latió con violencia y olvidando su debilidad y su fatiga, casi de un brinco salvó la distancia de la sala á la puerta, y fué á abrir,

pero.... ¡no era su hija quien llamaba! Indudablemente había sucedido una desgracia, y aquella muchacha que tenia delante iba á avisarle!...El candelero se le cayó de las manos, y habría dado con su cuerpo en tierra para no levantarse más, si los brazos de la dulce niña no la hubieran sostenido.

—¿Qué susto es ese, niña Micaelita?—dijo la pobre criatura, fingiendo la mayor alegría.—¿Por qué me recibe usted de esa manera tan poco agradable? ¡Y yo que venía á ver si usted quería acomodar esta criadita para que le haga sus mandados!

Aquella deliciosa voz, tan querida para la señora, produjo en su espíritu una reacción saludable.

—¡Qué ingrata eres, María!—le dijo en tono de cariñosa reconvención.—¿Cómo vas viniendo tan tarde? No sabes que me muero de angustia cuando no estás á mi lado? Y luego, ¿qué modo de andar es ese? ¿Dónde te has ido á vestir así? En tu seriedad, en tu carácter tan juicioso, no me explico lo que estás haciendo. ¿Qué ha sucedido? Dímelo pronto, mira que me estoy muriendo.

—Todo te lo explicaré, madrecita mía, pero entremos; este sereno te puede hacer daño. *Perdonáme* que haya venido tarde por la primera vez de mi vida, pero no tuve yo la culpa;

cuando *sepás* la causa, me *darés* la razón. Yo quería andar de prisa, pero las malditas piedras de la calle no me dejaban. Entremos, y ante todo, voy á buscar algo que comer, porque me estoy muriendo de hambre.

Y abrazando á su madre con infinita dulzura la hizo entrar en su salita, donde, después de encender de nuevo la vela que se había apagado, la dejó sentada frente á la mesa, mientras ella iba á la cocina en busca de su frugal alimento. María mentía al decir que tenía hambre: aunque casi no había probado bocado en todo el dia, tampoco en aquel momento sentía ninguna necesidad de comer; pero quería engañar á su madre, procurando demostrarle, por los medios que pudiera, que su nueva situación no la afectaba gran cosa.

Volvió á poco rato llevando lo necesario para tomar su café; y sirviendo con exquisito mimo, como lo hacía siempre, á su adorada madre, se sentó frente á ella. Doña Micaela no le quitaba de encima los ojos, contemplando extasiada aquel admirable conjunto de perfecciones. María no desmerecía en nada con su nuevo traje: ya lo había dicho Marcela, y nosotros creemos haberlo repetido también varias veces: María, con cualquier traje que se presentara, siempre estaba encantadora. Pero su mamá, con todo y el agrado con que contemplaba las gracias de su hija,

no estaba contenta de verla así vestida; y como no se diese toda la prisa que ella deseaba para explicar su conducta, con mal disimulada impaciencia dijo:

—¿Por fin? Una hora hace que estoy aguardando tus explicaciones.

—Voy á satisfacerte, madre, voy á satisfacerte muy luego; pero antes quiero que me *digás* con franqueza si has visto en toda tu vida una mengala más *chula* y más salerosa que la que *tenés* presente?— Y diciendo esto se levantó y con hechicera zalamería, comenzó á pasearse, contoneándose por todo el largo de la sala.

Evidentemente se proponía, antes de entrar en materia, hacer que su madre desarrugara el ceño, á fin de que escuchara sus explicaciones con menos prevención. Y lo consiguió, porque doña Micaela, verdaderamente enamorada de su hija, no podía estar enojada con ella mucho tiempo: una débil sonrisa plegó sus labios, y dulcificando su tono lo más que pudo, dijo:

—Vamos, deja de locuras y siéntate á darme esa explicación que tanto ansío; bien debes comprender que estoy inquieta: todo es extraño é inexplicable en ti esta noche: tu venida tarde, ese traje que no te corresponde, ese modo de hablar que no es el tuyo, exactamente igual al de la gente del pueblo, y hasta ese buen humor fingido, porque yo leo en tu corazón y sé que

estás sufriendo, todo me indica que ha pasado algo muy grave que yo necesito que me expliques pronto.

—Y voy á hacerlo en seguida, pero debo comenzar contestando á lo que me has dicho respecto á mi lenguaje, para que no te siga extrañando en el curso de mi explicación que será larga, oirme hablar en la forma que lo he empezado á hacer. Al adoptar como lo he hecho el traje de las mengalas, de las desheredadas, de las mujeres del pueblo, he debido adoptarlo con todas sus consecuencias: no seré yo en adelante la que me ponga en ridículo hablando de *tú*, ni la que ultraje a mis nuevas compañeras, haciéndome aparecer superior á ellas. Mengala soy ya, y como tal debo proceder en todos mis actos; de otro modo, me rechazarían ellas también, como me han rechazado las señoritas de la alta sociedad, porque las deshonraba pidiendo trabajo para mantener á mi madre. Esas señoritas, mis compañeras de ayer, que no tienen reparo en proponer á una joven honrada que por un puñado de oro venda su honra y se cubra de oprobio, se sienten degradadas y se avergüenzan al pensar que esa misma joven que prefiere la miseria á la infamia, vaya á servir de criada, con detrimento del túnico, para ganarse el sustento por medio de su trabajo honrado. El envilecimiento moral nada significa para ellas; al contra-

rio, tal vez lo aplauden; pero no pueden tolerar que una de las suyas vaya á la cocina, porque creen que se llenan de ignominia. Pues bien; las he dejado, y lo he hecho sin gran dolor: ¿qué he perdido? Porque llevo los pies al aire y los brazos desnudos, ¿valgo menos de lo que valía ayer? ¿Y si para conservar los zapatos, que no podía ganar por falta de trabajo, hubiera tenido necesidad de quedarme sin honra? ¿Tan grande es el poder del traje, que hace que la que está vestida de seda y terciopelo, aunque tenga lodo en el alma, valga más que la mujer honrada, sólo porque para cubrir sus carnes no tiene sino una pobre camisa de cambray? ¡Oh! Las gentes que de tal manera piensan están locas! Se han olvidado de que nacemos desnudas, y de que sólo la casualidad es la que se encarga de señalarnos el puesto que nos corresponde en el mundo. Si la fortuna de nuestros padres les permite cubrirnos de seda y rodearnos de todas las contemplaciones que proporciona la riqueza, somos personas *decentes*, y nos es permitido representar los primeros papeles de la comedia humana, por más que como actores seamos verdaderas nulidades; pero si nuestros pobres padres apenas pueden, para preservarnos del frio, cubrir nuestra desnudez con un pedazo de manta, y carecemos por consiguiente de los medios necesarios para presentarnos *decentemente* vestidos, se nos llama

plebeyos, y el papel que se nos da es, haciéndonos favor, el de *comparsas.* Yo soy ahora un ejemplo manifiesto de lo que estoy diciendo: ayer no más, era *señorita;* hoy soy *muchacha:* ayer los que me encontraron por la calle se deshacían en saludos y cortesías; hoy apenas si se han dignado verme. Y todo ¿por qué? Por una vara más de tela en el vestido, por su distinta forma: las mismas enaguas que vestía ayer, visto hoy; pero hoy están cortadas de diversa manera: ayer tenía *pañolón* y hoy *rebozo;* ayer mis pies estaban cubiertos con dos pedazos de cuero, y hoy están desnudos; ayer usaba *saco* y hoy uso *camisa.* Resultado: ayer era digna de las consideraciones del mundo y hoy sólo merezco su desprecio: ayer era persona *decente* y hoy soy...*mengala;* y gracias que no se atreven todavía á llamarnos *indecentes,* que era el nombre que para ser lógicos debían darnos. *Vos* misma, madre mia, *acabás* de decirme unas palabras que no quisiera haber oído de tu boca: me has dicho que te me he presentado con un traje que *no me corresponde.* ¿Por qué? ¿Y si no puedo sostener el que acabo de abandonar? ¿Y si necesito estas naguas para poder vivir, y lo que es más para conservar mi virtud? *Oíme, oíme,* madrecita, y así que me hayas oido, vas á explicarme á tu vez por qué te parece que este vestido no me corresponde. Pero no vayas á enfermarte; por evitarte un dia

de disgusto, daría yo todos los de mi vida, y por eso te he ocultado hasta hoy mis últimos padecimientos; pero ya no es posible el silencio. Preparemos, pues, ese corazón para que se esté quietecito y no te moleste durante la larga relación que voy á hacerte.

Y diciendo esto se levantó, puso en un vasito de agua azucarada unas cuantas gotas de éter, y lo dió á beber á su madre que, dócil como un niño y asombrada por las palabras de María, lo tomó de un solo sorbo.

María volvió á sentarse; y sin omitir ningún detalle, refirió con escrupulosa minuciosidad todo cuanto le había acontecido desde que recibió el anónimo hasta aquella mañana, en que se vió obligada á vestir el humilde traje con que se presentaba, y el cual estaba firmemente resuelta á no abandonar jamás, aunque un milagro inesperado la hiciese cambiar repentinamente de fortuna.

—Allí *tenés*, madre mia, – terminó diciendo,– la relación completa de mis últimos infortunios: he ido de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan, no regalado, sino á cambio de mi trabajo, y no me lo han concedido porque tenía zapatos; pero si me han ofrecido, no un pedazo de pan, sino una fortuna entera como precio de mi honra. Los dos caminos están abiertos; todavía es tiempo de retroceder del que he elegido, pero te

ofendería si te preguntara cuál sigo: por un lado me llama Emma con sus onzas de oro, exigiéndome que me cubra de cieno el alma; por el otro me llama el trabajo honrado que dignifica, pero me exije que abandone los zapatos. He creido que no debía vacilar y no vacilé: desprecié el oro y todos los placeres y comodidades que brinda, y vestí el humilde traje de mengala. Con el oro me apreciarían todos, pero me despreciaría yo á mí misma: con mis pies descalzos y mis brazos desnudos; me despreciará mañana el mundo; pero yo á mi vez puedo despreciarlo como lo desprecio, conservando como conservo mi propia estimación.

Cuando María cesó de hablar estaba transfigurada: su voz vibrante, sus ojos despidiendo llamas y su pecho agitado por el fuego de la indignación que en él habían producido las injusticias del mundo, conmovieron profundamente á doña Micaela, quien había experimentado durante la larga peroración de su hija, multitud de sentimientos encontrados que le embargaban el espíritu por completo: miraba extasiada á María, quiso hablar y no pudo; la emoción no la dejaba ni respirar; y obedeciendo á un impulso superior á ella misma, se arrojó sobre María, y estrechándola nerviosamente contra su pecho, la cubrió de tiernos y apasionados besos, y luego prorrumpió en amargo llanto.

María ni siquiera trató de contener aquellas lágrimas; por el contrario, las deseaba y bendijo á Dios, porque pensó que su madre, con ellas estaba salvada. Había leido en su rostro, á medida que hablaba, las diversas impresiones que le producía su relato; habia notado la opresion de su pecho, y temió por consiguiente una crisis fatal. Pero Dios oyó las fervorosas preces que desde el fondo del alma le dirigía, y quiso enviarle, sin duda en compensación de todos sus martirios la casi completa curación de la grave dolencia de su madre, por medio de aquel rocío celestial que hizo que el corazón de la pobre señora se desahogara enteramente, descargándose del terrible peso que lo había abrumado por tanto tiempo.

Más de un cuarto de hora se estuvo llorando la angustiada madre, pero luego pareció serenarse. Se sentía aliviada, su corazón latía con regularidad; y aunque todavía bastante emocionada por el terrible dolor que experimentara, volvió á abrazar á su angelical María y le dijo con amoroso acento:

—¡Dios te bendiga, hija de mi corazón, consuelo de mis dolores, compañera mia en mis tribulaciones é infortunios! Ya sabía yo que no eras capaz de nada malo; ya sabía que tu virtud es incorruptible, y si me alarmé al verte con ese vestido, todo lo pensé, menos que hubieras eje-

cutado ninguna acción censurable. Tienes razón en todo cuanto me has dicho; tus palabras tan sensatas, tus razonamientos tan juiciosos no admiten controversia; pero á pesar de todo, yo no puedo resignarme á verte vestida así: el mundo, hija mia, tiene sus ideas, tiene sus preocupaciones, absurdas si tú quieres, pero que imponen la ley; y puesto que estamos en el mundo y formamos parte de él, debemos sujetarnos á sus caprichos y obedecer sus mandatos. No quiere esto decir que yo desapruebe de ningún modo tu heróico sacrificio; mal podía hacerlo, cuando no me es posible por la desgracia que se complace en perseguirme, darte lo que mereces; pero déjame que llore, déjame que me entristezca, al verte tan digna, tan pura, tan virtuosa, tan acreedora á ocupar los más elevados puestos en esa sociedad que no te comprende; y sin embargo reducida á la más degradante condición, de la cual no me es permitido sacarte.

—¿Pero por qué ha de ser degradante mi condición, madre de mi alma? Lo que me estás diciendo no está de acuerdo con los principios de humildad y de virtud con que has formado mi corazón. Es indudable que estás ofuscada en este momento, por el dolor que te causa verme de la manera que me ves; pero ese dolor desaparecerá cuando pasadas las primeras impresiones des lugar á la reflexión, y más cuando te asegu-

re, como te aseguro con toda sinceridad, que yo estoy verdaderamente contenta. No es el traje, mamaita mia, el que ennoblece á la mujer; es la mujer la que ennoblece al traje. La virtud cubierta de harapos, vale más, mil veces me lo has dicho, que el vicio vestido de oro y de brocado. No negaré que me ha dolido por un momento, cediendo á las debilidades de la naturaleza humana, lo que el mundo llamará mi *descenso* en la escala social; no te ocultaré que al salir de la casa de Marcela, al poner por primera vez el pie descalzo en la calle, experimenté un sentimiento de vergüenza; pero eso ya pasó; ahora estoy contenta: tengo la conciencia del deber cumplido, *vos* no has desaprobado mi conducta, y eso era todo cuanto yo deseaba. El embarazo material que me causa mi nuevo traje, desaparecerá bien pronto, yo te lo aseguro: antes de cuatro dias me parecerá que lo he llevado toda la vida. Desde luego puedo afirmar que es más cómodo, que me siento con él más ágil, y por consiguiente más apta para cualquier trabajo; y como mi misión es trabajar, podré llenarla sin gran dificultad. Cuatro dias, á contar desde mañana, tengo libres antes de ir á posesionarme de mi destino, y esos cuatro dias me servirán para acostumbrarme á mi nueva posición: la pequeña vergüenza que aun me quede de presentarme asi en público, la perderé ensayándome en estas

calles casi solitarias: mañana iré á las tiendas á pagar nuestras deudas y á comprar lo que nos hace falta: de ese modo adquiriré la soltura necesaria, y el jueves, cuando ya no tenga más remedio que salir por todas partes á dar cumplimiento á mis deberes, seré una mengala hecha y derecha. ¡Oh! ya vas á ver, ya vas á ver que voy á hacer honor á mis nuevas compañeras: no se avergonzarán de mi; por el contrario, van á ponerse orgullosas, como me ha dicho Marcela al ver la preciosidad que se les echa encima. Ea, tristezas á un lado, y á luchar con el destino sin dar muestras de que nos sentimos vencidas. Al mal tiempo, buena cara: si nos dejamos dominar, somos perdidas; pero si por el contrario, resistimos con energía á las inclemencias de la suerte, tenemos segura la victoria; si no aquí, en este mundo corrompido y despreciable; allá, donde no hay culpa que no se castigue ni virtud que no se premie. No olvidemos nunca lo que hemos leido tantas veces: *que el padecer, fuera de ser una señal de predestinación y una obra meritoria de la eterna bienaventuranza, es también la medida del goce que en ella nos espera.* Pero ¿no te parece, – añadió cambiando de tono, – que haría yo un excelente predicador? Mañana que es domingo le voy á pedir licencia al señor cura para que me deje subir al púlpito, y vas á oír qué sermón voy á echar glorificando á las

mengalas y deprimiendo á las orgullosas aristócratas del vestido. Se acabó, pues; no se hable más de lo que ya no tiene remedio: lo hecho, hecho está, y nada negociamos con estar pensando en estas cosas que, bien miradas, no valen la pena de que les dediquemos tanto tiempo. ¿*Querés* que te cante alguna cosita ó que te lea un trozo del Kempis ó del Año Cristiano?

—No, mi vida, no estás para eso, por más que te estés esforzando por aparentar indiferencia para no entristecerme más. En eso veo una nueva prueba de tu abnegación y de tu heroicidad. ¡Dios te bendiga, como te bendigo yo una y mil veces! No hablemos, si no quieres, de lo que está hecho; pero sí debemos hablar del porvenir, de ese porvenir obscuro que nos aguarda, el peor tiempo, tal vez, de cuantos hemos pasado.

—Al contrario, mamaita, al contrario, yo creo que va á ser más bonancible. No diré que sea un porvenir de color de rosa ni mucho menos, pero sí vamos á descansar un poco de tanta fatiga como hasta hoy hemos llevado. Por lo menos, no vas á estar tan solita durante el dia, y ese ya es mucho consuelo para mí: la buena Marcela, que es una excelente mujer, te acompañará y te cuidará con todas las atenciones que le permitan nuestros escasos recursos. Es verdad que vamos á estar separadas, y ese es el único dolor que de veras me atormenta; pero aquí de la re-

signación cristiana, aquí de las santas y consoladoras máximas que han sido nuestro refugio en todas nuestras tribulaciones. "Dios lo quiere!" ¿cómo hemos de oponernos á su voluntad? Por lo demás, nos veremos con la frecuencia que sea posible: yo no sé si los señores dejarán salir muy seguido, pero no me faltarán las ocasiones de ir á darte una vistita y á que me des el beso que me servirá de conforte para soportar mi nueva vida. En cuanto á mí, no te *aflijás:* soy más fuerte de lo que se piensa y tengo sobrado valor para luchar: estoy empeñada en una guerra sin cuartel con el destino; veremos quién vence á quién; pero yo te sé decir que no seré yo la que sucumba.

No hubo remedio: toda discusión era imposible con aquella niña extraordinaria: la señora tuvo que ceder, y se acostaron.

Ninguna de las dos durmió. María estaba sufriendo lo que no es posible imaginarse: si la hemos visto tan valerosa y tan resuelta en presencia de su madre, cuando estuvo sola consigo misma, dió rienda suelta á su comprimido llanto. No se rompe así no más con el pasado, no se abandonan con tanta facilidad las ilusiones de la juventud ni es posible ver con indiferencia las marcadas injusticias de que se es víctima en la vida. Por mucha que fuera su modestia, María se sentía linda, conocía todo lo que valía, tenía

conciencia de sus méritos, y por lo mismo no podía ser insensible á la implacable zaña de su suerte. Lloraba, pues, pero lloraba en silencio, ahogando sus sollozos, envuelta dentro de sus sábanas, para que su mamá no la sintiera. Esta, por su parte, comprendía todo lo que pasaba en el interior de su hija idolatrada, y sufría por ambas; pero una y otra, concluían por hacerse la reflexión de que las cosas no tenían remedio, y echándose en brazos de la Providencia, esperaban resignadas su voluntad.

El día siguiente, domingo, María consumó su sacrificio, presentándose en la misa mayor con su mamá, en su nueva situación. La tarde anterior, al retirarse de casa de Marcela, casi nadie la había conocido, velada por los pliegues de su rebozo y por las sombras de la tarde; pero ahora, en plena luz, en un recinto estrecho, repleto de gente, se presentó, rubososa y tímida es verdad, pero con la manifiesta intención de acabar de una vez. El mal trago pasarlo luego, había dicho; y como si no le pareciera bastante el haberse exhibido así en la iglesia; tuvo valor más tarde, cuando había concluído sus faenas domésticas, de salir á pararse en la puerta de la calle para que la contemplara todo el mundo.— *Inútil* es decir que á las seis de la tarde de aquel día todo Guatemala tenía conocimiento de la transformación de María.

A esa misma hora se retiró ella de la puerta, donde había permanecido desde las cuatro, y cuando entró en su casa, llevaba en el alma una herida más grande que las recibidas en todo el curso de su vida, un desengaño más cruel que todos sus desengaños anteriores.

¡Leopoldo no se había presentado!!

Cuando por la noche doña Micaela inocentemente hizo la observación de que ese era el primer domingo que el joven había dejado de hacer su visita acostumbrada, María contestó:

—No hay que extrañarlo, madre; soy de naguas y ya Leopoldo no me volverá á ver.

La entonación sentida con que María pronunció aquellas palabras, el tinte de amargura que se revelaba en su lindo rostro, hicieron comprender á la señora lo que hasta entonces no había adivinado. Asomó una lágrima á sus ojos é inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

Tres dias después, el miércoles por la tarde, doña Micaela se hallaba instalada en la casa de Marcela: la buena mujer, gozosa por haber podido ser útil á su señora, le había cedido por completo la única pieza de que constaba la casa, y ella se trasladó á la cocina, disponiendo que,

como la señora estaba enferma, Luisa la acompañara por la noche.

María, á pesar del valor que había demostrado los dias anteriores, ya no podía disimular su dolor. ¡Aquella era la última noche que iba á pasar al lado de su madre! ¡El dia siguiente estaría atada de pies y manos en poder de su verdugo, de la autora de todas sus desgracias, de la que le había jurado aborrecerla siempre y causarle todos los males que pudiera!

XI.

EL MARTIRIO DE UN ANGEL.

Transcurrieron seis meses desde el dia tremendo en que María, separándose bañada en lágrimas de su afligida y tierna madre, se encontraba al servicio de Josefina. El lector puede figurarse cuánto sufriría la desgraciada joven en tan largo espacio de tiempo. La señorita era el ama más despótica que se puede suponer: jamás había durado una criada tanto como María, porque nadie podía soportar aquel carácter atrabiliario y orgulloso con que se complacía en atormentar á sus sirvientas.

María sufría resignada porque no tenía otro remedio: por medio de la buena Marcela había buscado con el mayor empeño colocación en otra parte, pero todas las puertas permanecían cerradas para la pobre niña: antes se le habia rechazado porque tenía zapatos; ahora se le exigía fianza por no ser bastante conocida en unas partes, y porque en otras no se tenía de ella muy buena opinión. Algo se había oido decir de que en otro tiempo, durante su niñez, sirvió con su madre en una casa respetable de Quezaltenan-

go, y ambas robaban; y como las mañas que se adquieren en los primeros años, con dificultad se olvidan, no era prudente recibirla así no más. Por otro lado, también se decía que era un poco ligera de cascos; se contaban de ella varios episodios, pero el más ruidoso era el de que hacía algunos meses, hallándose al servicio de una modista francesa, la encontraron un dia en la casa con un hombre, y fué necesario echarla ignominiosamente á la calle.

Tal era lo que, con más ó menos variantes, decían las gentes á Marcela siempre que solicitaba alguna colocación para María. La excelente mujer, indignada, no volvió más á hablar de eso, para no exponerse á dar una contestación como la merecían aquellas infames calumniadoras, ó á morirse de un ataque de bilis.

Las mengalas, las nuevas amigas de María, sus compañeras de ahora, con quienes había intimado ya en la plaza, ya en las tiendas donde hacía las compras, eran otra cosa: todas la querían, porque todas admiraban en ella un conjunto de virtudes y gracias difícil de encontrarse reunidas en una sola persona. Había aprendido perfectamente todos sus modales y sin faltar en nada á la educación que recibiera, se había identificado con ellas de tal modo, que el que no la conociera creería que desde su nacimiento era mengala. Eso si, una mengala deliciosa, ador-

nada con todas las gracias que la naturaleza se había complacido en acumular sobre ella, y llevadas á la perfección por aquel donaire, aquel estilo sandunguero y enloquecedor, sólo conocido por las muchachas bonitas de nuestra tierra.

Doña Micaela había llegado á un grado de entorpecimiento intelectual muy próximo á la idiotez: su corazón se salvó la noche de la transformación de su hija, pero sus nervios se crisparon de tal manera el dia que se separó de ella, que le produjeron una especie de insensibilidad, de indiferencia absoluta para todo lo que no fueran las vistas de María. Sólo cuando la veía asomaba á sus ojos un rayo de inteligencia; pero si dejaba de verla, no la extrañaba: María sólo podía ir á verla por espacio de hora y media cada quince dias, de las cuatro á las cinco y media de la tarde: á las seis en punto tenía que servir el chocolate á la señorita, y ¡pobre de ella si se retrasaba dos minutos! Ya en tres ocasiones por haberse retardado unos segundos, había recibido los trastos por encima, quemándose con el líquido hirviente que le arrojara la orgullosa sultana.

Nadie sabía nada de Leopoldo. Desde el dia siguiente á la tarde que en el atrio de la Merced viera á María con su sencillo traje de sirvienta, había desaparecido de Guatemala, según le contaron á Marcela una vez que por encargo de María fué á preguntar por él á su casa. María

no volvió á hablar de él; pero aunque había intentado borrarlo también de su pensamiento, no lo pudo lograr. Con mucha frecuencia la atormentaba su recuerdo, y lloraba en silencio, más que la pérdida de un bueno y cariñoso amigo, la herida cruel que su ya tan lacerado corazón había sufrido por el desengaño, herida que no podría cicatrizarse jamás.

La vida de aquella desventurada criatura era, pues, una continuada cadena de sufrimientos. Sufría por ver el estado de abatimiento de su adorada madre; sufria por el recuerdo constante de su ingrato amigo que, como todo el mundo, la había despreciado; sufría por los malos tratamientos que á diario recibía de *su señorita*, y sufría en fin por el trabajo excesivo que en aquella casa se le daba. Desde las cinco de la mañana comenzaban sus tareas y no terminaban sino hasta las nueve de la noche, cuando la señorita se encerraba en su cuarto. Pero como la infeliz tenía que lavar y planchar su ropa y la de su madre, prolongaba sus faenas diarias hasta las once ó doce de la noche, porque ella no era capaz de robar ni un minuto al cumplimiento de sus obligaciones. Le pagaban para que trabajara y debía trabajar.

Una tarde, el dia en que comienza este capítulo, tuvo María que salir á comprar algo en una de las tiendas de la vecindad, y vió á Leo-

poldo parado en la esquina, mirando tristemente hacia la casa de donde acababa de salir. Al verlo tuvo un momento de indecible alegría, pero fué pronto dominada por el resentimiento del abandono en que la dejara tanto tiempo: quiso regresarse para evitar su encuentro, pero ya era tarde; Leopoldo la había reconocido y venía, ebrio de felicidad hacia ella. Hizo entonces un esfuerzo sobre sí misma, y se preparó á recibirlo como lo merecía. En un momento se había hecho la reflexión siguiente:—"Después del incalificable abandono que hizo de mí, originado por mi cambio de posición, no puedo creer que venga á buscarme, tanto más cuanto que no sabe ni puede saber que yo viva en esta casa. Si está allí, pues, es por Josefina, quiere acercarse otra vez á ella, y busca los medios de conseguirlo. No debo hacerme ilusiones; por más que finja alegría al verme, no seré tan cándida que me deje engañar por el ingrato que me abandonó en uno de los momentos más dificiles de mi vida."

Y mientras esto se decía, iban acercándose el uno á la otra: él radiante de felicidad; ella severa y fria como el mármol.

—¡Maria de mi alma!—exclamó Leopoldo en el colmo de la alegría,—¿es posible que la encuentre á usted por fin?

Pero se quedó pálido y próximo á perder el

sentido, cuando oyó que su adorada con nerviosa entonación le respondió:

—Buenas tardes, señor: perdone usted que no me detenga, pero voy precisada: además no tengo costumbre de hablar con hombres en la calle. Si quiere usted algo para la señorita, hable usted con ella misma ó busque otro conducto, porque yo no puedo servir á usted.

Y siguió su camino, dejando estupefacto á Leopoldo, quien, repuesto un tanto de su asombro, volvió á alcanzarla, y con voz angustiada y suplicante le dijo:

—María, por Dios, oigame dos palabras: si después que yo le hable, usted me desprecia, me conformaré con mi suerte, pero no me condene sin oirme. ¡Oh! si usted supiera....

—Caballero,—interrumpió María con indignación,—cuando yo valía algo en el mundo, Ud. acostumbraba respetarme; hoy, aunque nada valgo, exijo de usted el mismo respeto. No me siga usted porque creeré que ha dejado de ser hombre de honor.

Leopoldo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y lanzando un profundo suspiro, dió la vuelta alejándose de la que tanto adoraba y que lo rechazaba sin piedad.

—¡Tiene razón, murmuró, soy culpable ante sus ojos! Sin embargo, si me oyera, si quisiera escuchar mis explicaciones.... ¡Cómo me com-

padecería!—Y secándose las lágrimas que luchaban por saltarle de los ojos, se puso á vagar inconscientemente por las calles.

El día siguiente entregó á la señora Juana, la cocinera de Josefina una carta para María: por ella supo que su amada estaba de criada de adentro desde hacía seis meses, que era muy desgraciada, porque la trataba muy mal la señorita que tenía un genio insoportable; pero que no podía salirse de allí porque por más esfuerzos que había hecho, no le había sido posible conseguir otro acomodo.

—Yo la salvaré, dijo Leopoldo, yo la salvaré, pero es preciso que lea esta carta. Por Dios, señora, por cuanto usted más ame, empéñese porque ella la reciba, si acaso se resiste. Si consigo de usted este favor, no sólo tendré para usted una eterna gratitud, sino que también sabré recompensarlo.—Y poniendo en manos de la vieja un peso fuerte de Carrera, se alejó.

La señora Juana cumplió el encargo en la tarde de ese mismo día, pero se escolló ante la inflexible severidad de la joven. Era aquella una vieja vulgar y muy grosera: conocía perfectamente el oficio de las celestinas, y creyó que no le sería nada dificil hacer aquella conquista con sólo hacer saber á María que el partido que se le presentaba no lo desdeñarían ni las más guapas señoritas de la capital, *contimás* ella, que

aunque tenía un buen palmito, no pasaba de ser una desarrapada, que no tenía sobre qué caerse muerta.

—*Mirá vos*, le dijo cuando estaban comiendo. Tengo que darte una *güena* noticia, pero me *habís* de dar la gala, porque noticias como esta, no se reciben *tán ansí no más*.

—Venga primero la noticia, señora Juana, y después veremos qué clase de recompensa merece, dijo María creyendo que se trataba de una de esas conversaciones inocentes tan comunes entre las criadas y á las cuales estaba ya tan acostumbrada.

—Pues es nada menos que un *chancletudito* de lo que no hay, un verdadero caballero, está que se bebe los vientos por *vos*: casi lloraba el *probecito* cuando me estaba hablando y me rogó que te entregara una carta. Que es un caballero no se puede poner en duda, porque me *endonó* un peso sólo porque yo le hiciera el favor de darte la carta, y aquí la *tenés*, porque yo soy mujer muy formal y sé cumplir un encargo, *prencipalmente* cuando se me hace con tan *güenas* maneras como lo hizo ese niño.

—Y alargaba la mano con la carta á María; pero ésta, que se había puesto seria y más pálida que de costumbre desde que empezó á hablar la cocinera, la dijo:

—Guarde esa carta, señora Juana, y hágame

el favor cuando vea al señorito ese, de devolvérsela así cerrada como está. Dígale que nada hay de común entre nosotros, que nada lo autoriza á escribirme y que no pierda su tiempo porque no estoy dispuesta á tener con él ninguna clase de relaciones: que busque entre las señoritas de su rango quién pueda corresponderle, porque yo no soy más que una triste criada indigna de llegar hasta él, y él se degrada descendiendo hasta mí.

—¡Pero estás tonta mujer?, –dijo estupefacta la señora Juana. – ¡No te *creiba* yo tan bruta! *¿Onde* en tu *puerca* vida *irés* á encontrar otra ocasión mejor de colocarte bien? ¡No *siás* tan animal! ¿O *estarés* pensando que porque *sos* regular todos han de ser tan ciegos como ese niño, que pierdan el juicio por *vos?* Si tal cosa estás creyendo, te *equivocás* medio á medio. Date, mujer, date, ve que si no *lográs* esta ocasión, cuando *digás malhaya, malhaya está lejos.*

— Mire, señora Juana, contestó impaciente María. Acabemos pronto y no hablemos más de eso por vida suya: devuelva usted esa carta, y hágame favor de contestar como le he dicho. Yo quiero vivir en paz con usted, como he vivido hasta hoy; pero si me viene después con nuevas impertinencias, me quejo con la señorita para que ella le prohiba á usted que me moleste.

—Pues *andáte* á la m.....; grandiosísima

bestia,—le contestó la vieja ya iracunda,—que no *sabés* lo que *perdés*. ¡*Arredovaya* la remilgada tonta, que se está creyendo que es una reina! ¡Allá te lo *haigás indina*, *relamida*, cuando *echés* de ver lo que *habís* perdido!

María estaba acostumbrada á la insolencia de la vieja, así es que no hizo caso; pero ésta siguió echando pestes hasta que se desahogó.—Por la noche, cuando se retiró á su casa, porque trabajaba *por día* en la casa de Josefina, encontró á Leopoldo que la aguardaba impaciente para saber el resultado de la comunicación, y le transmitió punto por punto las palabras de María.

Leopoldo exhaló un gemido, se llevó la mano al corazón para contener sus latidos y después de recompensar á la vieja, se alejó murmurando.

¡¡Dios lo quiere! ¡Oh! Si ella hubiera leido mi carta!....

Y entrando en el primer *estanco* que encontró, pidió una copa grande de aguardiente y se la bebió de un solo sorbo.

Desde entonces iba todos los dias á pararse en la esquina de la casa donde servía su amada, y pasaba largas horas contemplando los balcones y las altas paredes que encerraban el tesoro mayor que para él existía sobre la tierra. Cuando veía salir á María, se ocultaba en los huecos de las puertas para que ella no lo viera. No quería desagradarla; la amaba demasiado para consentir

que por su causa tuviera algún disgusto, y se contentaba con verla de lejos, sin ser visto por ella.

Cuando se retiraba, pasaba siempre al estanco á tomar una ó dos copas de aguardiente: sólo entonces, con los vapores del alcohol, sentía algún alivio en sus dolores.

Transcurrieron dos meses más, es decir, ocho desde que María entró al servicio de Josefina. Era domingo, y la sala estaba llena de visitas. Hortensia, Susana, Emma, Natalia, Teresa y otras muchas amigas de la joven: Alberto Soto, Ramón Gómez y Tomasito figuraban entre los hombres.

Josefina no se había decidido aun por ninguno de los tres: seguía jugando con ellos, como con otros muchos, y por consiguiente los tenía desesperados. Por aquella época privaba Ramón, y Tomasito, más que ninguno de los otros estaba rabioso.

En la mañana de aquel dia María había puesto en manos de Josefina una carta que para ella le entregaron, la cual estaba concebida en estos términos:

"Josefina:

Tengo tu palabra, y estoy decidido á hacerla

cumplir. Hace mucho tiempo que yo satisfice tus deseos: las dos condiciones que me impusiste, es decir, tus dos venganzas, están perfectamente realizadas, y sin embargo no das cumplimiento á tus promesas.

Ya me cansé de tus desvíos y estoy resuelto á que terminen. Si hablo y lo cuento todo, voy á la cárcel, pero también tú irás á la *Casa Nueva*; y lo que será peor para ti, perderás de un golpe tu buen nombre y todos tus prestigios.

Hoy á las once iré á visitarte: si cuando me retire no me das una contestación satisfactoria, mañana obro, y échate á ti sola la culpa de lo que suceda. Me perderé, pero te perderás tú conmigo. Yo soy de los que se sacan un ojo porque otro se saque dos.

Hasta luego,

TOMAS."

Cuando Josefina leyó aquella carta se puso frenética, y pensó desde luego arrojar ignominiosamente de su casa, cuando se presentara, al insolente que así le escribía; pero un poco después reflexionó y tuvo miedo. Tomás era muy atrevido y capaz, por lo mismo de cumplir su terrible amenaza. Más le convenía, pues, transigir y, aunque con extraordinaria repugnancia, así lo resolvió.

A la hora de la visita todavía estaba nerviosa, y más la ponía Tomasito con las candentes y

provocativas miradas que la dirigía.

La conversación era general: el calor sofocante á causa del enrarecimiento de la atmósfera, ocasionado por la aglomeración de gente. Los abanicos no bastaban para renovar el aire.

—¡Uf! – dijo Josefina:– este calor está insufrible. Voy á ofrecerles un poquito de limonada para que se refresquen.

Y acercándose á la mesa, hizo resonar un timbre metálico que sobre ella había.

Inmediatamente se presentó María al llamamiento de su señorita. Todas las miradas se fijaron en ella: las de las mujeres para burlarse; las de los hombres para admirar sus encantos.

—¿Ya hiciste todo lo que te ordené esta mañana? – preguntó Josefina con altanería.

—Si, señorita.

—¿Nada has olvidado?

—Nada, señorita.

—Te pregunto, porque como eres tan torpe...

—Todas sus órdenes están cumplidas, señorita,– interrumpió María con dignidad.

—¿Y entonces, por qué no me habías avisado?

—Porque cuando acabé, fuí á hacer un mandado urgente de señor; y á mi regreso, ya usted estaba ocupada.

—Está bien. Sirve unos vasos de limonada, pero pronto.

María salió sumisa como sirvienta que era,

pero con la altivez de la mujer digna, ofendida sin razón. Aquel impertinente diálogo no tuvo otro objeto que el de humillarla: Josefina tenía en ello especial placer; pero aquella vez produjo un efecto contrario, al menos en la mayor parte de los concurrentes. Las mujeres se compadecieron de ella y los hombres censuraron acremente á Josefina. Sólo Hortensia, Emma, Natalia y Tomás, gozaron indeciblemente.

Momentos después se presentó la interesante joven con un enorme azafate cargado de vasos de limonada y los fué presentando á cada uno de los visitantes: todos saborearon con delicia el agradable líquido; pero Josefina, fuera porque todavía estaba irritada por la carta de Tomás, ó porque se propuso dar un golpe de efecto, al llevarse el vaso á los labios, lo retiró bruscamente, y arrojándolo sobre la joven, exclamó con irritado acento:

—¡No sirves para nada! ¡No sólo te tardas en cumplir mis órdenes, sino que las cumples mal! ¡Esto es una porquería!

El vaso fué á dar en mitad del pecho de María, bañándola por completo: ella dió un grito, sorprendida por aquella brutalidad sin ejemplo; los hombres corrieron á ponerse á su lado para defenderla en caso de un nuevo ataque; las mujeres formaron un alboroto como lo saben hacer en tales ocasiones, y Josefina aprovechando la

confusión, deslizó en manos de Tomasito que se encontraba cerca de ella, una llave y un papel.

Un rato después se disolvió la reunión: el grave incidente de la limonada había producido mucho desagrado. Ramón y Alberto salieron renegando de aquella peste, que echaba á perder todas sus gracias por completo con su refinada malacrianza, con su insoportable grosería.

María, llorando en la cocina, estaba firmemente resuelta á abandonar aquella casa al finalizar el mes: iría á hacer tortillas con Marcela; iría á pedir limosna, ó en último caso se dejaría morir de hambre; pero no sufriría por más tiempo á aquella furia. Ya la paciencia se le había acabado.

Llegó la noche: el General se retiraba siempre á las diez, hora en que la casa estaba ya en silencio, porque Josefina se encerraba á las nueve. La señora Juana se iba desde temprano á su casa, porque hemos dicho que sólo llegaba por dia á la del General; y el cochero, que no tenía otra ocupación que la de cuidar los caballos, tan pronto como les daba de cenar, es decir, á las ocho, se encerraba en su cuarto y se bebía media botella de aguardiente. Un cuarto de hora después estaba tan borracho, que una descarga de artillería no lo hubiera despertado. Sólo María se ocupaba lavando en el segundo patio hasta las once ó doce de la noche; pero esto lo hacía con tantas precauciones para no despertar á sus

señores, que ni el General ni Josefina se habían apercibido nunca de ello.

La puerta de calle tenía dos llaves: una conservaba el General y la otra la tenía María, porque le servía para abrir temprano á la cocinera y para salir á comprar la leche y el pan del desayuno, que tanto el señor como la señorita, tomaban en la cama.

Aquella noche, como de costumbre, llegó el General á las diez en punto; echó llave en la puerta y puso además una enorme tranca y una gruesa aldaba: nunca olvidaba estos detalles, porque como militar experimentado y valiente, conocía el valor de la prudencia. Entró en su cuarto, se tomó un vaso de leche fria que todas las noches le dejaban sobre un velador, y se acostó apagando en seguida la luz. Josefina conocía perfectamente esas costumbres de su padre, y sabía así mismo que en cuanto ponía la cabeza en la almohada se dormía. Esa noche había estado vigilando desde su cuarto, con la puerta entornada; y un cuarto de hora después que observó que se había apagado la luz del General, considerándose dueña absoluta de la situación, salió sigilosamente y fué á quitar la aldaba y la tranca de la puerta de calle.

Daban las diez y media los relojes de la ciudad, cuando un hombre con paso reposado y tranquilo y sin ser visto por nadie, porque los serenos

roncaban beatíficamente en los huecos de las puertas, se paró delante de la casa del General, introdujo con tiento una llave en la cerradura y abrió sin hacer el más pequeño ruido: entró con las mismas precauciones; y como conocía perfectamente la casa, se encaminó sin vacilar al cuarto de Josefina. Los lectores habrán adivinado que aquel hombre era Tomás. Josefina lo esperaba nerviosa, colérica, pero vencida por las insolentes amenazas de la carta que había recibido aquella mañana.

—Entra, —le dijo, —pero no hagas ruido, porque tengo la seguridad de que papá ya duerme, no hay que obrar con imprudencia, no sea que por una desgracia se despierte. Tengo que reñirte, —agregó con acento duro, —porque cartas como la que me has escrito, no se dirigen á una persona á quien se ama.

Tomás se disculpó; pero nosotros no sabemos que dijo, porque se encerraron en el cuarto, y allí permanecieron hasta las doce de la noche....

. . . . . .

María estaba lavando en la pila del segundo patio; y como tenía la plena seguridad de que nadie la vería, para no estropear sus naguas y su camisa, que siempre trataba de conservar en el más perfecto estado de limpieza, se las había quitado, quedando en completo deshabillé, es de-

cir, *en fustán*, sin faja y con su camisa interior, á la que las mengalas dan el nombre de *apretador*, porque hace para ellas el oficio del corsé.

El General no se había podido dormir aquella noche: el Presidente de la República, á quien estuvo á saludar á eso de las ocho, no había estado tan complaciente con él como otras veces, y bien sabida es la honda impresión que causa en los favoritos del que manda, una mala mirada ó la falta de una sonrisa á que están acostumbrados, y que vale para ellos más que el mayor tesoro. El General, pues, estaba inquieto; y como no podía conciliar el sueño, se levantó de la cama y se puso á pasearse á lo largo del cuarto.

A las doce terminó la *conferencia* de Josefina y Tomasito, quien ebrio de felicidad se despidió de su amada dándole un libidinoso beso.

—¿Hasta cuando?– preguntó.

—Mañana á las mismas horas, – contestó Josefina cerrando la puerta de su cuarto.

Tomasito siguió á lo largó del corredor encaminándose al zaguán, pero con tan mala suerte, que tropezó con una regadera que por olvido

había quedado en el corredor: el ruido que produjo aquel trasto de hojalata, aumentado por el silencio de la noche, resonó en todos los ámbitos de la casa y alarmó, naturalmente al General, quien salió inmediatamente con una pistola en la mano y una vela encendida en la otra: al abrir su puerta alcanzó á ver un bulto en el extremo del corredor y corrió tras él; pero Tomás había logrado ganar el zaguán y precipitarse sobre la puerta, de suerte que cuando el General apuntaba para hacer fuego sobre él, ya había salido á la calle, dando un estrepitoso portazo. Mientras tanto María, aterrada con aquel ruido y con las carreras que oía en el corredor, abandonó la pila y corrió despavorida á su cuarto; pero tuvo la desgracia de hacerlo cuando el General regresaba furioso por habérsele escapado el que huia y se encontró frente á frente con él.

—¿Qué haces tú levantada á estas horas?—le preguntó con voz rugiente.

—Estaba lavando en la pila, señor,—respondió María muerta de miedo.

—¡Lavando á media noche!—repuso frenético el General.—¿Son acaso estas horas de lavar? ¿Y por qué está sin llave la puerta de calle?

—Yo no lo sé, señor.

—¡Yo no lo sé! ¡yo no lo sé! ¡Ah bribona, te voy á matar! ¿No tienes tú una llave?

—Si, señor.

—Pues bien, yo he dejado con llave al entrar; he echado aldaba y he puesto la tranca. ¿Cómo es, sin embargo, que ahora está la puerta abierta y que un hombre ha podido entrar en la casa?

—Nada sé, señor, yo se lo juro á usted.

—¿Nada sabes, pícara! ¡Nada sabes! ¿Y tampoco sabes por qué estás allí medio desnuda?

María que hasta entonces no se había acordado de la inconveniencia con que estaba vestida, se llenó de vergüenza y confusión, y no supo que contestar.

El General, hombre violento por su educación y por carácter, estuvo tentado de descargar su pistola sobre la pobre mártir; pero por fortuna se dominó, para no dar un escándalo que hubiera causado gran perjuicio al buen nombre de su casa.

—Está bien, – dijo. – Entra en tu cuarto y mañana nos arreglaremos.—Y temeroso de que se le escapara aquella noche, le quitó la llave que ella guardaba, y se encerró furioso en su habitación.

El dia siguiente, á las nueve de la mañana, María era conducida en medio de dos gendarmes á la cárcel!!

XII.

LA VENGANZA.—SEGUNDA PARTE.

Leopoldo estaba verdaderamente arruinado: desde la noche que la señora Juana le devolvió la carta que no quiso leer María, se apoderó de él la más violenta desesperación y se abandonó por completo. Más que su amor lo había impulsado la vergüenza á explicar su conducta á María. "Que me aborrezca,—decía,—pero que no me crea culpable: que no me vuelva á ver pero que sepa que no soy indigno de la amistad que me concedió en cambio de mi infinito amor."—Pero María no quiso oirlo, no quiso leer la carta en que le explicaba lo que le había acontecido, y se juzgó el hombre más infeliz del universo.

Sólo encontraba alivio á sus dolores embriagándose;pero embriagandose con furor,hasta quedar reducido á la impotencia, de suerte que en la época á que hemos llegado de nuestro relato es decir, el dia que María fué llevada á la cárcel, Leopoldo no era ni la sombra de lo que en otro tiempo había sido.

Precisamente á la hora en que la jóven fué sacada de la casa por orden del General, con la

grosería con que saben hacerlo algunos agentes de la autoridad, Leopoldo estaba en su puesto de observación, en el que pasaba todas las horas que no estaba en el estanco. María lo vió pero no lo reconoció, tan desfigurado se encontraba; bien que la infortunada niña no se hallaba en aquellos momentos en estado de fijarse en nada, porque la nueva desgracia de que era víctima, era la mayor y más trascendental de cuantas en su vida la habían abrumado.

Ella había creido la noche anterior que el General haría con ella cualquier barbaridad. Se figuró que la mataría de un balazo; que atándola desnuda en un pilar la azotaría hasta dejarla sin vida; que la pondría en la calle á puntapiés; todo, todo lo pensó, menos que la mandaría á la cárcel.

¡Oh! ¡Cuando ella vió que se presentaban los gendarmes llamados por el General y que recibían la orden de llevársela presa, creyó que se moría! Se arrojó á los pies del General y bañada en llanto, ahogada por los sollozos, le suplicó que la matara, pero que la librara de aquella afrenta que no merecía. El General implacable, dió orden á los gendarmes de que quitaran pronto de su presencia á aquella infame ramera que estaba desacreditando su casa; y éstos, con la solicitud con que se acatan siempre las órdenes del poderoso, y con la brutalidad que les era característica cuando tenían entre sus garras á un

sér indefenso y débil, se apoderaron de la infeliz criatura, y la sacaban casi arrastrando.

Josefina, envuelta en un elegante peinador de seda, contemplaba sonriente aquella triste escena desde la puerta de su cuarto. María en su angustiosa desesperación, se olvidó de su amor propio y de su dignidad hasta entonces sostenida con gran valor, y la dirigió una mirada de súplica: Josefina la comprendió y queriendo aprovechar aquella ocasión que su buena suerte le ofrecía para hacer nueva gala de su odio contra la pobre niña, se aproximó á su padre y le pidió permiso para hablar á solas dos palabras con María, con el objeto, dijo, de aconsejarla. El General, admirando el buen corazón de su hija, consintió, y dió orden á los gendarmes de que esperasen unos momentos.

Josefina hizo entrar á María en su cuarto, y cerrando la puerta, le dijo con dureza:

—Podría salvarte con una sola palabra, porque me consta que eres inocente; pero no seré yo la imbécil que deje escapar este nuevo triunfo que me ofrece el destino: mi venganza es más completa de lo que yo me había imaginado. Me arrebataste un dia el amor de Leopoldo que era todo mio, y ese es el castigo que mi buena suerte te impone. Vete, infame prostituta á pudrirte en la *casa nueva* con las rameras, tus iguales; vete á pagar en ese lugar destinado á la corrup-

ción y á la infamia todo el daño que me has hecho.—Y abriendo de nuevo la puerta, sin dar lugar á que María le contestase, la entregó á los alguaciles para que la condujeran á su destino.

Cuando Leopoldo la vió casi moribunda en poder de aquellos hombres, su primer impulso fué echarse sobre ellos y arrebatarla de sus garras; pero se contuvo: pensó que lejos de conseguir algo empeoraría la situación, pues él también iría preso, y María quedaba entonces sin quien pudiera hacer nada por ella. Comprendió desde luego que era víctima de una nueva infamia de Josefina, y sintió dentro de sí mismo algo que le dijo que él sería su salvador.

—Yo la salvaré,—pensó;—no sé como, no sé ni siquiera de qué se le acusa; pero yo la salvaré.

Y para mitigar el dolor horrible que le causara ver á su adorada en aquella desesperante situación; y para inspirarse en los medios que debía emplear para salvarla, entró en el estanco de que era asiduo parroquiano y pidió una botella de aguardiente.

Dejémosle allí, apurando aquel infernal veneno que tan de prisa lo llevaba al abismo de su perdición. Dejemos también á María encerrada en la cárcel, después de haber caminado en medio de los sayones por la calle de *Chispas*, la más concurrida de la capital, siendo el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las

conversaciones y comentarios, y después de haber pasado por la Universidad á la hora precisa en que todos los estudiantes, la mayor parte admiradores suyos, estaban agrupados en las puertas; y retrocedamos ocho meses, para imponernos en lo que había acontecido á Leopoldo, ya que María, mal aconsejada por su amor propio, no quiso leer la carta que tal vez hubiera evitado sus padecimientos posteriores.

Recordarán nuestros lectores que Leopoldo había pasado toda la tarde en el atrio de la Merced esperando á María para decirle adiós: no habrán olvidado la sorpresa y el dolor que le causó verla vestida con el despreciado traje de mengala; y que como no le permitió que la siguiera, regresó á su posada lleno de tristeza y desagrado, y deseando que volaran las horas para volar él á su vez el dia siguiente á saber la causa de aquella transformación de su idolatrada amiga, tan repentina como extraña.

Era el mes de marzo de 1863. La situación política de la República estaba en extreno difícil: Guatemala y El Salvador se hallaban en estado de guerra; y estaba recien pasado el hecho de armas de Coatepeque, que los enemigos de Guatemala llamaban *derrota*, y que nosotros hemos calificado siempre, con datos bastantes en que fundarnos, de *gloriosa retirada*.

Los adversarios políticos del General Carrera

habían tratado de aprovechar aquel incidente para derrocarlo del poder, y fracasaron en sus intentos: las suspicacias del Gobierno eran extremas, y con tal motivo las prisiones, los destierros y las persecuciones de toda clase estaban á la orden del dia. Inútil es agregar que la gente honrada se hallaba, por lo mismo, á merced de los infames que aprovechaban la ocasión para realizar, por medio de delaciones calumniosas, venganzas rastreras y cobardes.

Sucedió, pues, que el domingo posterior al encuentro de María y Leopoldo en la Merced, á la hora en que éste se desayunaba en el comedor de su casa de huéspedes, oyó decir á la patrona que ese dia á las diez entraba de los Altos una cuerda de presos que habían sido capturados recientemente á consecuencia de una conspiración abortada.

Leopoldo, que nada tenía que hacer y que deseaba matar de alguna manera el tiempo á fin de que se le hiciesen menos aburridas las horas de la mañana, siendo así que hasta las doce no podía llegar á la Candelaria, pensó que le vendría de perlas un paseito por el Guarda, porque no sólo satisfaría su curiosidad viendo entrar á los presos, sino que, lo que era para él de más importancia, se distraería de la preocupación que lo embargaba desde la tarde anterior.

Fué, pues, al Guarda Viejo, cuyo trayecto

desde el Castillo de San José, estaba cuajado de gente de todas condiciones: buscó un sitio á propósito donde colocarse para ver cómodamente á los desgraciados que eran en aquella ocasión objeto de la curiosidad general, y aguardó pacientemente, distrayéndose con la conversación de las personas que lo rodeaban.

—No estuviera yo en el pellejo de esos infelices, decía uno en voz baja, temeroso de ser oido por algún espía, á saber qué suerte los espera.

—Realmente, contestaba otro: yo no les aseguro las ganancias. Lo menos que se les espera son sus diez años de presidio ó el destierro.

—Eso es si no los fusilan, agregó un tercero, porque ahora las cosas están muy delicadas.

—¿Pero se sabe qué ha sido?— preguntó el primero de los interlocutores.

—Con seguridad, nada; pero parece que el Corregidor de Mazatenango recibió un anónimo en que le decían que una de las noches pasadas varios conspiradores debían echarse sobre la pequeña guarnición de San Felipe y apoderándose de las armas y dando suelta á los presos se dirigirían sobre Mazatenango, cuya plaza creían tomarse con mucha facilidad. Que una vez logrado eso, establecerían allí su cuartel general, desconocerían al Gobierno y se pondrían bajo la protección de El Salvador. Al anónimo se dice

que acompañaba una lista de todas las personas comprometidas, que son precisamente las que dentro de un rato veremos entrar.

—¿Pero es posible, dijo el primero, que se dé tanta importancia á un anónimo y que así no más se arranque de su hogar á las personas, tal vez honradas, tal vez padres de familia que son el único sostén de sus hijos?

—¿Qué quieres, hijo?, contestó el interpelado. La situación es difícil, la política tiene sus misterios, y.....es mejor que nos callemos, porque en boca cerrada no entran moscas.

—¡Allá vienen, allá vienen! gritaron en esos momentos varios *patojitos* de entre la multitud.

Efectivamente, á distancia de una cuadra, una gran polvareda anunciaba que los presidiarios no se hallaban lejos. Verificose un movimiento sui géneris entre los espectantes: los que estaban sentados se pusieron de pié; las madres cargaron á sus hijos, todos se empinaron sobre las puntas de los pies para no dejar de ver ningún detalle de la triste procesión. Leopoldo, en un lugar culminante, no tuvo necesidad de moverse.

Pocos momentos después se presentó á la vista de aquella desocupada muchedumbre un espectáculo repugnante y conmovedor.

Cincuenta soldados, cuyos vestidos de *munición* deben haber sido blancos, pero que el polvo y el lodo del camino había puesto de color de

café con leche, con sombreros de petate, su maleta á las espaldas y con el arma suspensa, mandados por un oficial de inmunda catadura montado en un rocin flaco que apenas podía andar, iban custodiando una cuerda de doce desgraciados que atados codo con codo, con su maleta también á la espalda y revelando en el semblante sus padecimientos morales, marchaban despacio, fatigados, con la vista inclinada al suelo, cubiertos de sudor y de vergüenza.

Leopoldo los miraba uno á uno compadeciéndolos en su interior, cuando, al fijar la vista sobre uno de ellos, el que ocupaba el quinto lugar en la fila, anciano venerable, de barba cana, de mirada noble, de frente despejada, de conjunto simpático, dió un grito desgarrador que no le fué posible contener y que causó la admiración de cuantos lo rodeaban.

—¡Padre! gritó con el acento de la desesperación, llevándose las manos á las sienes que le latían con violencia.

El anciano oyó aquel grito, conoció la voz y dirigió la vista nublada por las lágrimas al punto de donde salía.

Leopoldo recibió aquella mirada, quiso romper la compacta muralla de gente que lo separaba del autor de sus días, pero sus piernas vacilaron, una oleada de sangre obscureció su vista, un ruido atronador aturdió sus oídos y cayó como

pesada mole á los pies de los cuatro individuos que sostuvieran la conversación anterior.

Estos y todos los demás que estaban cerca, naturalmente se compadecieron de él y trataron de prestarle algún auxilio; pero se afligieron al observar que no había sufrido un ataque pasajero: estaba morado, con los ojos desmesuradamente abiertos y sólo se comprendía que estaba vivo por su respiración estertorosa.—Como nadie lo conocía, no encontraron más recurso que llevarlo al hospital, á donde llegaron no sin grandes esfuerzos, después de una hora de penosa marcha.

Los practicantes internos hicieron un gesto de desagrado al examinarlo: se había perdido demasiado tiempo: debió habérsele aplicado en el acto una copiosa sangría; en fin, se haría lo posible, pero lo más seguro era que no se salvaría.

Sin embargo, se salvó; pero demasiado tarde: doce días permaneció entre la vida y la muerte, y diez más en la convalecencia. Por fin pudo salir del hospital, y el primer punto á donde se dirigió fué á la cárcel para averiguar noticias de los prisioneros: allí nada se sabía de ellos, desde su llegada habían sido conducidos al castillo y encerrados, sin comunicación, en las bartolinas. Allá se dirigió todo lo de prisa que le permitía su estrema debilidad. Preguntó al primer oficial que encontró, y tuvo la fortuna de no ser

rechazado por él: sin duda mereció su compasión por el estado de visible tristeza y de absoluta demacración en que se hallaba; pero las noticias que el oficial le dió estuvieron á punto de ocasionarle un nuevo ataque: en aquellos veintidós dias los prisioneros habían sido juzgados sumariamente y sentenciados á diez años de presidio en San Felipe del Golfo, para donde habían salido hacía ocho dias.

Leopoldo conservaba una vaga esperanza de haber sido víctima de una alucinación cuando presenciaba el desfile de los reos, porque no podía creer que su padre, tan honrado durante toda su vida, estuviera comprendido entre los delincuentes; así es que con voz anhelante y como si de la contestación del oficial hubiera dependido su existencia, le dijo:

—¿Y no podría usted, señor, hacerme el favor de decirme los nombres de esos presidiarios?

—Mucha curiosidad es esa, amiguito,—dijo el oficial amostasado,—y no sé que objeto se propone usted al hacerla.

—Perdone usted, señor,— repuso Leopoldo con acento suplicante:—no me niegue, por Dios, este favor: tengo motivos para creer que uno de ellos es mi padre; me pareció haberlo visto entrar junto con los demás presos el dia que ingresaron en esta ciudad; pero tuve la desgracia de sufrir en aquellos momentos un ataque ce-

rebral, que me impidió hacer desde luego las averiguaciones necesarias: hoy es el primer dia que salgo á la calle, y el primer paso que he dado es el de buscar noticias que me pongan al corriente de lo que ha sucedido; que me hagan saber si es cierta mi desgracia, ó si por fortuna mía, todo fué una alucinación de mis sentidos.

Había tanta ternura en el acento de Leopoldo, tal dolor en su simpática mirada, que el oficial se conmovió por segunda vez, y levantándose en silencio, fué á su despacho en busca del libro de registro.

Aquí tiene usted, joven, dijo abriendo el libro por una de sus últimas páginas, la nómina de los sentenciados últimamente á presidio.

Mónico Cárdenas.
Clemente Ramos
Antonio Barillas
Vicente Medina
Miguel Salazar

—Basta, señor, interrumpió Leopoldo, no se moleste usted más: mi desventura es cierta: ese desgraciado, Miguel Salazar, es mi padre. ¡Oh! pero yo le juro á usted que es inocente. ¡Pobre padre míol— Y prorrumpió en dolorosos gemidos y abundante llanto.— Dispense usted, continuó reponiéndose, esta debilidad mia; pero usted, si tiene vivo á su padre, me sabrá compa-

decer. Adiós, señor; agradezco á usted muchísimo las noticias que se ha servido darme,

Y con paso vacilante, la respiración fatigosa, los ojos cargados de lágrimas, tomó el camino de la ciudad, dejando fuertemente impresionado al oficial.

—¡Pobre joven!—murmuró éste— Si supiera que su padre aparece como el principal instigador de la abortada conspiración, no diría con tanto aplomo que es inocente. Y sin embargo, bien pudiera ser; se han visto tantos casos....

Leopoldo no pudo llegar á su posada: estaba tan débil que no le fué posible llegar más allá del Mesón de Córdoba, donde pidió un cuarto para pasar la noche: no eran más que las cuatro de la tarde; pero ya no podía dar un solo paso. Pidió en la cocina del mesón una taza de caldo y la bebió con avidez. Luego, llamando al mesonero, se quitó su reloj de oro y un precioso anillo que llevaba puesto, y le dijo:

—Como usted verá por mí semblante, estoy en un estado de debilidad espantosa, que no me permite hacer por mi mismo las diligencias urgentes que voy á suplicar á usted en mi nombre. Mañana debo emprender un largo viaje, que no puedo diferir ni un solo día, y no tengo recursos para ello. Hágame usted el favor de encargarse de vender esta tarde, por lo que den, éste reloj y este anillo: Dios le pagará á usted ese

servicio que yo no podré recompensar.

Y no pudiendo más, se dejó caer desfallecido en la miserable cama de su cuarto. Durmió hasta las siete de la noche, hora en que se sintió un poco fortalecido por el sueño y la sustanciosa taza de caldo que había tomado. El posadero le entregó ciento cincuenta pesos, producto de la venta de su reloj y su anillo; pagó el pequeño gasto que había hecho, y escribió una larga carta á su madre, á quien suponía en la costa de Suchitepéquez, carta en que le participaba su resolución de ir en busca de su padre: entregó la carta al mesonero con dos reales para su franqueo, y se dispuso á pasar la noche del modo que pudiera en aquella incómoda posada.

Tuvo la fortuna de dormir la mayor parte de la noche; y el día siguiente, después de tomar un ligero desayuno, se puso en camino para San Felipe del Golfo, sin pensar siquiera en avisar á su patrona. Eso si, no se quiso ir sin despedirse de María y se dirigió á la Candelaria; pero tuvo el inmenso dolor de encontrarse en la casa con personas desconocidas que no supieron darle razón de las anteriores inquilinas. Pasó á la casa de enfrente, donde vivía una buena señora, la *niña Goya;* pero tampoco ella pudo darle mejores informes.

—Se fueron de aquí, – le dijo; – hace como un mes, y no las he vuelto á ver: no dijeron á don-

de se trasladaban, probablemente deseosas de que no se supiera, porque á causa de la suma pobreza en que estaban, la niña tuvo que botar el pañolón y los zapatos, y han de haber ido á esconderse donde no las conozcan.

Leopoldo no podía perder el tiempo en buscarlas; pero temeroso de que María atribuyera su alejamiento á la desgraciada circunstancia de su cambio de posición en el mundo, quiso que á todo trance supiera la verdad, para ponerse á cubierto de una sospecha cuya sola idea lo martirizaba casi tanto como la prisión de su padre. Escribió, pues, con permiso de la niña Goya una extensa carta á María, refiriéndole todo cuanto le había acontecido, y asegurándole que si regresaba de su largo viaje, lo primero que haría sería buscarla para llorar juntos sus desgracias. Suplicó con mucho encarecimiento á la niña Goya que averiguara el paradero de sus amigas para hacer llegar la carta á manos de María, y ella así se lo ofreció; pero tan pronto como Leopoldo dió la vuelta, echó la carta en el fondo de su cofre y no volvió á pensar en ella.

No seguiremos á Leopoldo en su larga y penosa peregrinación; bástenos decir que empleó dos meses en recorrer la distancia que hay de Guatemala á San Felipe del Golfo: los caminos eran malos, la estación de las lluvias había comenzado; y él, débil, á pie y sin conocer aquellos

lugares, hacía jornadas sumamente cortas. En Zacapa estuvo enfermo, y por fin, después de mil penalidades y de atroces padecimientos, llegó al horrible castillo sólo á recibir el último suspiro de su padre.

El pobre señor no había podido resistir aquel rudo golpe del infortunio. Gimiendo bajo el peso de una calumnia atroz, él, cuya larga existencia había sido intachable, arrastrando la pesada y envilecedora cadena del presidiario, sin noticias de su familia y sin poderse comunicar con ella, adquirió bien pronto la más destructora de las enfermedades, la tristeza: esto, unido á los miasmas deletereos de aquel matadero de seres humanos, enervó sus fuerzas de tal manera, que cinco dias después de haber tenido el inefable consuelo de ver á su idolatrado hijo, axhaló en sus brazos el último aliento.

Leopoldo, loco de dolor, pero haciéndose superior á las circunstancias dió cristiana sepultura al cadáver del venerable anciano, modelo de padres virtuosos; logró comprar á un soldado la cadena que por tres meses llevó su padre sujeta al pie, la cual juró conservar como reliquia sagrada, y regresó á Guatemala dejando un pedazo de su corazón en aquellas inhospitalarias playas donde quedaban para siempre los venerandos restos del autor de sus dias.

No fué menos penoso su regreso á Guate-

mala, donde todavía lo aguardaba una nueva desgracia, tan grande como la que acababa de sufrir. ¡Su madre también había muerto!

La desgraciada señora no pudo seguir á don Miguel cuando le fué arrebatado por los esbirros del Corregidor de Suchitepéquez; pero tan pronto como le fué dable se puso en camino para Guatemala, á donde llegó pocos dias después de la salida de Leopoldo para San Felipe, de suerte que no pudo recibir la carta que éste le dirigiera desde el mesón de Córdoba; y como él no había participado á nadie sus intenciones, si se exceptúa María, quien no recibió la carta que continuaba durmiendo en el fondo del cofre de la niña Goya, nadie pudo dar noticias de él á la infeliz madre, que sufrió un golpe de muerte. Una terrible aneurisma aguda se le desarrolló, y en siete dias la condujo al sepulcro, sin haber tenido tiempo más que para dejar en manos de la patrona de Leopoldo el producto de sus economías de muchos años: ochocientos pesos

Todo esto le contó la patrona al pobre huérfano, no sin emplear todas las precauciones posibles para disminuir hasta donde fuera dable la rudeza del golpe. Todo fué inútil, sin embargo: tanta fatiga física y tantas desgracias juntas le produjeron una tercera enfermedad, de la que sólo escapó por un verdadero milagro.

El primer día que salió á la calle, fué al hos-

pital á visitar los despojos de su tierna madre, que descansaban en un modesto nicho, gracias á la bondad de doña Mercedes, quien sin tocar los ochocientos pesos, sufragó todos los gastos del enterramiento. Allí lloró el desgraciado joven á la amorosa madre, que murió de amor, mientras él estaba cumpliendo otros sagrados deberes: esa fué la única idea que le sirvió de consuelo.

Pocos días después, cuando ya había disminuido un tanto su terrible dolor, se dió en buscar á la única en el mundo que podía proporcionarle algún alivio; pero todos sus pasos fueron inútiles. María estaba sirviendo de criada donde él menos podía imaginarlo; y doña Micaela, medio loca, no salía de la casa donde por caridad estaba hospedada; de suerte que era imposible que encontrara sus huellas.

Desalentado y triste, pues; con un inmenso vacío en el alma, no le quedó más recurso que ir á contemplar las paredes de la antigua casita de doña Micaela, donde en otro tiempo había sido tan feliz. Allí estaba, cuando con inexplicable gozo vió salir á María, pero ya los lectores saben lo que sucedió.

¡Oh! Si María hubiera consentido en recibir su carta, cuántas lágrimas se hubieran ahorrado.

Pero estaba escrito que aquellas lágrimas no se habían de secar.

La doble venganza de Josefina se había realizado más allá de sus esperanzas y deseos, porque nuestros lectores habrán adivinado que el anónimo que delató á don Miguel, fué obra de Tomasito.

XIII.

LA CARCEL

¡María está en la cárcel!

¡La cándida doncella, la pudorosa virgen, la celestial criatura que no tiene sobre su conciencia ni la más pequeña mancha, está confundida con las criminales de la peor especie! ¡Está encerrada en la mansión del crímen, acusada y *convicta* del delito que más ensucia á una mujer: del delito de **prostitución!**

¡Horror!!

¡Ella, la virgen inocente que ha tributado toda su vida fervoroso culto á la honra; ella, que prefirió la miseria y el hambre, á la pérdida de su

honor inmaculado, gime ahora bajo el peso de una sentencia infamante que la declara **prostituta!**

¡Y vive todavía? ¿Y no ha sucumbido abrumada por tan horrible dolor?

Si, vive; pero vive sumida en la más negra desesperación! Ni ella misma comprende cómo ha podido resistir sin morirse á tan tremendo golpe!

Un mes duró su proceso: acusada por el General Velarde de haber ejercido la prostitución, en su propia casa, con abuso de confianza, no pudo negar la existencia de las terribles pruebas que contra ella obraban. Negó, si, con toda la energía de que es capaz una mujer honrada, haber cometido el delito; pero no pudo destruir la fuerza de la prueba acumulativa que la condenaba.

Su defensor, nombrado de oficio por el tribunal, un pasante de primer año, hizo una de esas defensas de pacotilla, escrita á la carrera, para salir del paso: alegó la falta de escuelas, la *ignorancia*, patrimonio de la *clase abyecta* á que pertenecía la acusada, y concluyó implorando la clemencia del Juzgado, para que se impusiera á la reo la menor pena posible, ya que no era dable desconocer su delincuencia.

¡Y aquel defensor, no había visto ni una sola vez á su defendida! ¡Y aquella *ignorante* sabía

francés, leía inglés y había sido la más distinguida alumna del colegio! Pero en los autos aparecía como *criada* de la casa del General Velarde, y por fuerza debía de pertenecer á la *clase abyecta* de las hijas del trabajo. ¡Así cumplían y así cumplen todavía los defensores de oficio su sagrada misión!

El Juez, hombre digno, incorruptible, imparcial aplicador de las leyes, *yuxta allegata et probata*, juzgó que debía condenar y condenó. Dos veces había visto á la acusada: cuando le recibió su declaración *indagatoria* y cuando le tomó confesión con cargos: en ambas ocasiones se conmovió, al ver la interesante figura de la joven; pero él no pertenecía al Areópago, él no era de los que absolvieron á Friné por su hermosura. Tal vez leyó en los ojos de la niña su inocencia; pero leyó en los autos su culpabilidad, y, Juez antes que hombre, la condenó á cinco años de reclusión en la cárcel de su sexo.

La sentencia le fué leída, con el aparato que entonces se desplegaba, por el actuario del Juzgado, en presencia del Juez y rodeada de gendarmes y todos los oficinistas y pasantes. Cuando oyó que se la condenaba á morir en la cárcel, porque cinco años para ella equivalían á la muerte, tuvo que hacer esfuerzos supremos para no estallar en desgarradores gritos.

—¿Se conforma usted con la sentencia que se

le ha leido? – preguntó con voz gangosa el escribano.

La infeliz criatura no entendía el tecnicismo forense: al oír hablar de conformidad, creyó que se trataba de su conformidad con la voluntad divina, á la cual estaba tan acostumbrada, y con voz entrecortada por los sollozos, respondió:

—Me conformo.

—¡Confesión!—dijeron los curiales!–¡Reconocimiento de su culpa! No quiso apelar; ¿para qué, si está suficientemente probado su delito? ¡Bastante había sido su audacia en negar hasta hoy!

Y mientras estos comentarios se hacían, la mártir era conducida de nuevo á la cárcel para no volver á salir de ella!

Desde entonces dejó de ser sumariada para pasar á la categoría de las rematadas, es decir, de las malditas de la sociedad, de las marcadas con el vergonzoso estigma de la infamia. Como según las ideas de aquel tiempo, se consideraba á la sociedad en estado de guerra con el delincuente, no había compasión de ningún género para el infeliz rematado; y si las mujeres no llevaban cadena al pie ni recibían los *vergazos* con que á diario se atormentaba á los hombres, no por eso dejaban de estar sujetas á un trato cruel y reducidas á la más miserable condición.

Así, María, confundida con las mujeres más

despreciables, en íntimo contacto con las rameras, con las ladronas, con la canalla más vil y detestable, asemejándose á la nítida azucena en medio del lodazal, fué destinada á llevar la misma vida y á prestar los mismos servicios que se exigían de todas las rematadas. Lavaban la asquerosa y nauseabunda ropa de los presos, molían el maíz para el rancho de los mismos y hacían los oficios más bajos que demandaba el aseo de la prisión: por la noche, aglomeradas en un pestilente y mal ventilado dormitorio, cuyas rejas se cerraban á las seis en punto de la tarde, se acostaban juntas, revueltas, en el suelo, sobre sucios petates, mal cubiertas con inmundas cobijas. ¡Allí de las conversaciones lúbricas y libidinosas! ¡Allí de las palabras soeces y posturas indecentes que hacían más daño á la casta virgen que la misma pena infamante que sobre ella pesaba! ¡Oh! Aquello era insoportable para la pobre niña; aquel martirio horroroso era para ella mil veces más terrible que el infierno del Dante!

Dos veces había recibido la visita de Marcela: la pobre vieja supo por la señora Juana la desgracia de la niña, y no dando crédito á lo que oía, voló á la *casa nueva* para saber la verdad. Allí se le dijo que sí, que estaba presa, pero que no se permitía verla sino los domingos de las 12 á las 3 de la tarde. El primer domingo siguien-

te, tuvieron ambas el consuelo de verse, ya que no podían abrazarse, por impedirlo la reja que las separaba.

Marcela le dió noticias de su madre: la señora seguía lo mismo; bien, en la apariencia; pero como no hablaba, no podían conocerse sus sentimientos. Se mantenía haciendo muñequitas de trapo, á las que vestía con mucho primor, y después las iba desvistiendo poco á poco, sustituyendo los vistosos trajecitos con unas enaguas de mengala.

María dió un profundo suspiro al oir este último detalle, y dijo:

—¿Y no pregunta por mí?

—Por fortuna no: si se le habla de usté, se pone muy alegre y son las únicas veces que pronuncia algunas palabras; y cuando no quiere tomar sus remedios ó sus alimentos, basta con que yo le diga que usté lo manda para que lo haga sin *repunnancia;* pero si no oye mentar su nombre de usté, ella tampoco dice nada nunca. Yo creo que se hace la ilusión de que usté es una de las muñequitas que viste y desviste *costantemente* porque les habla en voz muy baja y se sonríe con ellas.

—¡Pobrecita de mi alma, dijo llorando María, no la volveré á ver más! ¡Por Dios, Marcela, por María Santísima, que no vaya á saber nunca que estoy en la carcel! Si alguna vez sale de

su mutismo y pregunta por mí, dígale cualquier cosa, dígale que me he muerto, menos que estoy presa, porque eso la mataría sin remedio!

También Leopoldo intentó verla varias veces, pero no lo consiguió: cuando le dijeron á María que un hombre la esperaba en la reja, se negó rotundamente á salir, manifestando que ningún hombre tenía nada que hacer con ella.

Así las cosas, llegó la Semana Santa de 1864. El viernes de Dolores de cada año se practicaba la visita general de cárceles, con aparato imponente que servía de diversión á los reos de ambos sexos que habían perdido la vergüenza; pero que era un suplicio horrible para las que, como María, hubieran querido sepultarse en el fondo de la tierra y que su nombre se borrara del libro de los vivos.

El Regente y Magistrados del Tribunal Supremo de Justicia y Cortes de Apelaciones, los Jueces de 1.ª Instancia, el Corregidor del Departamento, los Alcaldes Municipales que entonces ejercían las funciones de Jueces de Paz y otros muchos funcionarios y particulares, se presentaron en tal día de aquel año en la cárcel de mujeres, ó casa nueva, como vulgarmente se denominaba, para practicar la visita de ley.

Las presas en correcta formación, estaban colocadas á la vista de los espectadores, como en pública exhibición, para mayor castigo de sus

culpas. Entre ellas descollaba la interesante figura de María: su juventud, su belleza, su actitud humilde pero digna y sobre todo su candor, que no podía menos de notarse en ella á primera vista, llamaban poderosamente la atención de toda la concurrencia. Todas las miradas estaban fijas sobre ella, y ella las sentia, y también sentía que se moría de vergüenza.

Dió principio el acto en la forma acostumbrada. El escribano actuario de cada tribunal, llamaba una por una á las reos sumariadas, y las hacía saber el estado de su causa y la última providencia dictada en ella, y luego se comenzaba á llamar á las rematadas, para repetirles, sin duda con el objeto de que no lo olvidaran, la sentencia que habia recaído en sus respectivas causas.

Cuando llegó el turno á María, visiblemente conmovida, temblando de emoción y de vergüenza y con la palidez de la muerte, se desprendió del lugar en que estaba y fué á colocarse en donde lo habían hecho las que la habían precedido en aquel empadronamiento de la infamia.

—María Agueda López, leyó el escribano, de 17 años de edad, extingue condena de cinco años de reclusión por el delito de ejercitarse en la prostitución, con abuso de confianza, en la casa donde servía. Terminará el 18 de diciembre de 1868.

Un extremecimiento nervioso agitó todo su

cuerpo, sus puños se cerraron con una expresión de reconcentrada ira y la poca sangre que circulaba en sus venas se agolpó á su lindo rostro cubriéndolo de rubor. Quiso hablar, pero tuvo el buen sentido de comprender que sólo conseguiría ponerse en ridículo; y cuando el escribano acabó de pregonar su deshonra, volvió, dando un suspiro que sacó de lo íntimo del alma, á ocupar su puesto en la fila de donde se había destacado. Esta protesta muda pero elocuente, acabó de conquistarle las simpatías de todos los circunstantes. Las mismas presas no pudieron menos de sentirse conmovidas. Sólo Tomasito, que había asistido con los pasantes de derecho no cabía en sí de gozo: aquella sinvergüenza lo despreció en otra ocasión, y ahora sufría el castigo de su soberbia.

Concluido el acto, y mientras las autoridades pasaban á recorrer el edificio para imponerse de sus condiciones higiénicas y dictar las providencias á que hubiera lugar, el Regente, que no había quitado la vista de María y que encontrando en sus facciones notable parecido con las de la excelente señora que había estado en otra época á hacerle una consulta delicada, recordó el incidente de la escritura pública falsificada que dejó en la calle á doña Micaela, y se hizo conducir á un lugar apartado de la cárcel, mandando que le presentasen á María.

—¿Usted, señorita,—le dijo—se llama María López?

Desde que María estaba descalza, esa era la primera vez que se oía llamar señorita, por lo que, agradeciendo de todo corazón al respetable anciano aquella marcada distinción, le contestó con humildad.

—Si, señor.

—¿Es usted pariente de doña Micaela de López?

—Soy su hija, señor.

—¿Cuál es el motivo por que Ud. está presa?

María guardó silencio.

—No tema usted, señorita,—continuó el Regente;—háblemecon franqueza: no es una simple curiosidad mía la que me mueve á hacer á usted esta pregunta; es el interés que me inspira su juventud, y además el recuerdo que al verla he hecho de una estafa sin ejemplo de que fué víctima la señora madre de usted. Por lo demás, yo soy viejo, tengo demasiado conocimiento del mundo y soy por consiguiente tolerante con los errores y extravíos de la juventud, que la mayor parte de las veces cae más por inexperiencia que por maldad. Sea usted franca, pues, y no tenga empacho en decírmelo todo, con entera franqueza, como si usted hablara con su padre.

—Señor,—respondió María,—yo he oido decir que todos los criminales dicen que son inocentes

cuando se les pregunta la causa de su prisión; y temerosa de que usted me confundiera con ellos no me atrevía á decir que estoy padeciendo injustamente; pero como tampoco debo confesarme culpable de un delito que no he cometido, preferí guardar silencio. Usted me ordena, sin embargo, que le haga la relación de mis desgracias, y voy á hacerlo con toda la minuciosidad necesaria, aunque tenga que descender á detalles al parecer insignificantes, para que se comprenda toda la extensión de mi infortunio. Aquella estafa, señor, de que usted me hablaba antes se consumó del modo más inicuo, dando por resultado que quedáramos mi pobre madre y yo reducidas al más lamentable estado de miseria: esto fué causa de que yo me viese en la necesidad de ponerme á servir de criada en la misma casa de que se nos había despojado y á la misma persona que nos despojó; y allí fué en donde se verificó últimamente el hecho que ha motivado mi prisión. Pero usted no me comprendería, señor, si yo no trajera las cosas desde su verdadero origen; y ya que tiene la benevolencia de escucharme, voy á comenzar mi relación desde el principio.

Y refirió al Regente toda su historia con ingenua sencillez, desde sus primeros años pasados al lado de Josefina, hasta el momento en que la llevaron á la cárcel; y para que el bon-

dadoso anciano pudiera formarse juicio completo de todo y comprendiera la causa de los rabiosos é injustos celos de su perseguidora, no omitió, por más que le causara suma vergüenza, hablarle de sus relaciones con Leopoldo, confesando por la primera vez de su vida que lo amaba con vehemencia; pero que su amor había permanecido siempre oculto, en términos que ni el mismo Leopoldo había llegado á sospecharlo.

—¡Cuánta maldad, Dios mio,—dijo el Regente,—se encierra en el corazón humano, y cuántas injusticias se cometen en la sociedad! ¿Y dice usted que esa señora es joven?

—Tanto como yo, señor; apenas me lleva ocho meses de edad.

—¡Es inconcebible!.... En fin, no se desaliente usted, tenga paciencia: no en vano he querido que usted me hablara con franqueza; algo me decía en mi interior que usted no era delincuente, y he tenido la satisfacción de ver que no me equivocaba, porque yo no dudo ni un momento que usted me ha dicho la verdad. No sé que se pueda hacer, porque mis facultades son limitadas: pero en fin, veremos....tal vez el indulto....

—¿Qué es eso, señor?—se atrevió á preguntar María.

—El derecho de gracia ó de perdón que tiene el Presidente de la República para poner en libertad á los reos cuando por su conducta lo

merecen. Si usted hace una solicitud al señor Presidente....

—¡Ah! no señor,—interrumpió María con dignidad.—Eso no lo acepto, porque en lugar de aprovecharme me perjudicaría. Si no se ha de proclamar públicamente mi inocencia, prefiero morir en la cárcel antes que reconocerme culpable, acogiéndome á un perdón que no necesito, puesto que no he delinquido. Yo no entiendo nada de esto, señor, pero me figuro que es más digno de las consideraciones sociales el que purga en la cárcel su delito extinguiendo su condena hasta el fin, que el que debe su libertad á la gracia ó al perdón.

—Tiene usted mucha razón, señorita,—dijo el Magistrado admirando la elevación de ideas de la joven.—Tiene usted razón. Veremos, pues por otro lado que es lo que se hace. ¿Cómo dice usted que se llama el joven que la pretendió en otro tiempo?

—Leopoldo Salazar, contestó María con rubor.

—¿Dónde vive?

No sabría decirlo porque desapareció de Guatemala, según se me informó, desde el dia en que mi pobreza ó el capricho de la que llegó á ser mi señorita me obligó á abandonar mi antiguo traje; pero en aquella época vivía en la casa de huéspedes de doña Mercedes Soto.

—Está bien,—dijo el Regente, apuntando en

su cartera aquellos datos, y haciendo llamar á la Rectora de la cárcel le dijo en presencia de María:

—Esta joven es culpable de un delito grave ante la ley; pero es inocente ante mi conciencia de hombre honrado. En este concepto pues, recomiendo á usted que en todo aquello que no se oponga al régimen de la casa y que sea compatible con el cumplimiento de los deberes de usted, procure suavizarle su penosa situación.

Y saludando cortesmente á María, como si no fuera una infeliz penada, fué á reunirse con sus compañeros.

En cinco meses que llevaba de encierro, aquel era el primer dia que la pobre niña recibía algún consuelo.

Un mes más tarde tuvo otro, si consuelo puede llamarse el reconocimiento aislado que alguna persona hacía de su inocencia.

El Canónigo don Julián Alfaro es uno de los sacerdotes que más perdurable recuerdo han dejado en Guatemala.

Hombre digno bajo todos conceptos, virtuoso en toda la extensión de la palabra, celoso como el que más de la pureza de las costumbres, quería que cada individuo fuera un modelo de virtud y de honradez. Sencillo y campechano en su trato, usaba un lenguaje vulgar y algunas veces rudo: le gustaba mucho predicar;

pero lo hacía con tan mal éxito, que lejos de conseguir la edificacion de sus oyentes, sólo provocaba su hilaridad. Siempre que pasaba por algún cuartel ó por donde quiera que había alguna aglomeración de gente, era seguro que el Señor Alfaro se paraba á echar un largosermón.

Era enemigo incondicional de las mujeres y de una manera especial de las *muchachas bonitas*, á quienes llamaba *bodoquitos de carne*, de que se vale el diablo como cebo para pescar hombres. Vez hubo que en plena catedral, á la hora de la misa mayor, se encarara con alguna señorita para dirigirle en voz alta algún reproche.

Cuéntase que un miércoles de ceniza, en los momentos que se ocupaba en estampar en la frente de los numerosos fieles el signo de la redención que les recuerda lo que fueron y lo que han de ser, se aproximó una señorita de lo más visible de la capital á recibir la marca santa, y el Padre Alfaro le dirigió la palabra preguntándole por tres veces, al mismo tiempo que le enseñaba la cruz de madera impregnada en tinta:

—¿Qué es esto?....¿qué es esto?....¿qué es esto?

Y como naturalmente la señorita, roja de vergüenza, no le podía contestar, le imprimió con fuerza la cruz en la frente, diciéndole:

¡Crinolina !!

En aquel tiempo se estaban usando las exaje-

radas crinolinas, que indudablemente no merecían las simpatías del virtuoso sacerdote.

Pues bien; el Padre Alfaro obedeciendo á su prurito de predicar en todas partes, iba con mucha frecuencia á las cárceles á satifacer ese deseo, y una vez, con tal objeto, se presentó en la casa nueva.

La rectora mandó formar como hacía siempre en circunstancias análogas, á todas las presas á lo largo del salón, y ya el buen Canónigo había comenzado á dirigirles la palabra, cuando de repente se fijó en María. Verla y encararse con ella echando llamas por los ojos, fué todo uno: le parecía que había visto á Satanás en persona.

—¿Y tú por qué estás aquí?—le preguntó con cólera.—De seguro que no es por nada bueno. Si te hubieras estado quieta en tu casa, en vez de andar de sabandija azotando calles y sirviendo de instrumento al diablo para la perdición de los hombres, no estarías ahora en este lugar. Pero de estas *tuzas* no se puede esperar nunca nada bueno.

María sudaba de vergüenza: no conocía al Padre Alfaro y no sabía por consiguiente que todo aquello lo hacía de buena fe, sin ánimo de ofender y creyendo que de ese modo lograba que volvieran al redil las ovejas descarriadas. De repente la asaltó un pensamiento, y sin de-

tenerse á reflexionar si era ó no oportuno ponerlo en práctica, cortó la palabra al sacerdote y le dijo:

—Padre, quiero confesarme: hágame usted el favor de oír mi confesión.

—Magdalena tenemos,—dijo el Padre visiblemente contrariado.—A buena hora se te ocurre. Eso debiste haberlo hecho antes y no cuando ya estás en la sombra sufriendo el castigo de tus liviandades.

—Suplico á usted que me oiga, interrumpió María,—pero ha de ser en el tribunal de la penitencia, porque sólo así me creerá. Hace seis meses que estoy presa y por eso no tengo yo la culpa de no haberme confesado antes; pero ahora que se me presenta la ocasión, no quiero desperdiciarla.

No hay sacerdote católico que conozca sus deberes, que no se preste á oír á un penitente cuando le pide su mediación para reconciliarse con Dios; así es que el virtuoso prebendado no quiso negarse, y aunque á regaña dientes, después de hacer salir á las demás presas, fué á sentarse en uno de los rincones más apartados del salón, donde María se arrojó á sus piés.

Allí, como lo había hecho un mes antes en presencia del Regente, hizo la relación exacta de toda su vida; pero más minuciosa, sin dejar de referir ni el más insignificante detalle.

El sacerdote estaba verdaderamente admirado: no creía que una mujer, que un *bodoquito de carne botado por Satanás* para pescar hombres, fuera capaz de tanta virtud y tanta abnegación para el sufrimiento. Hubo momentos en que temió que María lo estuviera engañando.

—¿Sabes,—le dijo,—que estás hablando ahora con el mismo Jesucristo, y que cualquier mentira en tu boca sería un sacrilegio?

—Lo sé, señor; y juro á usted que estoy diciendo la verdad.

—¿Pero por qué no has hablado, criatura? ¿Por qué no lo has dicho todo denunciando á esa desgraciada que tanto daño te ha hecho?

—Porque no me creerían, porque no tengo pruebas, porque los hombres son ciegos y no pueden descubrir nada. Por eso busco el consuelo á los piés del sacerdote, del Ministro del Altísimo y declaro la verdad de los hechos en el único tribunal donde no es posible la mentira.

—Y yo te creo, pobre niña, y te absuelvo de todo pecado, si pecado hay en todo lo que me has referido: sigue resignada por el camino del dolor, que es el camino que conduce al cielo: no pierdas la paz de tu alma; sufre y sufre por amor de Dios: día vendrá en que tus lágrimas se conviertan en gozo. No olvides nunca que son *bienaventurados los que lloran porque ellos verán á Dios; bienaventurados los que padecen persecu-*

ción por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Y colocando sus manos, trémulas por la emoción, sobre la cabeza de María, la acarició dulcemente, después de pronunciar las palabras santas de la absolución sacramental.

Aquella fué la primera ocasión y tal vez la única de toda su vida en que el padre Alfaro hiciera una caricia á una mujer.

El Regente de la Corte estuvo preocupado durante todo el día posterior al de la visita de cárceles: había pedido al Juzgado la causa de María, y pudo convencerse de que la prueba era concluyente, no habiendo por ese lado nada que esperar. Fuera de que, aun en el supuesto de haber encontrado algún defecto, algún vicio de sustanciación, alguna deficiencia en la prueba, la *cosa juzgada* lo subsanaba todo. No había remedio: la desgraciada niña estaba perdida para siempre!

—Pero es inocente, decía, no me cabe duda de que es inocente. Aquella relación tan completa que me hizo de las desgracias de su vida, no puede ser una farsa. Su acento era el acento de la sinceridad: en su mirada tan pura se revelaba toda su inocencia. ¡Pobre, pobre niña! ¡Y que no me sea dable hacer nada en su favor!

Había dado orden á los gendarmes de que

buscaran con empeño á Leopoldo Salazar: pensaba en el indulto, como único medio de salvar á María, pero como ésta le había dicho que en ningún concepto lo aceptaba, creyó que Leopoldo sería el único que pudiera lograr de ella que haciendo á un lado sus escrúpulos, se acogiera á la única tabla de salvación con que podía contarse.

Pero los gendarmes no encontraban á Leopoldo por ninguna parte, porque apenas se le veía muy de tarde en tarde por su casa: se había entregado por completo al vicio de la bebida, y pasaba los días y las noches acompañado de malos amigos, en constante francachela.

Pasó pués más de un mes, desde la visita, sin que se tuviera noticia de él; pero un día, cuatro ó cinco después del incidente ocurrido con el Padre Alfaro, la rectora de la cárcel entregó á María una carta del Sr. Regente en que le recomendaba que oyera unos momentos al portador. María, en su condición de reclusa, no pudo negarse aunque con marcada repugnancia, á obedecer la orden de la primera autoridad judicial de la república; y fué á la reja, donde la aguardaba anhelante el desgraciado Leopoldo.

—Aquí me tiene usted, caballero, le dijo con visible mal humor; sírvase usted decir qué se le ofrece.

—De orden del Sr. Regente, señorita, que

tenga usted la bondad de escucharme.

—Escucho á usted, respondió María, pero por compasión sea usted breve: no aumente usted con su presencia los martirios de mi alma, no renueve los dolores que me han torturado por tanto tiempo el corazón. Si la amistad con que usted me favoreció en otro tiempo tiene todavía á sus ojos algún valor, si alguna lástima merece la que se vió despreciada cuando tuvo la necesidad de descalzarse para dar pan á su madre, y hoy se ve encerrada en una cárcel, confundida con las criminales, yo imploro de usted esa lástima para que no me atormente mucho tiempo.

—María, contestó Leopoldo con los ojos cubiertos de lágrimas, no sea usted cruel, por Dios! No me asesine usted con esas palabras que nunca he merecido: escúcheme usted con calma y después haga justicia. Si después de haberme oido, usted cree que merezco su desprecio, maldígame usted, que yo sabré resignarme; pero no puedo consentir en que usted me juzgue sin conocer los hechos. Si usted hubiera querido oirme cuando la encontré al salir de la maldita casa donde usted servía; si hubiera leído la carta que le dirigí por medio de la cocinera, tal vez hoy sería otra nuestra suerte; pero usted no lo quiso y las consecuencias de aquella negativa han sido la completa ruina de los dos. Escú-

cheme usted ahora sin embargo; aunque ya las cosas no tengan remedio, aunque hayamos de ser desgraciados para toda la vida, tengamos siquiera el consuelo de saber que no hemos desmerecido el uno de la otra; que los vínculos que antes nos unían son los mismos; que yo soy para usted el hermano cariñoso que la ayudaba á llorar sus desventuras, y que usted me permite seguirla amando en silencio, con el amor inmenso con que la amo desde que la conocí.

Luego, contó Leopoldo todas las desgracias que le habían sobrevenido desde aquel domingo fatal en que su padre entró preso de Mazatenango, y terminó diciendo:

—Esto era lo que yo quería que usted supiera, esto le decía en la carta que le escribí. Ahora dígame: ¿he merecido los desvíos de usted? ¿he merecido su desprecio? ¿Soy todavía digno de llamarme su hermano?

María no podía responder: el dolor más vivo se pintaba en su semblante: dos ríos de lágrimas manaban de sus ojos.... Se reprochaba á si misma su excesiva crueldad; casi se creía autora de las desgracias de su amado. Pasó sus ya descarnados pero siempre lindísimos brazos por entre las barras de la reja y apretando convulsivamente las manos de Leopoldo contestó:

—¡Perdóneme usted, amigo mío, perdóneme usted por el amor de Dios, el mal juicio que me

formé de usted! ¿Quién lo había de pensar?, quién había de figurarse tantas desgracias acumuladas en un solo momento? ¡Y suceder eso, precisamente cuando usted me vió por primera vez de naguas y descalza! ¿Cómo no iba yo á pensar que usted me despreciaba? Escuche usted á su vez el origen de mi transformación y escuche también todo lo demás que me ha acontecido desde aquella fecha fatal.

Y lo refirió todo, sin ocultar ni los padecimientos actuales á que estaba sujeta. Quería demostrar á Leopoldo que ella sufría más y que esos mayores sufrimientos eran el justo castigo de su inflexibilidad para con él.

Lloraron ambos y Leopoldo besó con frenesí las delgadas y transparentes manos de María; y cuando se hubieron serenado un tanto, ella continuó:

—Bendigamos á Dios que nos ha enviado este dulce consuelo: de mí sé decirle que se me ha quitado del pecho un horrible peso que no me dejaba respirar. Ya estoy más tranquila, ya sé que todavía hay en el mundo, además de mi pobre madre, quién piensa alguna vez en mí. Ahora, váyase usted: nuestra entrevista se ha prolongado mucho tiempo; estoy presa por prostituta y no quiero que mis compañeras digan que usted es el cómplice de mis liviandades: váyase y no vuelva á verme; sus visitas al través de esta

reja que para siempre, nos separa, sólo servirán para aumentar mi dolor.

Leopoldo no se movió:

—Todavía tengo algo que decirle, contestó: por hablarle de mí, me he olvidado de un encargo del Sr. Regente. Este buen señor ha pensado mucho en usted y quiere sacarla á todo trance de aquí; pero dice, con pena, que es de todo punto imposible, si no desecha usted los escrúpulos que la detienen para pedir el indulto.

—¡No! dijo María; eso si que no! Usted no querrá, Leopoldo, que yo acabe de envilecerme pidiendo perdón de un delito que no he cometido. Déjeme morir aquí: yo sé que no saldré viva de la cárcel, pero moriré con la conciencia limpia de toda mancha y sin haber dejado de protestar ni un sólo momento contra la injusticia del mundo.

Y como notase que Leopoldo quería insistir, agregó:

Si usted me ama de veras, no vuelva á hablarme de ese asunto: la muerte antes que la infamia. Usted no querrá que la que hizo objeto de su amor, se humille reconociéndose culpable de una falta que no ha pensado jamás en cometer. Aquí moriré sublimada por el sufrimiento y no faltará alguno que me compadezca; pero si me vieran libre por las calles antes de extinguir mi condena, todos me señalarían con el dedo diciendo: "Esa

es la prostituta, que si ya no está en la cárcel, es porque la perdonó el Presidente." No; imposible: yo no aceptaré jamás á ese precio mi libertad. Cumplamos nuestro destino, amigo mío; déjeme morir aquí, que estoy resignada, casi contenta desde que lo he vuelto á ver á usted. Piense en mí, cuide de mi pobre madre y pídale á Dios con todo el fervor de que sea usted capaz que termine ya mis sufrimientos enviándome pronto la muerte, que es el mayor bien que puedo ambicionar.

—¡María, María de mi alma, no me hable usted así porque me despedaza el corazón! ¡Qué desgraciado soy, Dios mio! ¡Oh! Pero yo la vengaré á usted. Ya que no me es posible sacarla de este averno en donde se está consumiendo; ya que mi impotencia es tal que no me es permitido devolvérsela al mundo, esa serpiente infame no gozará mucho tiempo de su triunfo; yo se lo juro á usted.

—No, Leopoldo; no amigo mio no intente Ud. nada. Deje usted á Dios lo que es de Dios; El sabrá hasta cuando le conviene tolerar las perversidades de esa pobre mujer. Es más desgraciada que yo, y por consiguiente más digna de nuestra compasión que de nuestro odio. Pero ya no puedo más: váyase usted, porque siento que me abandonan las fuerzas. Adiós....no me olvide nunca y consuele á mi pobre madre.

—¡María, María! ¿Y me abandona usted así? ¿Y no me dice usted una palabra de consuelo que me dé fuerzas para soportar la vida?

—Pues bien, sí: no tengo ya motivo para ocultarlo. Puesto que no hemos de vernos más en la vida, oiga usted de mis labios lo que mis ojos le han dicho tantas veces.

Y llevándose las manos al pecho, sacó de entre los pliegues de su camisa una bolsita de terciopelo negro, en forma de escapulario, dentro de la cual guardaba con religioso cuidado los amarillentos y casi deshechos pétalos de una flor, y enseñándolos á Leopoldo, continuó:

—Yo lo amo á usted desde el primer momento en que lo conocí; lo amo como no creo que nadie haya amado en el mundo, como usted mismo con todo el amor que por mí siente, no es capaz de comprender. Si no había yo querido confesarlo, era por temor á Josefina; pero hoy que ella ha consumado su venganza y que no tengo más que esperar; hoy que veo próxima la muerte como el fin de mis dolores, ya no debo ocultarlo por más tiempo. Esta flor que he regado mil veces con mis lágrimas, y que todas las noches recibe mis amorosos besos; este nardo que formaba parte del ramo que usted me dió el dia que salí del colegio, dia el más feliz de mi existencia, ha sido el confidente de mis tristes amores. El y el recuerdo de usted me acom-

pañarán hasta el último instante de mi vida. Deme la mano,—continuó atrayendo la mano de su amigo por entre la reja y cubriéndola de besos y de lágrimas.—Adiós, amor mio de mi alma; adiós, Leopoldo de mis ensueños: si no hemos podido ser felices en la tierra, nos juntaremos para siempre en el cielo.

Y cubriéndose la cara con su delantal para contener los sollozos y secarse las lágrimas que inundaban su rostro, se alejó, dejando á Leopoldo muriéndose de dolor y de felicidad al mismo tiempo.

La desgraciada niña fué á arrodillarse delante de la piedra para seguir moliendo el maiz de las tortillas de los presos; mientras Leopoldo, para ahogar su dolor, se fué á un estanco á emborracharse como siempre.

XIV.

EL DEDO DE DIOS.

Transcurrieron dos meses más desde la desgarradora entrevista de María y Leopoldo, narrada en el capítulo anterior.

El tiempo, impasible ante los acontecimientos marchaba con su regularidad acostumbrada, sin cuidarse de hacerse más largo para los elegidos ni más corto para los desheredados de la fortuna.

María y Leopoldo caminaban lenta pero seguramente á su fin: María consumiéndose por el dolor y la fatiga; y Leopoldo matándose con el veneno diario que le devoraba las entrañas.

Tampoco Josefina era enteramente feliz. Había comenzado ya á experimentar las consecuencias de sus actos; pronto iba á dar principio á la expiación de sus infamias.

Ocho meses hacía desde la noche fatal en que recibió en su cuarto á Tomasito, noche terrible para María, porque entonces perdió su libertad; pero más terrible para Josefina, porque en ella perdió su honra.

Pocos dias después comenzó á sentirse enferma, y aunque al principio creyó que las indisposiciones que la molestaban serían pasajeras, pronto tuvo conocimiento de la horrible verdad.

En la época á que hemos llegado de nuestra historia, ya le habría sido imposible ocultar su estado á otro menos ciego que el General; pero afortunadamente para ella, él nada veía; no tenía motivos para sospechar nada de su hija á quien idolatraba y creía un ángel de pureza; y por lo mismo que no necesitaba vigilarla, apenas permanecía muy pocas horas en su casa. Por lo demás, ella había adoptado como traje interior las batas sueltas, y las pocas veces que salía á la calle, la crinolina le servía maravillosamente para que nadie se apercibiera de su situación. En cuanto al momento crítico, ya sabía ella lo que debía hacer. Cuando lo sintiera próximo, se haría trasladar á Mixco, á Ciudad Vieja, á cualquier lugar cercano y allí dejaría abandonado en manos mercenarias el fruto de su liviandad. Y si por una de esas casualidades que son tan frecuentes en esos casos, las cosas se precipitaban de tal manera que no le dejasen tiempo para nada, tendría valor, se encerraría en su cuarto y allí, sola, sin nadie que pudiera ser testigo de su deshonra, ahogaría lo que viniera y no le faltaría después donde arrojarlo.

Pero á pesar de esa resolución criminal que hubiera puesto en práctica si Dios no arregla las cosas de otro modo, no era feliz: la molestaba de vez en cuando un negro presentimiento de algo grave que le iba á acontecer.

Leopoldo había continuado en su carrera de perdición: ya no se ocultaba de las gentes y hasta se había atrevido alguna vez á pedir públicamente un real ó un medio para quitarse *la goma*. No tenía ninguna esperanza de salvar á María. El Regente mismo le dijo en varias ocasiones que aquello no tenía remedio, puesto que ella se negaba á pedir el indulto.

No volvió á ver á María, porque ella le suplicó que no volviese; pero por la rectora de la cárcel supo que el estado de la infeliz era muy crítico: estaba enferma y su enfermedad hacía rápidos progresos: el médico no había declarado aun que enfermedad tenía: no sabía si se trataba de una consunción pulmonar ó de una afección del corazón; pero de todos modos era cosa perdida: tenía que morirse y muy pronto. Ya la habían exonerado de los trabajos fuertes y le permitían que durmiera en un calabozo, sin más compañía que dos presidiarias jovenes como ella.

—Muramos, pues,—se dijo Leopoldo,—si esa es la suerte que nos brinda el destino. Muera ella como presidiaria en una cárcel; yo moriré como borracho en cualquier taberna: la misma loza nos recibirá en el hospital; la misma tierra nos cubrirá en el cementerio: nuestras almas irán, como ella dice, á juntarse en el cielo.

Y se entregó con más furor que nunca á la bebida.

Como ya no tenía que gastar, como había dado fin hacía mucho tiempo á los ochocientos pesos que le dejó su pobre madre y á lo que le produjo la venta de sus libros, sus ropas y todo cuanto tenía, bebía ahora á expensas de sus amigos, y decimos bebía, porque era lo único en que pensaba: la comida y la ropa lo tenían sin cuidado.

Pasaba las noches donde le cogían: en la grada de una puerta, bajo la mesa de un estanco, ó en la casa de algún amigo, cuando tenía la suerte de embriagarse con él.

Uno de sus compañeros de crápula era Tomasito: este ente corrompido tenía todos los defectos reunidos y ninguna buena cualidad ni física ni moral. Cuando no pasaba las noches en los lupanares, las pasaba con sus amigos en las tabernas ó garitos.

Una noche estuvieron bebiendo hasta muy tarde en *El Globito* Tomás, Leopoldo y algunos otros camaradas de ambos, y se retiraron á casa del primero á eso de las dos de la mañana. En la puerta se separaron dejando solos á Leopoldo y Tomás. Este sentía por su víctima cierta especie de predilección; y algo así como el remordimiento de todo el daño que le había causado, hacía que con mucha frecuencia se lo llevara á su casa, donde lo proveía de todo lo

que pudiera necesitar para prolongar más tiempo la vida de libertinaje á que se había entregado.

Tomás mandaba en su casa como señor absoluto, porque Emma continuaba en el colegio haciendo el último año de sus estudios, y don Timoteo llevaba cinco meses de estar padeciendo de una parálisis de las piernas que no lo dejaba andar. En esos cinco meses Tomás había tenido tiempo de derrochar casi todo el capital de don Timoteo.

La noche de que hablamos, Tomás y Leopoldo estaban completamente borrachos: llegaron tambaleándose hasta el cuarto del primero, y arrojándose el uno en una butaca y el otro en el suelo, quedaron casi en el acto profundamente dormidos.

Leopoldo despertó como á las cinco de la mañana: la borrachera de la noche anterior había sido de las más estupendas, y por consiguiente la *goma* que el infeliz sufría era terrible. Lo primero que hizo al levantarse del suelo donde se había dormido, fue buscar algo con que calmar la ansiedad que lo mataba, pero no encontró nada absolutamente. Comenzó á despertar á Tomás para que le diera alguna cosa, pero un tronco se habría movido primero que él, cuya borrachera duraba todavía: registró sus bolsillos y estaban vacíos. Salió al patio y se arrojó anhelante á la pila para mitigar su sed; pero aun-

que experimentó un momentaneo alivio, á los pocos instantes estaba peor, porque habiendo arrojado toda el agua que bebiera, se sentía morir. Volvió á despertar á su amigo, pero inútilmente: Tomás no habría despertado ni con el disparo de un cañón.

Desesperado Leopoldo se puso á registrar toda la habitación, en busca de una moneda para salir á quitarse la goma en el primer estanco, único remedio que encuentran los infelices que han llegado al estado en que se hallaba nuestro pobre amigo; pero registró inútilmente también, porque Tomasito no tenía allí dinero. Ya estaba para darse á todos los diablos, cuando distinguió sobre la mesa una cajita de ébano con cerradura de plata, medio oculta entre los papeles.

—Allí debe tener dinero, dijo, y se lanzó sobre ella, como gavilán sobre su presa: hizo pedazos la cerradura y....¡Oh rabia! no encontró lo que buscaba. Sólo había unas cuantas cartas y un retrato: el retrato de Josefina.

Por un momento olvidó su malestar para contemplar con odio y tristeza á la vez la efigie de aquella linda mujer, que tanto daño estaba causando á la adorada de su corazón. Luego fijó la vista en el sobre de una de las cartas y vió sin sorpresa, porque el retrato se lo explicaba todo, que la letra era de Josefina y que tenía el membrete: "General Velarde.–Guatemala. C. A"

Un sentimiento de curiosidad le hizo abrir aquella carta y leyó primero con indiferencia y luego con una expresión de infinito gozo, lo siguiente:

"14 de diciembre de 1863.

Tomás:

Eres testarudo como pocos y no habrá más que darte gusto. No temo tus amenazas, pero quiero que tengamos una explicación para saber en lo sucesivo á qué atenernos.

Esta noche á las diez y media, papá estará durmiendo: con la llave que te entrego junto con esta carta, puedes abrir la puerta de calle; yo habré tenido cuidado de quitar antes la aldaba y la tranca: abre sin hacer ruido y éntrate hasta mi cuarto, donde te esperaré y allí hablaremos.

JOSEFINA."

Leopoldo creyó soñar ó ser presa rodavía de la borrachera anterior: leyó otras dos veces la para él preciosa carta y cuando se convenció de que no era una alucinación, se la guardó como un tesoro en el bolsillo interior de su raida levita.

Siguió registrando el cofrecito y tuvo la felicidad de encontrar otra carta más valiosa aún que la anterior.

—¡Oh, se dijo: Dios no hace las cosas á me-

dias! ¡Bendita sea, Dios mio, tu misericordia!

La segunda carta, escrita en el mismo papel y con el membrete del General, decía así:

"15 de diciembre de 1863"

Tomás:

No acabo de explicarme mi debilidad: te llamé anoche para reñir contigo, y te me entregué en cuerpo y alma. Estoy avergonzada y arrepentida, y sólo te pido tengas piedad de mí y no descubras mi caída.

Aunque te dije anoche que vinieras hoy á la misma hora, no vayas á hacerlo, porque nos perderíamos. Anoche tuviste la torpeza de hacer ruido al salir, y papá que estaba despierto salió en tu seguimiento, como tal vez lo notarías. De buena nos hemos escapado. Afortunadamente todas las sospechas han recaído en la imbécil de María, que por arte del diablo estaba levantada á aquellas horas. Papá la encontró en el corredor medio desnuda y hoy acaban de llevarla á la cárcel. La suerte me favorece más de lo que imaginé: la aborrecida rival á quien dejé en la miseria, va ahora á pagar culpas mias en la cárcel.

No vayas pues á hacer el disparate de venir: yo te avisaré cuando puedas hacerlo sin peligro.

Tuya aunque no quiera,

JOSEFINA."

Un sentimiento de curiosidad le hizo abrir aquella carta y leyó primero con indiferencia y luego con una expresión de infinito gozo, lo siguiente:

"14 de diciembre de 1863.

Tomás:

Eres testarudo como pocos y no habrá más que darte gusto. No temo tus amenazas, pero quiero que tengamos una explicación para saber en lo sucesivo á qué atenernos.

Esta noche á las diez y media, papá estará durmiendo: con la llave que te entrego junto con esta carta, puedes abrir la puerta de calle; yo habré tenido cuidado de quitar antes la aldaba y la tranca: abre sin hacer ruido y éntrate hasta mi cuarto, donde te esperaré y allí hablaremos.

JOSEFINA."

Leopoldo creyó soñar ó ser presa rodavía de la borrachera anterior: leyó otras dos veces la para él preciosa carta y cuando se convenció de que no era una alucinación, se la guardó como un tesoro en el bolsillo interior de su raida levita.

Siguió registrando el cofrecito y tuvo la felicidad de encontrar otra carta más valiosa aún que la anterior.

—¡Oh, se dijo: Dios no hace las cosas á me-

dias! ¡Bendita sea, Dios mio, tu misericordia!

La segunda carta, escrita en el mismo papel y con el membrete del General, decía así:

"15 de diciembre de 1863"

Tomás:

No acabo de explicarme mi debilidad: te llamé anoche para reñir contigo, y te me entregué en cuerpo y alma. Estoy avergonzada y arrepentida, y sólo te pido tengas piedad de mí y no descubras mi caída.

Aunque te dije anoche que vinieras hoy á la misma hora, no vayas á hacerlo, porque nos perderíamos. Anoche tuviste la torpeza de hacer ruido al salir, y papá que estaba despierto salió en tu seguimiento, como tal vez lo notarías. De buena nos hemos escapado. Afortunadamente todas las sospechas han recaído en la imbécil de María, que por arte del diablo estaba levantada á aquellas horas. Papá la encontró en el corredor medio desnuda y hoy acaban de llevarla á la cárcel. La suerte me favorece más de lo que imaginé: la aborrecida rival á quien dejé en la miseria, va ahora á pagar culpas mias en la cárcel.

No vayas pues á hacer el disparate de venir: yo te avisaré cuando puedas hacerlo sin peligro.

Tuya aunque no quiera,

JOSEFINA."

Nada más contenía el cofrecito: los otros papeles no tenían ninguna relación con el asunto, pero debajo de todos ellos había una llave que Leopoldo creyó prudente agregar á las dos cartas. Ocultó cuidadosamente el cofrecito donde Tomás no pudiera verlo al despertarse, para que no sospechara nada y no tuviera tiempo de ponerse en guardia, y salió de aquella casa, loco de alegría, no sin dirigír á Tomás una mirada de odio.

Era muy temprano: apenas habían dado las seis de la mañana, y por lo mismo no podía ir á ver al Regente, para entregarle aquellas cartas. Fué pues, á Jocotenango, á buscar noticias de doña Micaela, á quien, por estar entregado á la vida de desórdenes en que pensaba encontrar el fin de su existencia, había olvidado casi por completo. Necesitaba además algún remedio para curarse del terrible malestar que lo atormentaba, y como ese remedio no podía ser otro que el aguardiente, esperaba que Marcela se lo proporcionara. Eso sí, juraba que no volvería á tomar más en toda su vida.

Doña Micaela continuaba más ó menos en el mismo estado: debilitándose mucho, porque apenas comía; pero sin ningún síntoma alarmante. Las muñequitas le seguían sirviendo de distracción y así pasaba la vida sin molestar en nada porque casi no hablaba.

Marcela no quiso dar aguardiente á Leopoldo; pero si le dió un remedio que ella acostumbraba dar á su difunto marido cuando se embriagaba: remedio tan sencillo como eficaz, con el cual Leopoldo recobró toda su energía y estuvo apto para practicar todas las diligencias importantes que debía ejecutar aquel día.

De la casa de Marcela se dirigió á la cárcel donde supo, con satisfacción á la vez que con pena que María había recobrado algunas fuerzas, pero que se había visto precisada á volver á moler, porque las demás presas, sin entrañas, habían reclamado contra aquello que ellas llamaban preferencias. "Tan penada es ella como nosotras, habían dicho, y no es justo que por guardarle esas consideraciones se nos aumente el trabajo con la parte que á ella le toca." Y no hubo más remedio que darles gusto para evitar una sublevación ó alguna picardía que pudieran hacerle esas desalmadas á la joven.

— Primero Dios, pronto van á terminar todos esos males, dijo Leopoldo á la rectora que le daba esas noticias: sólo le suplico, señora, que me haga el favor de darle esperanzas y de decirle en mi nombre que no se desaliente: que tenga fe en Dios y que confíe en mí.

Mientras Leopoldo daba todas esas vueltas, habían dado las ocho y media, y aunque todavía era bastante temprano, no pudo dominar

más tiempo su impaciencia. Se encaminó, pues á casa del Regente, que acababa de levantarse de la cama y estaba desayunándose, pero como había dado orden de que siempre que llegase el joven lo introdujeran sin hacerlo esperar, así se hizo aquella vez.

—Señor, dijo Leopoldo, después de saludar cortesmente al respetable anciano: como usted me ha ordenado que cualquier noticia próspera ó adversa que tuviera que comunicarle respecto del asunto de María López, se la hiciera saber á usted inmediatamente, creyendo que las que he podido recoger son de muchísima importancia, me he tomado la libertad de venir á molestarlo tan temprano.—Y en seguida contó todo lo que saben los lectores acerca del hallazgo de las cartas.

Absorto las examinó el Regente, y con la más pura alegría que se veía reflejar en su venerable frente, exclamó:

—¡El dedo de Dios! La justicia humana se equivoca con frecuencia; pero la justicia divina, aunque á veces tarda, es infinita, y por los caminos que menos esperamos nos da á conocer sus inapelables fallos! Doy á ustedes mi enhorabuena, joven: estas cartas son un tesoro; y bien manejadas nos llevarán bien pronto al esclarecimiento de toda la verdad.

—De suerte, dijo Leopoldo un tanto contra-

riado, que no podré contar con que usted me haga favor de darme hoy la orden de libertad?

Sonriose el Regente con benevolencia y contestó:

—Comprendo su impaciencia, amigo mio, pero eso todavía no es posible. Ni es á mí á quien corresponde dar esa orden, sino al Juez de la causa, ni pueden llevarse las cosas tan de prisa como lo deseáramos. Tengo más interés que usted mismo en que este asunto se termine pronto, porque á usted sólo lo guía su entrañable amor por esa joven, mientras que á mí, además de la simpatía que me inspira, me guía también el deber que tengo de velar por el triunfo de la justicia. Esté usted tranquilo, pues, que antes de muchos días, esa interesante niña habrá sido devuelta, con el resplandor de la inocencia, á la sociedad y á su familia.

Leopoldo se retiró de casa del Regente, verdaderamente enagenado de alegría, y estuvo á punto de celebrar su dicha con una buena copa de aguardiente; pero tuvo la heroicidad de contenerse. Desde aquel momento iba á dar principio á su regeneración, y sólo se ocupó en pensar de que medios se valdría para proporcionarse la manera de vivir con decencia y honradez.

Por su parte el Regente, no pensó en toda la mañana más que en el providencial suceso que había puesto en sus manos la suerte de María; y

tan pronto como llegó á su despacho, hizo llamar al Juez que había conocido de la causa, y entregándole las cartas y la llave le dijo:

—Compañero, aquí tiene usted el hilo de la trama que tan perfectamente se había urdido contra la desgraciada joven, que víctima de un error judicial, gime detrás de las rejas de una cárcel soportando el peso de una sentencia infamante que no ha merecido. No dudo que usted, con la habilidad de que ha dado tantas pruebas y con la rectitud que preside siempre á todos sus actos, llegará al otro cabo sin muchas dificultades. Pero le suplico como hombre, que procure emplear la mayor actividad posible, porque cada día que pase más en la cárcel esa inocente niña, debe causarnos un terrible remordimiento.

El Juez leyó las cartas y no quedó menos admirado que su superior gerárquico, al ver la manera ostensiblemente providencial como venía á descubrirse la inocencia de María. Ofreció que antes de que transcurrieran muchos días estaría todo terminado y se retiró á su despacho para comenzar á trabajar con toda la energía y actividad que el asunto demandaba.

En cuanto estuvo en el Juzado hizo comparecer á Leopoldo para recibirle declaración en forma, y luego dió orden para que sin pérdida de tiempo se buscase á Tomás.

Es claro que no se podía proceder criminalmente contra este por tratarse de un delito privado y no mediar la acusación de la parte ofendida, de suerte que el Juez sólo se proponía interrogarlo para poder fundar en su respuesta la libertad de María, único objeto que por entonces se buscaba; pero fué tan enérgica la orden que dió á los gendarmes, que éstos no se contentaron con intimar á Tomás su comparendo, sino que le impusieron que los acompañara.

Tomás se creyó preso, y sintió que el mundo se le venía encima; acababa de despertar de la borrachera y se hallaba en el estado temulento y medroso de todos los *engomados*. Todo lo pensó, pues, menos la realidad: estaba muy lejos de imaginarse que se había descubierto su última calaverada con Josefina y que sólo se le necesitaba para una simple diligencia; y como al criminal siempre lo persigue el recuerdo de su crimen, juzgó que su prisión era debida á la estafa y falsificación de la firma de doña Micaela. Se creyó perdido, y él fué quien se perdió.

Cuando estuvo en la presencia judicial apenas podía hablar: el Juez observó su palidez y, práctico en esa clase de asuntos, comprendió que tenía delante un verdadero criminal.

Una de las primeras preguntas *de cajón* que se hace á los declarantes en los juicios crimina-

les, es la de si saben para qué se les ha hecho comparecer: así es que Tomás, cobarde como todos los pícaros de su laya, y más cobarde en aquellos momentos por el estado de excitación nerviosa en que se hallaba, al oirse interrogar de aquel modo, se arrojó á los pies del Juez y le dijo:

—Si, señor, sé para qué se me ha llamado, y todo lo voy á confesar: todo, pero por el amor de Dios no me pierda usted. Soy joven; si usted no se compadece de mí voy á perder mi porvenir; mi padre enfermo se morirá de pena: tenga usted piedad de mí.

Si el Juez no se compadeció de María cuando instruyó su causa, menos podía compadecerse de aquel renacuajo despreciable, que se hacía más despreciable aun por la bajeza de su conducta en aquel acto. Así es que sin inmutarse y con la sangre fría de que sabía hacer uso en esos casos, le contestó:

—Levántese usted y responda á lo que se le pregunte: no se trata aquí de perder á nadie, sino de hacer justicia. Dice usted que lo va á confesar todo: confiese, pues, pero sin ambages de ningún género. Tenga usted entendido que yo también *lo sé todo*, y si algo puede favorecerle á usted, es la franqueza.

Tomás se vió en el fondo de un abismo: las palabras del Juez lo aterraron: *¡lo sabía todo*!

Era preciso, pues, decir toda la verdad, y la dijo: el miserable se entregó atado de pies y manos, y entregó á todos sus cómplices. Lo reveló todo, todo, sin la más pequeña ocultación: la falsificación de la firma de doña Micaela en la escritura que la dejó en la calle; los anónimos al Corregidor de Suchitepéquez, que motivaron la prisión y confinamiento de don Tomás Salazar, y hasta la cita nocturna en casa de Josefina que dió por resultado el encarcelamiento de María. Eso si, el cobarde trató de hacer recaer la culpa principal sobre Josefina.

El Juez estaba asombrado: por un momento se olvidó de María, objeto único con que se habían comenzado á practicar aquellas diligencias, y sólo pensó en el embrollo que se le venía encima. ¡Cuánta maldad encierra el corazón humano! ¡Cuántos crímenes se quedan ocultos, sin que la justicia de los hombres los pueda nunca descubrir!

¡Dios! ¡Sólo Dios, en su sabiduría infinita, indica algunas veces á los jueces de la tierra el camino que deben seguir para encontrar la verdad! El presente caso lo está demostrando plenamente.

¡El Dedo de Dios! había dicho el Regente cuando de manera tan providencial se encontró en posesión de las acusadoras cartas de Josefina á Tomás.

¡Dios tarda pero no olvida! repetimos nosotros con doña Micaela.

Tomás fué mandado á la cárcel é inmediatamente se dió orden de capturar á todos sus cómplices, inclusa Josefina.

La captura de ésta ofrecía serias dificultades, dada la posición social de su padre, así como su carácter violento y su prestigio en el ejército, de suerte que los gendarmes no las tenían todas consigo, como vulgarmente se dice. Por fortuna para ellos, el General estaba fuera de su casa cuando se presentaron, y sólo encontraron á Josefina, acompañada de sus inseparables amigas Hortensia y Teresa.

Las tres jóvenes pusieron el grito en el cielo cuando se intimó á Josefina la orden de darse presa. Esta amenazó, rugió como una fiera é iba á arrojar sobre la cabeza del insolente polizonte el primer objeto que le vino á las manos, cuando éste, imponiéndose con estentoreo grito, exclamó:

—Conténgase, niña, y no nos comprometa: tenemos orden de llevarla presa y la llevaremos, suceda lo que suceda. No nos obligue usted, pues á emplear la fuerza.

—Pero esto no es posible,—dijo Josefina;—

debe haber una equivocación; yo no tengo nada que ver con la justicia; soy una señorita distinguida, y no puedo ser presa así no más como cualquier mujerzuela de la calle.

—Eso dígaselo usted al Juez y no á nosotros, que no tenemos más que cumplir con lo que se nos manda. ¿No se llama usted Josefina Velarde?

—Si.

—¿No es usted hija del General Velarde?

—Si, y por lo mismo debían ustedes respetarme y no exponerse á las consecuencias de esta inconcebible tropelía.

—Pues usted es la que buscamos,—dijo el gendarme, sin hacer caso de las amenazas;—y háganos usted el bien de pasar, porque estamos perdiendo mucho tiempo.

—Pues no, señor; no paso,—dijo Josefina cada vez más furiosa;—primero se llevarán ustedes mi cadáver.

—Pues entonces lo siento mucho,—repuso el gendarme,—pero usted es quien lo ha querido: tendrá usted que pasar amarrada y por la fuerza.—Y sacando de su bolsillo una gruesa cuerda, se aproximó á Josefina, con la impasibilidad de su oficio, para atarle las muñecas.

—¡No!—dijo Josefina dando un salto hacia atrás;—¡eso si que no! No me toque usted porque lo mato. Vamos, ya los sigo pero van ustedes á arrepentirse de su audacia.

Y echando sobre sus hombros un pañolón que por allí tenía, se despojó de sus pulseras y su collar, y así como estaba, con su bata de casa, con su pelo destrenzado, se entregó en manos de sus aprehensores.

—Vamos á acompañarte, — dijo Hortensia, medio muerta de miedo.

—No puede ser, niña,—contestó el despiadado gendarme:—tenemos orden de poner á esta joven en absoluta incomunicación, y desde este momento comenzamos á cumplirla.

—Quédense, aquí pues,—dijo Josefina,— y háganme favor de referir á papá en cuanto venga, lo que estos canallas han hecho conmigo. ¡Oh! Ese Juez infame y estos miserables esbirros van á pagarme muy pronto la incalificable afrenta que me infieren.

—Contenga su lengua, niña, porque le pongo una mordaza,—dijo el gendarme, á quién ya se le acababa la paciencia.

Y se dirigieron á la puerta con gran sentimiento de las amigas de Josefina y de las dos criadas, que habían estado contemplando aquella terrible escena sin dar crédito á lo que veían.

Por consideración al General Velarde, se había dispuesto que Josefina fuera llevada á la cárcel en un carruaje que esperaba á la puerta; pero el escándalo estaba dado. Los gritos de Hortensia y Teresa alborotaron al vecindario, y

cuando Josefina puso el pie en el estribo del coche, una multitud inmensa de curiosos estaba aglomerada en derredor suyo.

Fácil es comprender que á la media hora, dada la posición social y las extensas relaciones de Josefina, su prisión era conocida y comentada de diversas maneras en todos los círculos.

Cuando llegó á la cárcel, María, que se hallaba en uno de sus momentos de descanso y tomaba el sol con otras presas en el estrecho y mal ventilado patio de aquella inmunda prisión, vió que Josefina se aproximaba, acompañada por la rectora, con paso vacilante y el rostro demudado; y creyó que iba de nuevo á colmarla de injurias. Pero su sorpresa fué extraordinaria cuando observó que lejos de dirigirse á ella, la rectora la condujo á uno de los calabozos y la dejó encerrada en él.

—¿Qué es esto, señora, por Dios?—dijo á la rectora cuando regresaba.—¿No es la señorita Josefina Velarde esa que usted acaba de encerrar?

—Ella misma es,—le contestó la rectora,—pero yo nada sé sobre el particular. Acaban de entregármela por disposición del Juzgado de primera instancia, previniéndome que la tenga incomunicada hasta nueva orden.

—¡Josefina presa!— murmuró María.—¡Dios mio, qué desgraciada soy! ¡Ni aun en la cárcel dejará de perseguirme! ¿Es decir que estoy sen-

tenciada á vivir siempre al lado de ella?

—No tengas ningún cuidado por eso,—contestó la rectora, que ya sabía la historia de María:—aquí todas son iguales, y yo no consentiré que te haga daño.

No quedó por eso tranquila la pobre niña: no sabía que el dia de su libertad estaba ya muy próximo, y temía que en los cuatro años largos que le faltaban de prisión, si no moría, iban á renovarse sus padecimientos al lado de aquella víbora que la perseguía desde la infancia.

No intentaremos describir la desesperación del General cuando supo la desgracia de su hija. Al principio se enfureció, jurando que aquella mancha que el Juzgado echaba sobre su nombre sería muy pronto terriblemente castigada. Fué á ver al Presidente de la República; pero éste funcionario no lo quiso recibir; ocurrió al Ministerio de la Guerra, pero el Ministro no se metía en esas cosas: lo mismo le dijeron el de Justicia y el Regente de la Corte. Le ofrecieron, si, que si el Juez había faltado á sus deberes, sería castigado; pero que lo acusara en forma: se harían las averiguaciones del caso y se procedería en justicia.

El General perdió entonces más de la mitad

de sus bríos, y casi suplicante se dirigió al Juzgado á hablar con el Juez. Estaba precisamente el activo funcionario ocupado en examinar al escribano *Araña*, pero recibió al General con exquisita cortesía y haciéndolo pasar á su despacho reservado, le rogó que lo aguardara unos momentos.

Cuando acabó de recibir la declaración del escribano, el Juez que ya esperaba aquella visita, se armó de todo su valor y tomando en sus manos el ya grueso volumen que formaban las actuaciones, fué á juntarse con el General, á quien sin aguardar á que le hablara, dijo conmovido:

—Sé á lo que usted viene: por usted lo siento, porque soy un buen amigo suyo, y hubiera yo querido á costa de cualquier sacrificio, evitarle este dolor. Pero soy esclavo del deber y no tengo más remedio que obedecer sus implacables órdenes. Yo le aseguro á usted, mi general, que muchas veces quisiera encontrarme como usted en los campos de batalla, luchando frente á frente con las balas, antes que poner en lucha abierta mis deberes con mis sentimientos de hombre. No me pregunte nada; lea usted. Voy á violar por la primera vez en mi vida, en obsequio de la amistad, el secreto del sumario; bien que usted no me descubrirá por el interés personal que en ello tiene. Lea usted, y dígame que haría usted

si se encontrara en mi lugar.

El General era un hombre honrado: su carácter brusco, sus maneras secas, no amenguaban en nada la rectitud de sus principios: leyó el terrible expediente y comprendió toda la extensión de su desgracia. Las declaraciones de todos los cómplices de su hija y aquellas horribles cartas, cuya letra y firma reconoció en el acto, no dejaban lugar á ninguna duda.

Y aquel hombre rudo, aquella naturaleza de hierro que jamás había pestañeado ante las balas, lloró en presencia del Juez: le devolvió el expediente sin hablar una palabra y apretando sus manos con temblor convulsivo, salió de aquel despacho, lleno de vergüenza, para ir á encerrarse en su casa, de donde no pensaba salir más.

El dia siguiente de su prisión, Josefina fué llamada á declarar, y aunque al principio lo negó todo, la fuerza abrumadora de las declaraciones de sus cómplices y sobre todo las infernales cartas que en mala hora escribiera, no la dejaron sostenerse mucho tiempo en su negativa; y dejándose llevar de su carácter violento y altanero, dijo en un momento de arrebato:

—Pues bien, si: todo es cierto. Todo lo ejecuté con mi entera voluntad, y si más hubiera

podido hacer, más habría hecho. Haga usted de mí lo que quiera, señor Juez, estoy en su poder; mi padre, por lo que veo, me ha abandonado: estoy, pues, indefensa. Castígueme usted, pero castígueme bien, porque si me deja en aptitud de poderme vengar otra vez, me vengaré y ¡ay entonces de todos los que me han hecho daño!

El Juez, en su larga práctica, estaba acostumbrado á tratar con criminales de la peor especie, pero nunca había visto una criatura tan rebelde ni tan satánicamente orgullosa como aquella desgraciada.

Volvieron á llevarla á la cárcel, y como ya no había necesidad de la incomunicación, la dejaron en el patio. Allí se encontró frente á frente con María: todavía estaba dominada por el acceso de rabia que sintiera en el Juzgado, y se dirigió á ella con el objeto ostensible de estrangularla. Pero apenas había dado unos cuantos pasos, cuando se detuvo acometida por un dolor terrible: sus piernas vacilaron, su rostro se desencajó notablemente, y habría dado con su cuerpo en tierra, si María no corre para recibirla en sus brazos. Aquel dolor pasó por un momento; pero á continuación sobrevino otro más terrible, si cabe, más agudo: María gritó pidiendo auxilio, en un momento acudieron todas las presas, y allí, en medio patio, sobre las frías lozas de

la cárcel, acostada sobre las rodillas de María y rodeada por las hijas del crimen, Josefina dió á luz, sufriendo los dolores más atroces, al fruto de su liviandad y su deshonra.

XV.

CONCLUSION.

Cuatro dias más tarde, Josefina, aunque muy débil, había abandonado el lecho: en una cárcel no son posibles las contemplaciones ni el regalo. María, en cuanto se lo permitían las obligaciones que, en su condición de reclusa pesaban sobre ella, había cuidado de Josefina con verdadera solicitud; pero sin dirigirle la palabra, á fin de evitarle las consecuencias que le habría ocasionado un acceso de cólera.

Pero Josefina había cambiado ya notablemente: á haberlo sospechado María, no habría te-

nido ningún inconveniente en hablarle. La maternidad había transformado á aquella criatura hasta entonces tan odiosa, despertando en ella sentimientos desconocidos. Durante los cuatro dias que permaneció en la cama, no dejó de pensar ni un solo instante en el terrible momento de su doloroso parto, representándose todos sus incidentes, y de una madera especialísima á la celestial María, que le prestó solícita cuantos cuidados fueron posibles en aquella angustiosa situación.

Triste, avergonzada y llorosa se encontraba Josefina el dia que abandonó el lecho, en una de las gradas del corredor de la prisión, dando de mamar á su hijo, cuando la llamaron á la reja para hacerle una notificación del Juzgado: María había sido llamada con igual objeto, y ambas se aproximaron al mismo tiempo. El receptor les hizo saber: á Josefina, que por auto de esa fecha quedaba reducida á prisión formal; y á María, que desde ese momento las puertas de la cárcel estaban abiertas para ella, porque el Juzgado, reconociendo que había sido víctima de un error judicial, proclamaba su absoluta inocencia.

—¡Dios es justo!—dijo Josefina, reconociendo por la primera vez de su vida sus errores;—y apoyando la frente sobre los fríos hierros de la reja, lloró amargamente.

María, la criatura perfecta, la paloma sin hiel,

se conmovió profundamente ante el inmenso dolor de la hasta entonces su implacable enemiga, y echándole los brazos al cuello, le dijo con amoroso acento:

—Josefina, dame al niño; se te puede morir el pobrecito en esta cárcel. Nueve meses he estado encerrada en ella, y sé por lo mismo que la mala alimentación, el aire mal sano, los trabajos duros no pueden darte la robustez ni las buenas condiciones que se necesitan para criarlo. Dámelo; yo te lo cuidaré mucho y te lo traeré siempre que pueda, para que sus vistas y sus caricias te sirvan de consuelo; y cuando Dios quiera que estés libre, para lo cual te juro que voy á trabajar con todo empeño, te lo entregaré sano y robusto.

Josefina no pudo contestar: aquellas eran las primeras palabras que María le dirigía desde que estaban juntas en la cárcel: ninguna recriminación sobre el pasado, ningún recuerdo sobre sus injusticias é ingratitudes, ni siquiera el humillante perdón que en aquel caso habría sido para ella un golpe fatal. Aquella nobleza extraordinaria, era lo último que faltaba á Josefina para completar su castigo. Puso llorando el niño en los brazos de María, y arrojándose en seguida á sus pies, los bañó con sus lágrimas.

Dos horas más tarde, la encantadora María, conducida desde la cárcel por Leopoldo, se encontraba en brazos de su adorada madre. La buena señora despertó como por encanto de su largo sueño, la obscuridad de su cerebro desapareció en un momento con sólo las vistas de su hija, y abrazándola con ternura, aunque sin entusiasmo, como si no hubiera pasado tanto tiempo sin verla, la dijo cariñosamente:

—¡Cuánto has tardado! Yo pensé que por fin te habías ido sin despedirte de mí para no afligirme. Mira,—agregó con acento de autoridad—no puedo consentir en ese tu descabellado proyecto: toda la noche me he estado pensando en ello y no es posible que lo admita. Antes que verte sirviendo, no digo en casa de Josefina, pero ni en ninguna parte, prefiero que comamos tierra.

—No, mamá;—repuso alegremente María, bendiciendo de todo corazón á Dios, porque su largo y penoso cautiverio sólo había durado una noche para doña Micaela.—Ya no me voy. He pensado yo también que no es conveniente; y como he aprendido á moler muy bien, he resuelto poner una *tortillería* en forma con la señora Marcela. Dios nos ha de ayudar como nos ha ayudado hasta aquí. Sólo falta conseguir el capital necesario, pero El me iluminará.

—En el capital no hay que pensar,—dijo

Marcela.—Porque yo lo tengo;—y llamándo aparte á María, agregó.—He ido guardando lo que usté me ha dado, y eso puede servir para realizar su proyecto.

—¡Cómo! ¿que yo le he dado á usted alguna cosa?—dijo admirada María.

—Si;—repuso Marcela:—ocho meses estuvo usté sirviendo en casa del General, antes de que se la llevaran á la casa nueva, y todos los meses me entregaba usté seis pesos. ¿O *creiba* usté que yo había de ser tan miserable que los hubiera gastado en mi señora como usté quería, y que no habría yo tenido gusto en partir con ella, como se lo ofrecí, el triste bocado que comía?

—¡Oh, mujer admirable y generosa!—dijo María abrazando enternecida á la virtuosa molendera.—¡Y luego dicen que las gentes del pueblo no son capaces de ninguna acción noble y sublime! Es usted un ángel que Dios quiso poner en mi camino para consuelo de mis infortunios y alivio de mis dolores. Dios ha de pagar á usted tanta bondad. Hoy más que nunca necesitaba yo encontrarme con algún recurso, mientras puedo empezar á trabajar, porque tengo un hijo y estaba yo muy afligida pensando de donde iba á sacar los medios para alimentarlo.

¡Cómo!—dijo Marcela abriendo tamaños ojos del susto.—¡Que tiene usté un hijo! ¡Ave María Purísima? ¿Qué está diciendo, niña?

—Si,—contestó María bajando la voz.—El hijo de la desgraciada Josefina, que ocupa hoy mi lugar en la cárcel, y a quien yo se lo quité, porque el pobrecito se hubiera muerto allí sin ninguna duda. Hace cinco dias que nació y ¡es tan bonito! ¡Qué lástima que se hubiera muerto en la cárcel! Ahora se lo dejé recomendado á doña Mercedes, la patrona de Leopoldo, mientras veo como hago para contárselo á mamá.

—¡No!—dijo Marcela en el colmo de la estupefacción.—A usté, niña, es necesario adorarla como á una santa! Sólo una santa sería capaz de hacer lo que usté hace!

Mientras tanto doña Micaela y Leopoldo habían sostenido una agradable conversación sobre trivialidades en el otro extremo del pequeño patio donde se encontraban.

Algunos dias después, doña Micaela y María fueron restituidas en la propiedad y posesión de su casita, á donde se trasladaron sin pérdida de tiempo acompañadas de la buena Marcela y de su hija, de quienes por nada del mundo hubieran consentido en separarse.— La causa de Josefina y cómplices había terminado, sentenciando á los reos á diversas penas y obligándolos á la restitución de los bienes estafados y al pago

de daños y perjuicios á las ofendidas; pero esa obligación no pudo hacerse efectiva sino á medias, es decir, sólo fué posible restituir la casa, que el General, previendo lo que sucedería, había hecho desocupar con anticipación: los daños y perjuicios y los cinco mil pesos eran ilusorios: ni Josefina, abandonada por su padre, ni Tomás, ni el escribano Arana tenían, como vulgarmente se dice, sobre que caerse muertos; menos tenían los otros cómplices, que no pasaban de ser unos perdidos, que vivían al dia con el producto de sus estafas y petardos.

Pero al verse doña Micaela en su casita, olvidó todas sus otras pérdidas y se sintió renacer: poco á poco, á medida que recobraba las fuerzas y con ellas la vida, le fueron refiriendo María y Leopoldo los inmensos sufrimientos y las calamidades de todo género que los martirizaron durante la larga noche que ella pasó haciendo muñequitas. La pobre señora lloraba amargamente al oir la triste relación; pero al ver á su María ya constantemente á su lado, recuperando su belleza que se había marchitado durante su injusta y dilatada prisión, y libre de las persecuciones de su enemiga que ya estaba en la imposibilidad de hacerle daño, lo olvidaba todo para abrazarla y dar gracias á Dios porque se habían acabado ya sus penas.

Un dia fué Leopoldo al correo con el objeto

de averiguar si había alguna carta para su patrona doña Mercedes Soto, y buscando en la lista, vió que figuraba en la letra M, que era la que él examinaba, el nombre de María López: pidió la carta, que era un voluminoso paquete lacrado y con muchos sellos, pagó el porte y lo llevó corriendo á su prometida.

María sorprendida, porque no tenía correspondencia con nadie, rompió el sobre y encontró que contenía una carta que le dirigía de Quezaltenango su padrino don Lucas Peña, quien le enviaba, con las expresiones más vivas de cariño, copia certificada del testamento otorgado por la señorita Petrona Alba, muerta algunas semanas antes, instituyéndola su única heredera: al testamento y la carta venía agregada una libranza girada por el acaudalado comerciante de Quezaltenango don Mariano Enríquez contra la casa de Banca de los señores Dámaso Angulo y Compañía, por la suma de quinientos pesos, total á que ascendía deducidos los gastos, el acervo de bienes de la bondadosa niña Tona. María lloró con toda sinceridad la muerte de su segunda madre y bendijo su memoria, porque aquel donativo tan oportuno era lo único que le faltaba para completar su dicha.

Efectivamente, hasta entonces habían tenido casa nuestras dos amigas, pero su situación pecuniaria era aflictiva: los cuarenta y ocho pesos

guardados por la buena Marcela, apenas habían bastado para los gastos de su nueva instalación; y aunque no pasaban hambres como en la Candelaria, porque las tortillas se vendían mejor que los cigarros, no por eso dejaban de estar sujetas á muchas estrecheces.

Aquellos quinientos pesos, pues, que la niña Tona les mandaba desde el cielo, fueron la base de su ulterior felicidad. María dejó el oficio de tortillera para dedicarse á la costura. Compró todos los elementos necesarios para abrir un pequeño taller y se anunció como modista. Al principio sólo le mandaban hacer naguas y camisas de mengala, calzoncillos y otras prendas de gente pobre, que producían poco. Ninguna señorita de la alta sociedad la ocupaba, porque ¿qué bueno podía hacer una mengala?

La misma sociedad injusta é incomprensible que en otro tiempo la juzgó inepta para el trabajo porque era *niña*, ahora la consideraba también inepta por ser mengala, de suerte que indudablemente María y su madre habrían vuelto otra vez al estado de miseria en que antes se habían visto por falta de trabajo, si una circunstancia providencial no hubiera torcido el cauce de los acontecimientos.

Sucedió que en casa de los señores N..... N... de la alta sociedad se anunció un baile suntuosísimo: las invitaciones circularon con profu-

sión, y como aquellas reuniones eran tan escasas por entonces en Guatemala, ninguno de los invitados habría dejado de asistir por todo el oro del mundo.—Todas las señoras y señoritas invitadas se pusieron en movimiento para preparar sus trajes, tratando cada cual, como lo acostumbran en esos casos, de sobrepujar á las demás. Pero una de tantas, la señorita J.... se confió demasiado y se atrasó: cuando llegó á casa de su modista llevando sus géneros, esta tenía muchísimo que hacer y no podía recibir más trabajo. En el mismo caso se hallaban todas las demás modistas de la ciudad. ¿Qué hacer? ¿dejaría de ir al baile?

—¡Imposible!-decía la señorita J....-¿Dejar de ir al baile? ¡Qué vergüenza! ¡Todos dirían que no he sido invitada!

Pero era el caso que no tenía vestido: ella no lo sabía hacer, y ninguna costurera quería comprometerse, ni repagándole el valor del trabajo. Estaba próxima á desesperarse cuando se acordó por casualidad de *la mengala*, cuyos anuncios había visto alguna vez y por cierto que se había burlado de ella.

¡Qué remedio!—dijo.—Iré al baile aunque sea con el mamarracho que esa muchacha me hará. ¡Peor es no ir!

Y buscó á María; y María, *la mengala*, le hizo un vestido preciosísimo, como sólo ella los

sabía hacer. Y la señorita J...., que estaba muy lejos de ser bonita, fué sin embargo aquella noche, la reina de la fiesta.

Como las mujeros en lo primero que se fijan en toda reunión es en el traje que llevan las demás, la señorita J....se vió materialmente asediada por todas sus amigas y conocidas.

—¿Quién te hizo ese vestido? ¡Qué bonito! ¡Qué bien tallado! ¡Qué corte, que elegancia! ¿Quién te lo hizo, mujer?

—Pues aquella muchacha, aquella mengalita que vive frente á la plazuela de las Beatas.... no me acuerdo como se llama.

—Ya; ya sé quién es. Una que estuvo en la cárcel y de quien se habló mucho cuando salió porque se dijo que había padecido injustamente. Pero es posible que ella haya hecho ese vestido tan bonito? ¡Tú te burlas!

—¡No, hija, no me burlo! Ella es quien me lo hizo.

—¡Qué extraño!

—¡Parece increible!

—¡Es admirable qué una muchacha de su condición, una mengala sea capaz de hacer tal cosa!

Etc....etc....etc....

Y desde el día siguiente María se vió literalmente abrumada por el trabajo, hasta el punto de haberse visto en la necesidad de buscar dos costureras que la ayudaran.

El bienestar y la dicha volvieron á reinar en aquella casa tan sacudida por los embates de la fatalidad.

La lucha había sido ruda; pero María, siempre virtuosa, siempre honrada, salió triunfante con su virtud y su honradez.

Jamás quiso recobrar su antiguo traje, ni aun el dia de su casamiento con Leopoldo, verificado algunos meses después.

—Me rechazaron en un tiempo,—contesta cuando se le habla de eso,—me arrojaron de su gremio las aristócratas del traje, porque me creyeron indigna de figurar entre ellas; y no he de ser yo la sinvergüenza que las vuelva á buscar. Además, mis compañeras, en quienes he encontrado tanta virtud, tanta nobleza de sentimientos, creerían que yo las despreciaba; y no las desprecio, no, porque soy mengala de todo corazón: para conservar mi virtud adopté este humilde traje del cual hoy me glorío, y no lo abandonaré jamás, porque me parecería obrar con ingratitud. Mengala permaneceré pués, hasta que me muera. Si *vos*,—agrega dirigiéndose á Leopoldo y envolviéndolo en una enloquecedora mirada,—te *avergonzás* por eso de decir que soy tu mujer, *decí* que soy tu criada, que yo no me avergonzaré.

Leopoldo por toda contestación se la come literalmente á besos.

Jamás soberana alguna ha sido en sus dominios

tan unánimemente adorada como nuestra María.

Sus súbditos son doña Micaela, Leopoldo, Marcela, Luisa y el pequeño José, el hijo de Josefina. Todos la idolatran, porque á todos los hace felices; y todos, con excepción del último que todavía está en pañales, comprenden que sin la virtud y la entereza de aquella adorable mujer para sostenerse en pie contra los vendavales del destino, hace mucho tiempo que habría dejado de existir.

Mientras tanto Josefina, de naguas también, porque su padre que murió de tristeza y de vergüenza nada pudo dejarle, porque nada tenía más que su sueldo, extingue en la cárcel la condena de ocho años de presidio que por sus delitos le fué impuesta. Todos la han abandonado, menos María, que la va á visitar siempre que puede, llevándole algún consuelo.

Allí, arrodillada ante la misma piedra en que María molió en otro tiempo el maiz para las tortillas de los presos, derrama abundantes lágrimas comprendiendo aunque tarde que el orgullo, la vanidad, la soberbia, sólo pueden conducir á la infelicidad.

¡Pobre Josefina !!

FIN.

Erratas notables contenidas en ésta obra

Página	Línea	Dice	Léase
6	20	nadre	madre
8	23	dósis	dosis
12	19	tuvise	tuviese
21	8	quisiere	quisiese
23	13	precilla	presilla
25	22	siemgre	siempre
33	19	refractorios	refractarios
36	27	por ejemplo	por ejemplo,
70	17	pierdan	no sólo pierdan
72	6	naturalesl	naturales
85	6	déjeme	déjame
88	24	hermado	hermano
92	6	¡ohl	¡oh!
93	27	respestivos	respectivos .
95	25	emhargaba	embargaba
101	10	castigados	castigadas
103	5	gingún	ningún
113	13	demro	dentro
114	20	parternalmente	paternalmente
115	13	presedente	precedente
117	6	por que	porque
"	20	por que	porque
140	9	ero	eso
145	19	tremendsa sinjusticias	tremendas injusticias
179	21	noserá	no será
199	24	gersedándose	gerse, dándose
202	2	uua	una

Página	Línea	Dice	Léase
244	6	la insolencia	las insolencias
251	12 y 13	porque tengo	porque aunque tengo
264	28	estrema	extrema
270	17	axhaló	exhaló
284	22	no sé que	no sé qué
288	5	satifacer	satisfacer
296	1	para siempre, nos	para siempre nos
297	21	amigo mio no	amigo mio, no
306	18	rodavía	todavía
312	26	Juzado	Juzgado
315	8	don Tomás	don Miguel
325	8	madera	manera

INDICE

	Págs.
I.—Antecedentes. — Presentación de personajes	5
II.—Alteraciones	19
III.—Guatemala	33
IV.—En el Colegio	42
V.—Continuación del anterior	69
VI.—Amor	86
VII.—El infierno de los celos	113
VIII.—La obra del mal	156
IX.—Via-Crucis	174
X.—La Venganza.—Primera parte	200
XI.—El martirio de un ángel	235
XII.—La Venganza.—Segunda parte	255
XIII.—La cárcel	273
XIV.—El Dedo de Dios	300
XV.—Conclusión	324